
Nørdicainfantil
ANTONIA MURGO
MISS DICIEMBRE
y el CLAN DE LUNA
Traducción de Blanca Gago


Nørdicainfantil
ANTONIA MURGO
MISS DICIEMBRE
y el CLAN DE LUNA
Traducción de Blanca Gago

Antonia Murgo

MISS DICIEMBRE

y el CLAN DE LUNA

Con lustraciones de la autora

Traducción de

Blanca Gago



Para Antonio.

¡Bu! ¿Te lo esperabas?

En la chimenea



Diciembre abrió la boca y se frotó los ojos. Había un niño en la chimenea de la casa.

Había visto niños en las cunas y los cochecitos, dentro de los buzones y en las cestas de la lavandería, en los cañones y las jaulas de los tigres, pero nunca en una chimenea. La cabeza le sobresalía como un ovillo de humo por la garganta de piedra y el pelo de cuervo le ondeaba al viento, o quizá era un mirlo que le había anidado entre las orejas.

Sin duda, aquel niño estaba mirándola. No había nadie más en el camino de entrada, nadie más allá de las puertas que marcaban los límites de la mansión.

La casa era un edificio de dos pisos de ladrillo rojo coronado por una torrecilla y franqueado por una hilera de árboles amarillos. Había hojas secas en el jardín y enredaderas en las ventanas, como si el invierno aún no hubiera llegado.

Diciembre sacó el recorte de periódico donde venía impreso el anuncio de trabajo y comparó la dirección con el número de la puerta: ambos coincidían.

—¿Ha venido por la entrevista? —preguntó el ama de llaves que le

abrió la puerta—. La he visto desde la ventana.

Diciembre asintió y se acercó a ella con cautela.

—Hay un niño en la chimenea —susurró preocupada.

—¿Y dónde quiere que esté? —replicó la mujer, sacudiéndose la ceniza del delantal—. Sígame, mister Moonro está esperándola.

Diciembre vaciló. Lanzó una última mirada al tejado, por encima de las tejas y los ladrillos de la chimenea. El niño ya no estaba.

Siguió con docilidad al ama de llaves por la casa, y atravesaron el amplio vestíbulo de la entrada, alrededor del cual serpenteaba la galería del segundo piso. Las paredes y la barandilla eran de un marrón cálido, como la piel de una castaña. Una escalinata de madera de cerezo bordeaba la pared del lado este y al otro extremo, detrás de unas columnas con incrustaciones, se vislumbraba un magnífico comedor.

El ama de llaves siguió hasta detenerse ante una puerta de dos batientes con unos rombos de cristal pintados como panales de abeja. Al abrirlas, se adentraron en una biblioteca que también contaba con un saloncito de lo más acogedor. Había una chimenea encendida, una mesita y un sofá con forma de medialuna que seguía la curva de la pared.

—Puede dejar aquí sus cosas —dijo señalando un perchero entre los estantes. A continuación le dio otra sacudida al delantal y se alejó trotando.

Diciembre se quedó sola en la estancia. Dejó la maleta cosida con retazos de tapices en el suelo, colgó la capa con capucha y el sombrero amarillo y rojo con forma de merengue en el perchero y tomó asiento en el sofá de medialuna.

Observó las cortinas corridas ante las ventanas, con dibujos de pinzones y petirrojos posados en unas ramas. Con la mirada recorrió la lámpara de pie, el globo terráqueo dorado, el taburete decorado con borlas… Casi no reparó en el hombre que se había sentado frente a ella.

—¿Mister Moonro? —preguntó desconcertada. ¿De dónde había salido?

El hombre asintió, pero no se dignó a mirarla. Llevaba un elegante traje azul noche y una barba gris y poblada que le subía hasta las sienes, como los penachos de humo que salen del hornillo de una pipa. Con el dedo índice, largo y huesudo, hojeaba unos folios plegados en acordeón.

—Sin duda, su currículum es el más largo que he recibido nunca, miss Diciembre —dijo mister Moonro.

—Muchas gracias.

—Me temo que no es un cumplido.

Diciembre apretó los labios y recorrió las piernas con las manos hasta tocarse los dedos de los pies. De ese modo, esperaba encogerse aunque fuera un poquito.

—Veo que ha tenido innumerables trabajos en los últimos dos años, la mayoría durante un tiempo, digámoslo así, limitado —prosiguió el hombre, y se detuvo a reflexionar acariciándose la barba de humo. Fue como si de las mejillas le salieran ovillos de lana que luego absorbían las brasas de la chimenea.

—Bueno, hubo algunos imprevistos… En fin, impedimentos —murmuró ella, tratando de concentrarse. Mister Moonro levantó la mano para pedir silencio.

—Vendedora de billetes de tranvía de las tres a las cinco de la tarde. Del mismo día.

—Es que el rollo de los billetes se atascó y salió rodando, y entonces…

—Limpiabotas. Dos días —volvió a interrumpirla mister Moonro.

—No me dijeron que había que cepillar antes de sacar brillo, si lo hubiera…

—Florista. Tres días.

—Eso sí que fue una injusticia, las flores aún tenían casi todos los pétalos…

—Ni siquiera sabía que existían algunos de sus trabajos: vendedora de fresas, decoradora de encajes en una tienda de mariposas, afinadora de cajas de música, encuadernadora de libretos de ópera, falsificadora de mapas de carreteras… Este último me intriga mucho. ¿De qué se trata?

Diciembre se inclinó hacia delante y le hizo un gesto para que se acercara.

—Bora Boulevard en realidad no existe —susurró.

Mister Moonro hizo una mueca y siguió rebuscando en la trayectoria profesional de Diciembre.

—Según leo aquí, se crio en un circo. Tiene quince años y hace dos que llegó a la ciudad para buscar trabajo.

Diciembre asintió.

—Seré sincero, miss: no tiene referencias ni competencias y, además, es muy pero que muy joven. ¿Sabe al menos cuál es la regla número uno de una niñera?

Diciembre reflexionó un momento. ¿Tal vez saber cocinar? No, para eso estaban las cocineras o las amas de llaves. ¿Contar cuentos? Podían hacerlo los padres o los hermanos mayores de los niños, si tenían la suerte de tenerlos. ¿Enseñar el abecedario? Los profesores, claro, no había pensado en los profesores…

—Pues yo…

—En fin, después de todo, no creo que sea la persona que estoy buscando. De todas maneras, muchas gracias por haber venido —dijo mister Moonro. Al levantarse, quitó el dedo índice de la hoja y procedió a señalarle la puerta. Luego le dio la espalda y fue a sentarse a un escritorio de caoba al fondo de la sala, dispuesto a volver a sus asuntos.

Diciembre se levantó decepcionada, con la falda arrugada por el

lado en que había estrujado la tela. Indignada, se dirigió a la puerta para recoger la maleta y la capa colgada del perchero. Sin embargo, del sombrero rojo y amarillo con forma de merengue no se veía ni rastro. Se quedó horrorizada al descubrirlo en el anaquel más alto de la biblioteca. ¿Cómo había acabado ahí? La escalera de madera no llegaba siquiera a la mitad de la estantería y, por si fuera poco, se había quedado atrapada entre el reposapiés, la lámpara y el globo terráqueo dorado.

—¿Aún sigue ahí? —preguntó mister Moonro mientras garabateaba algo sobre una pila de documentos.

—Mi sombrero —dijo Diciembre señalando el anaquel más alto.

—Adelante —se limitó a responder mister Moonro.

Si hubiera sido el sombrero rojo de las setas de cera, o incluso el amarillo de los girasoles, los habría dejado allí para que se marchitaran entre los libros, pero ese era su sombrero preferido.

Diciembre se recogió la falda con las manos, tomó impulso y saltó. Apoyó el pie derecho en el reposapiés acolchado, se agachó hacia un lado y volvió a saltar. Aterrizó con el pie izquierdo en la escalera y se sostuvo con el derecho sobre la lámpara. De un último salto alcanzó el globo, se puso de puntillas y dio una vuelta sobre la esfera dorada hasta rozar el borde del sombrero con la punta de los dedos. Lo agarró y saltó al vacío. La falda se le hinchó como una nube alrededor de las caderas y Diciembre aterrizó con suavidad a los pies de la estantería.

—Que tenga buen día —exclamó satisfecha, calzándose el sombrero en la cabeza.

—Está contratada.

—¿Cómo dice?

Mister Moonro se puso en pie de un brinco, se dio la vuelta y se acercó a Diciembre, que estaba justo al otro extremo de la estancia.

—¿Aún le interesa el trabajo? —preguntó escudriñándola con unos grandes ojos grises.

Quizá lo habían impresionado los buenos modales, el tono claro y decidido con que le había deseado un buen día. O quizá había sido su buen gusto: después de todo, el sombrero rojo y amarillo con forma de merengue era una pieza única en su género. Diciembre asintió sin llegar a creérselo del todo.

—Muy bien, miss Malhoney le enseñará su nueva habitación. ¡Nidia! —llamó mister Moonro con unos golpes en la puerta. La misma mujer de antes apareció en el umbral sacudiéndose el delantal manchado de ceniza.

—Mister Moonro, hace un rato, antes de entrar… He visto a un niño en la chimenea —dijo Diciembre antes de seguir al ama de llaves por el pasillo.

Entonces el hombre esbozó una ancha sonrisa, una medialuna resplandeciente entre las nubes grises de la perilla.

—Me alegro de que ya se hayan conocido.

En la estufa



Al salir de la biblioteca, la temperatura bajó de golpe. Diciembre podía oír cómo las corrientes de aire se le enroscaban en los tobillos. Se arropó con la capa.

Siguió al ama de llaves con pasos rígidos y torpes hasta su nueva habitación, bordeando la barandilla del segundo piso.

Una enorme lámpara de araña de cristal negro colgaba del techo del vestíbulo, dominando toda la casa con las plumas y los zarcillos de hiedra oscura que se envolvían como festones entre los brazos retorcidos. Una bandada de cuervos esculpidos la miraba a través de los cabos de las velas. Tenían unos picos naranjas como zanahorias silvestres y unos centelleantes ojos escarlata.

—¿A qué se dedica exactamente mister Moonro? —preguntó a miss Malhoney, que seguía zarandeando el delantal y esparciendo hollín por todas partes.

—Infunde miedos.

Diciembre ahogó una carcajada.

—Bueno, sí, pero ¿qué negocios…?

—Ya hemos llegado.

El ama de llaves frenó en seco, abrió la puerta y se pegó a la pared para dejarla pasar.

—Ya verá como se encuentra a gusto durante el tiempo que esté aquí…

Diciembre sintió una punzada en el estómago: era verdad, nunca se quedaba mucho tiempo en el mismo sitio.

Una vez que miss Malhoney se alejó sacudiéndose el delantal manchado, Diciembre se adentró en la estancia y la puerta se cerró tras ella. Por todas partes había ventanas de arco, paredes decoradas y elegantes lámparas de pared.

A la derecha había una cama con dosel, un armario, un sillón, una mesita y un tocador con espejo; enfrente tenía un escritorio y una pequeña estantería y por último, a la izquierda, una gran estufa de loza metálica con los pies de madera.

Nunca había tenido una habitación tan grande. En realidad, nunca había tenido una habitación para ella sola. En los últimos años se había alojado en una pensión modesta, y había dormido en un colchón demasiado fino como para tener sueños profundos. En el circo dormía en la caravana, una caja de hojalata cubierta de carteles de espectáculos muy parecida a una lata de conservas. Dentro de la caravana no había estufa ni chimenea, ni siquiera velas, pero todos le repetían lo afortunada que era. «Así no te encontrará el Hombre del Saco», decían, y luego le contaban la historia del hombre hecho de sombras que, por las noches, se arrastraba por las chimeneas encendidas. Su voz ronca sonaba como los crujidos de las llamas, el rostro arrugado se le fundía con los surcos de la leña quemada y los ojos rojos centelleaban como chispas entre las brasas ardientes. Y cuando te dabas cuenta de que había extendido las garras por toda la habitación, ya era demasiado tarde.

Algunas noches, Diciembre se sobresaltaba con el sonido de la pequeña estufa de la pensión, que se tragaba el último trozo de madera con un sollozo. Apartó ese pensamiento de la mente. Quién

sabe por qué se había acordado de eso ahora. Ahora que tenía una habitación tan bonita y una cama cómoda, seguro que tenía sueños tranquilos.

No resistió el impulso y se lanzó corriendo sobre el colchón para acurrucarse entre las suaves sábanas de algodón. Luego se deslizó fuera de la cama para examinar las flores secas enmarcadas en las paredes como una colegiala de visita en el museo.

En la repisa del tocador reposaban alineados frascos y botellas de toda clase: lociones, perfumes, cajas con lazos llenas de aceites, polvos y cremas para la cara, y peines y broches para el cabello.

El armario rebosaba de vestidos, faldas y delantales. En el estante superior había una fila de sombreros de tela y más abajo, al fondo, un baúl de madera con un grabado.

Diciembre agarró el baúl con los brazos y lo sacó del armario. En uno de los lados había una placa donde se leía: «Nombre: MISS; Apellido: DICIEMBRE». Sofocó una risita mientras abría la tapa corriendo el cerrojo con un chasquido. Se preguntó cómo mister Moonro habría logrado grabar aquella placa tan rápido. Quizá había preparado una para cada candidata y, en cuanto decidió contratarla, avisó a miss Malhoney para que la clavara en el baúl. No alcanzaba a imaginar qué podría haber en el interior. Durante su exploración del dormitorio había encontrado ropa, sombreros, cosméticos y todo lo que una chica podía desear.

Pese a todo, se quedó un poco decepcionada al descubrir que el baúl contenía cuatro utensilios para la chimenea: unas tenazas, una pala para recoger las cenizas, una escobilla con el pelo alborotado y un fuelle de madera con una flor tallada en el centro. Al observarlo mejor, se dio cuenta de que no era una flor, sino el contorno de una mano abierta impresa sobre la tabla lisa. Diciembre deslizó el fuelle de una mano a otra y pasó los dedos por la madera fría hasta rozar las cavidades. «Qué extraño regalo», pensó siguiendo los contornos ondulados, los pliegues de tela remachados y la boquilla en forma de cono. Puso el fuelle del revés y apretó los pliegues. Un soplo de aire frío le inundó la cara, provocándole un estornudo.

Se frotó los brazos. Ya era hora de probar la bella estufa decorada

que ocupaba la parte izquierda de la habitación. Al principio la confundió con una cómoda, pero luego se fijó en el revestimiento de cerámica, la puertecilla y el tubo que ascendía como una pequeña torre hacia el techo. Un gran árbol desnudo estaba pintado en la pared, salpicado de hojas secas de bordes dentados, como pequeñas llamas. A Diciembre le pareció muy apropiado.

Devolvió los utensilios a su sitio y arrojó a la estufa un par de troncos, una bola de papel y una cerilla del montón que había encontrado en el fondo de una cesta. El ambiente se caldeó al instante, y el crepitar del fuego remplazó al movimiento rítmico de los dientes y los pies que había tenido lugar hasta entonces.

Cuando estaba a punto de apoltronarse en el sillón junto a la cama, oyó unos golpecitos en la puerta.

—De parte de mister Moonro —dijo miss Malhoney entregándole una bandeja llena de dulces.

Diciembre la aceptó encantada y la depositó en la mesita de la entrada, pero cuando se volvió para dar las gracias a miss Malhoney, esta ya había desaparecido. Cerró la puerta con un suspiro.

Se concedió un momento para admirar la bandeja rebosante: había tartas y pastitas de mantequilla con frutas del bosque, magdalenas de uvas confitadas y chocolate, un esponjoso pastel de zanahoria y una mullida rosquilla decorada con gajos de manzana y glaseado de caramelo. Cuando apenas había alargado la mano para tomar un pedazo de tarta con mermelada de cereza, llamaron de nuevo a la puerta.

—Miss Malhoney, ¿ha olvidado algo…?

Sin embargo, cuando salió no vio a nadie.

«Qué extraño», pensó. Cerró la puerta y volvió a la tarta. Debía de haberse equivocado.

Cuando aún no le había dado tiempo a dar el primer mordisco, los oyó de nuevo: tres golpes inconfundibles.

Entreabrió la puerta y miró por la rendija. Nadie a la vista. Alargó el cuello hasta traspasar el umbral y giró la cabeza a izquierda y derecha: también el pasillo estaba desierto.

—¿Miss Malhoney? —llamó. Su voz resonó y se dispersó más allá de la barandilla, como una bolsita de canicas cayendo por un pozo. No obtuvo respuesta.

Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. No vio más que una parte de la callejuela y un bosquecillo de árboles amarillos. El sol se ponía entre los barrotes arqueados de las verjas, por detrás del muro de piedra roja. No le quedaba más opción que volver a la puerta. Se detuvo a medio camino, en el centro de la habitación, para componer la leña de la estufa, que trepidaba y echaba chispas a las paredes.

Del interior salía un gorgoteo oxidado, una pelea con golpes secos y crujidos metálicos.

Tum, tum, tum.

Le habría gustado ignorarlos y abalanzarse sobre la tarta, pero muy pronto el estruendo se convirtió en una rasgadura feroz e insistente.

Tum, ris, ras, tum.

Diciembre se puso en cuclillas sobre los talones. El calor le encendió las mejillas y le ofuscó la vista. Se tapó la frente con una esquina de la manga y tendió la otra mano, lista para agarrar la manilla. No llegó a tiempo.

La puertecilla de la estufa se abrió con un ruido sordo, la manilla saltó dando una voltereta y un niño salió despedido y aterrizó en el suelo espolvoreado de cenizas. La camisa, muy arrugada, le colgaba por fuera de los pantalones, y tenía el cuello, los puños y las mangas chamuscados. Debía de tener once años como mucho, y lucía un pelo espeso y oscuro, tan espeso que unas volutas de humo le flotaban sobre la cabeza, y tan oscuro que podía haberse tostado hacía un instante.

—¡Maldita sea! —exclamó sacudiéndose con las palmas de las

manos por todas partes. Tiró del borde de la camisa y se miró desconsolado el puño ennegrecido—. Estos dobladillos no son nada resistentes. Murkus me va a oír, y Flinky también.

—Pero tú… ¿quién…, cómo…? —empezó Diciembre señalando al niño y la estufa, y luego la estufa y al niño. Antes de que acertara a formular una pregunta, este se puso en pie de un salto y empezó a dar brincos por la habitación.

—A ver…, ¿dónde lo guardas? —preguntó mirando alrededor con insistencia. Diciembre frunció el ceño y se asomó a la puertecilla de la estufa. El fuego estaba encendido—. Bueno, no me lo digas, ya lo busco yo —dijo el niño, y se acomodó en el taburete del tocador para rebuscar entre los frascos de cristal—. Aquí no está —dijo agarrando uno del montón para hacerlo girar entre los dedos. El líquido empezó a echar humo y soltar burbujas, y se derramó por el cuello del frasco hasta dejar la mesita empapada tras la explosión espumosa.

—Pero ¿qué haces? —exclamó Diciembre, corriendo hacia él.

—Aquí tampoco —prosiguió él, inclinándose hacia un lado y sumergiendo la cabeza en el cajón de la ropa blanca. Agarró un par de calcetines limpísimos y volvió a dejarlos en su sitio con las puntas manchadas. A continuación, se dirigió hacia el escritorio.

—Aquí no —dijo pasando revista a los bolígrafos humeantes—. Tampoco —dijo entre las reglas fundidas—. Nada y nada —dijo entre los cuadernos ennegrecidos y las páginas quemadas—. Y aquí ya no digamos… —Por fin alcanzó las estanterías y emprendió un saqueo de los estantes.

¿Cómo era posible? Aquel niño encendía y quemaba todo lo que tocaba.

—¿Se puede saber quién eres? —espetó Diciembre tratando de recoger los libros resquebrajados, y se fijó en las pequeñas huellas de los huesudos dedos clavados en los lomos.

El niño se detuvo, arrojó el último libro al suelo y la fulminó con la mirada. Tenía unos grandes ojos de un color gris azulado, más gris

que azulado.

—Ay, qué maleducado. Soy Corvin, Corvin Moonro.

Alargó el brazo para estrecharle la mano.

Diciembre le miró las yemas rojas de los dedos: brillaban como velas de un pastel de cumpleaños. Luego miró la botella vacía sobre el tocador, los calcetines quemados, los lomos ennegrecidos de los libros esparcidos por el suelo… y dio un paso atrás.

—Bueno, entonces no eres tan estúpida como pareces —apuntó Corvin retirando la mano y soplándose los dedos ardientes.

—Tú… ¡tú eres el niño de la chimenea! —exclamó Diciembre aturdida—. Yo soy…

—Ya sé quién eres —interrumpió Corvin simulando un bostezo—. La del nombre raro. Serás mi niñera por un rato.

Diciembre volvió a tener esa extraña sensación en el estómago, como una punzada.

—Lo raro ha sido verte salir de aquí —dijo arrodillándose frente a la estufa—. Y mira que yo sé mucho de cosas raras. Me crie en un circo, ¿sabes?

—¿Qué haces? —gruñó Corvin.

—Estoy buscando el cajón —replicó Diciembre con la oreja pegada a la pared—. O la puerta, la trampilla, el doble fondo…, el truco que has usado para salir de ahí. —Se tumbó en el suelo, alargó el brazo y tanteó bajo la estufa, palpando las grietas de las tablas del suelo—. En el circo teníamos un mago, el Gran Ju, diminutivo de Julio. Yo fui su ayudante en un par de espectáculos y tenía que meterme en un compartimento secreto y quedarme ahí escondida hasta que él distrajera a los espectadores y me dejara salir. ¡Ah! —exclamó de golpe mientras se sentaba—. ¿No habrás usado algún tipo de distracción? Confieso que me distraje cuando llamaron a la puerta, pero nunca habría imaginado que miss Malhoney fuera tu cómplice…

Corvin agarró una botella de perfume y la arrojó al suelo. Diciembre hizo una mueca.

—¿Un truco? ¿Crees que he usado un truco?

La luz de la lámpara se atenuó y la sombra de Corvin cayó al suelo, curvándose y alargándose de forma exagerada hasta cubrir las paredes enteras.

—Ya veo que eres muy bueno. Venga, déjalo ya —dijo Diciembre levantando las manos.

El niño rompió a reír y empezó a desaparecer. Los afilados rasgos se suavizaron, las arrugas de la ropa se alisaron, la melena despeinada se volvió aún más oscura y vaporosa hasta que, por fin, el cuerpo entero se transformó en una densa nube de humo.

—Dime dónde está —ordenó la nube con un par de ojos rojos flotando en el centro.

Diciembre se incorporó con las rodillas temblorosas.

—Te aseguro que no sé de qué me hablas.

—El fuelle —dijo la voz que, aunque seguía siendo la de Corvin, parecía provenir de mucho más lejos—. ¿Dónde está?

Las llamas de la lámpara fueron apagándose una a una conforme la mancha oscura saltaba de pantalla en pantalla, menguando y rebotando sobre las mechas consumidas. La estufa aún estaba encendida, pero el aire volvía a ser gélido.

—¡Déjalo ya! —imploró Diciembre—. Me estás asustando.

—El fuelle —repitió la mancha acercándose a ella. De un brinco, volvió a alejarse para girar a su alrededor cada vez más rápido, arrastrando las cenizas esparcidas por el suelo, tirándole del pelo y de la falda, arañándole los brazos y las piernas.

—¡Para, por favor! —gritó Diciembre. Sentía el sabor de la ceniza en el fondo de la garganta y no podía respirar.

El remolino empezó a elevarse y deshacerse, cerniéndose sobre ella como la cáscara de una nuez.

—¡En el baúl, dentro del armario! —chilló partiendo la niebla con las manos y precipitándose fuera de la habitación bañada en lágrimas, corriendo hacia las escaleras hasta llegar a la puerta principal.

El aire fresco de la tarde no logró calmarla. El corazón le martilleaba en el pecho y se estremecía una y otra vez.

—Buenas tardes, miss Diciembre —exclamó una voz a sus espaldas —. ¿Ya se va? ¿Tan pronto?

En la pipa



Mister Moonro estaba sentado en un banco de madera del porche. Su figura larguirucha se fundía con las enredaderas que inundaban la fachada. Las hojas secas revestían las paredes y tapaban los cristales de las ventanas, aunque en esa época del año el viento ya debería haber despojado las ramas y blanqueado las hojas hacía tiempo.

—¡Ay, mister Moonro, vaya susto me ha dado!

—Qué extraño. No era mi intención.

El hombre sostenía una pipa apagada entre los labios y contemplaba el sol poniéndose en el horizonte. Envueltos en la luz del atardecer, los abetos ardían como antorchas más allá de la verja de hierro forjado.

Diciembre se estremeció. Volvió a acordarse del fuego de la estufa, del humo que desprendían los calcetines de Corvin y los rizos encrespados que le salían de la cabeza.

—Su hijo ha desaparecido —dijo con el corazón latiéndole a lo loco.

Mister Moonro la observó con gesto tranquilo.

—Estoy seguro de que está en casa. Quizá si lo busca un poco

mejor… ¿Ha probado en la tetera?

—¿En la tetera?

—Sí, o en las cacerolas. Le encanta el estofado de liebre. —Diciembre no tenía ganas de broma. Aún podía oler aquel humo acre, oír el silbido de las velas apagándose y el eco estridente de Corvin resonando en las pantallas de las lámparas.

—Ha desaparecido —repitió—. Se ha disuelto, volatilizado… Se ha convertido en humo después de salir de una estufa.

Mister Moonro se quitó la pipa de la boca y exhaló una nubecilla de humo en el aire. Un momento antes, Diciembre habría jurado que la pipa estaba apagada.

—Entiendo, gracias por decírmelo. Ya puede volver arriba.

—Pe-pero…

—Puede subir a buscar su maleta. Está despedida, miss Diciembre.

¿Despedida? ¿De verdad estaba sucediendo algo así?

—No lo entiendo —dijo Diciembre agarrándose a la vieja barandilla descascarillada. Unos pétalos de pintura cayeron al suelo, deshaciéndose como cenizas.

—Ha perdido de vista a mi hijo. Lo ha dejado solo dentro de una estufa. «No perder de vista al niño en ningún momento», esa es la regla número uno de una niñera.

Mister Moonro sacó un reloj de bolsillo de la chaqueta, levantó la tapa y golpeó la esfera con el dedo.

—Ya puede ponerlo en lo más alto de su currículum. Treinta y siete minutos, niñera del hijo del Hombre del Saco.

Diciembre se quedó muy quieta, o al menos lo intentó. El porche empezó a moverse como una balsa bajo los pies de lo mucho que le temblaban las piernas.

—¿Cómo ha dicho?

Mister Moonro volvió a quitarse la pipa de los labios y exhaló otra nube de humo. Diciembre no veía ningún brillo anaranjado en la cazoleta. Supo con seguridad que la pipa estaba apagada.

—El anuncio en el Daily Tremore estaba muy claro, no era nada nebuloso —dijo mister Moonro abandonándose a una risa inocente.

Diciembre no se rio, sino que se palpó la falda y rebuscó por todas partes en busca del recorte de periódico. «No puede ser», pensaba, y al final lo sacó del bolsillo. «Imposible», pensó desplegándolo con cuidado.

«Se busca niñera para el hijo del». Después de la L, faltaba la mitad del trozo, era un gancho cortado y sujeto al papel por un sedal manchado de tinta y grumos de barro.

Había encontrado el recorte arrugado hacía unos días, pegado al tacón de un cliente cuando aún trabajaba como limpiabotas en la esquina de Foscor Street con Bora Boulevard, que en realidad solo era una calle pintada en un muro. Ese mismo día perdió el trabajo y pensó que se trataba de un golpe de suerte, pero ahora, mientras completaba el mensaje con las palabras que faltaban, ya no estaba tan segura:

«Se busca niñera para el hijo del Hombre del Saco».

El Hombre del Saco, mister Moonro, la miraba intrigado desde su rincón, sentado entre las enredaderas.

Diciembre no se atrevía a moverse. Tenía el tacón de un zapato mirando hacia la verja y la punta del otro plantada entre los tablones del porche.

Entonces, el hombre agitó la mano y los dedos se desvanecieron y se estiraron por la barandilla de madera y entre las incrustaciones de las columnas hasta agarrar el trozo de papel que Diciembre tenía aplastado entre las uñas.

—¡Aaaay! —Diciembre dio un brinco atrás, hacia abajo, hasta quedar en el borde inferior de los escalones. Dio un traspiés, se

enredó en la falda y en los cordones sueltos de las botas y cayó hacia atrás. Siguió alejándose a rastras por el lado de la tierra removida, entre la maleza, pataleando y rechinando los dientes, invadida por un miedo que nunca había experimentado hasta entonces, hasta que la figura borrosa de Corvin la había amenazado entre graznidos en el huracán de polvo negro.

—¡Vamos, miss Diciembre! —Mister Moonro sobrevoló la barandilla y el prado hasta aterrizar con elegancia justo delante de ella—. No tenga miedo, no estoy de servicio.

—El… Hom-hombre del Saco… —balbuceó ella encogiendo la cabeza entre los brazos y acurrucándose en la hierba.

—Le aseguro, miss, que no soy una mala persona. Y que hacer lo que hago no me divierte en absoluto.

Ante aquella confesión, Diciembre levantó un poco la cara con suma cautela.

—Entonces, ¿por qué lo hace? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque es mi trabajo —suspiró mister Moonro—. No sé hacer otra cosa.

Le tendió una mano para ayudarla a levantarse, y Diciembre la examinó con atención. Era una mano sólida, endurecida por la edad y mullida por una pelusa gris que le trepaba por los nudillos; una mano cálida, pero no ardiente. Diciembre la agarró y se puso en pie.

—Con esto se explica el malentendido —dijo el Hombre del Saco, devolviendo el recorte estropeado del Daily Tremore a Diciembre.

Ambos estaban sentados en el banco de madera, a mitad de la barandilla. Diciembre se había colocado al otro extremo de donde estaba él. Tenía la vista clavada en el suelo, los brazos rígidos y los puños apretados en el regazo.

—Al menos, espero que le haya dado tiempo a probar un trozo de tarta de Nydia, quiero decir, de miss Malhoney. Sus tartas son

deliciosas —dijo mister Moonro frotándose el bigote.

—No —suspiró Diciembre. No había llegado a darle ni un mordisco. Aunque debería sentirse aliviada por abandonar Villa Moonro sana y salva, lo cierto es que no podía dejar de pensar que, en lo más crudo del invierno, ella no tenía trabajo ni lugar adonde ir. Cuánto le habría gustado dormir en aquella mullida cama, al menos por una noche.

—El mío es un trabajo como tantos otros —exclamó mister Moonro, distrayéndola de sus pensamientos. No miraba a Diciembre, había vuelto a clavar la vista en los árboles ardiendo en el horizonte—. Un trabajo heredado en mi familia desde hace muchas generaciones. «Siempre debe existir un miedo enorme que haga parecer insignificantes a los otros», me decía mi padre, igual que a él se lo decía el suyo, y así.

Se calló un momento, dio una calada a la pipa, exhaló unas nubecillas de vapor y retomó la palabra:

—No hago daño a nadie. Es como en el circo; usted, que lo conoce, puede entenderlo. Me limito a dar una pequeña función: unos portazos aquí, unas sombras en las paredes allá. Lo que ocurre es que los niños, en lugar de aplaudirme, chillan y se esconden bajo las mantas, se refugian en la cama de los padres y los hermanos mayores. Algunos encienden una vela, otros cantan para ahuyentar el miedo y otros murmuran para sí: «Es solo un sueño», «Todo va a acabar enseguida» o mi frase preferida: «El Hombre del Saco no existe».

Volvió a quedarse en silencio y lanzó otra bocanada de humo.

—La cuestión es que reaccionen, que superen el miedo solos o con un poco de ayuda. Si de niños vencen el miedo al Hombre del Saco, de mayores podrán vencer todos los demás. Bueno, ahora que se lo he explicado, ¿sigue pensando que soy un monstruo?

Diciembre sacudió la cabeza aturdida. En otras circunstancias, no habría creído las palabras de mister Moonro. Conocía las historias del Hombre del Saco, pero eran solo eso: historias. Aun así, no podía negar lo que había visto y vivido ese día, la respiración

entrecortada de la ceniza y la sensación de ahogarse en las turbias aguas de un lago. Estaba acostumbrada a los trucos y las extravagancias, pero las transformaciones de Corvin no podían considerarse ni una cosa ni la otra.

—Siento… Siento haber reaccionado así.

—No se preocupe, siempre ocurre igual —la tranquilizó mister Moonro—. Las niñeras que me manda la agencia ya saben dónde vienen y, aun así, cuando Corvin empieza a transformarse, todas salen corriendo y no vuelven nunca más. Ni siquiera a recoger sus cosas.

Eso explicaba por qué la habitación estaba llena de ropa, sombreros y cosméticos femeninos, pero no por qué había un baúl con el nombre de Diciembre lleno de utensilios para el fuego.

—¿Po-por qué había un baúl grabado con mi nombre? —reunió el valor para preguntar.

Mister Moonro alzó una ceja.

—Bueno, fue la única que respondió al anuncio del periódico. Imagino que las demás pensarían que era una broma.

Diciembre se sintió un poco decepcionada.

—Entiendo. Por eso me contrató.

—No exactamente. —Mister Moonro cruzó los dedos para abrazarse a la rodilla, inclinó la cabeza a un lado y sonrió—. La contraté porque me sorprendió —respondió, y la sonrisa se volvió carcajada, y la carcajada, un eco profundo y cavernoso—. Verá, miss Diciembre, mi hijo es un niño especial y necesita cuidados especiales. Parece que fue ayer cuando lo mecía en la cazoleta de la pipa…

En lugar de enternecerse, Diciembre se echó a temblar. Imaginó a un Corvin pequeñito, con unos minúsculos ojos rojos y la cara pálida y llena de cenizas como granos de pimienta sobre el queso.

—Corvin es un niño precoz. A su edad, yo apenas lograba hacer

desaparecer una mano y sacar humo por las puntas del pelo. —Mister Moonro hundió los dedos en la cabeza ya canosa—. Sin embargo, aún no domina sus poderes. Y si se quedara mucho tiempo así dentro de una estufa o una chimenea encendida, me temo que no podría recobrar su forma humana.

Diciembre asintió, pero se dio cuenta de que no había captado del todo el significado de esas palabras.

—He contratado niñeras de todos los países, mujeres eficientes y cualificadas. Ninguna de ellas consiguió estar encima de él, controlarlo; por eso puse el anuncio en el periódico: para encontrar a una persona distinta. Distinta como Corvin. Cuando la vi por primera vez, hace un rato, pensé…

Diciembre parpadeó con fuerza. ¿Acaso iba a recibir un cumplido?

—Pensé…

Diciembre contuvo el aliento.

—… Pensé que era una inútil.

Diciembre estuvo a punto de caerse del banco.

—Y luego saltó sobre la silla y el sillón y el globo terráqueo, y entonces me dije: «Vaya, una inútil capaz de hacer acrobacias».

No era lo que Diciembre esperaba, pero sintió como un leve rubor le calentaba el corazón y le iluminaba las mejillas.

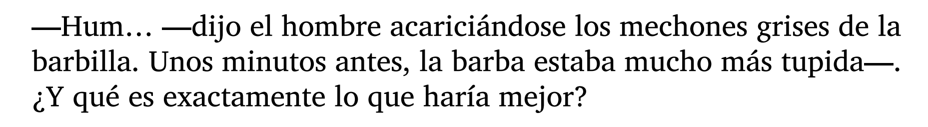
—Es una lástima, de verdad…

—Quiero volver a intentarlo.

—¿Cómo?

Diciembre se puso en pie de un salto, con tal ímpetu que las enredaderas que tenía detrás se encogieron.

—Quiero volver a intentarlo, mister Moonro. Estoy segura de que puedo hacerlo mejor.



—Hum… —dijo el hombre acariciándose los mechones grises de la barbilla. Unos minutos antes, la barba estaba mucho más tupida—. ¿Y qué es exactamente lo que haría mejor?

—No perderé de vista a Corvin ni un segundo.

—¿Y qué más?

—Si es necesario, saltaré del techo para atraparlo.

—¿Ah, sí?

—Sí, y le limpiaré el hollín de la cara, y también esa sonrisa engreída que tiene, si me deja.

Mister Moonro estiró las larguísimas patas de araña y miró una vez más el reloj de bolsillo.

—Bueno, entonces, si quiere hacer todo eso, los utensilios para la chimenea le serán muy útiles —dijo extendiendo el brazo y acompañándola hacia la entrada.

—¿Qué quiere decir?

—Corvin habrá aprovechado su ausencia para quitárselos. Mi pequeño tiene un carácter explosivo, por así decirlo.

—Ya, mister Moonro, pero ¿para qué sirven en realidad?

Cuando Diciembre se dio la vuelta, el hombre ya no estaba. Solo pudo ver un rastro de humo retorciéndose y alzando el vuelo por encima de la afilada verja, entre las afiladas sombras de los árboles.

En la tetera



Diciembre corrió a su habitación y, al entrar, vio que nevaban bolitas de ceniza del techo sobre los calcetines quemados y las páginas rotas de los libros. El baúl que contenía los utensilios de la chimenea estaba vacío y abandonado bajo la ventana, y por todas partes se veían huellas de dedos huesudos, manitas marcadas a fuego sobre los muebles, las cortinas y las paredes.

Llena de rabia, Diciembre se dispuso a buscar a Corvin. Inspeccionó las habitaciones del primer y segundo piso, rodeó la galería y entró por los laberínticos pasillos del interior. Buscó debajo de las camas y las alfombras, dentro de los armarios y aparadores, en los baúles y las cómodas. Entonces, se acordó de lo que había dicho mister Moonro a propósito de Corvin: que le encantaba revolcarse en la olla del guiso. Siguió buscando entre los candelabros, las chimeneas y las lámparas de aceite.

A continuación, descendió por las escaleras hasta la planta baja, desconsolada. Por un instante, creyó atisbar a Corvin entre los mullidos sofás y las mesas del comedor, pero solo era un viejo perchero que proyectaba su sombra en la pared opuesta. Al final se

refugió en la cocina y buscó consuelo al calor de la chimenea y en la compañía de miss Malhoney.

La puerta lacada en rojo se abrió bajo la escalera, mostrando otros cinco escalones que conducían a una amplia estancia con las paredes cubiertas de cucharones, tenedores, cazuelas y sartenes. De las vigas del techo colgaban ramilletes de flores secas y hierbas aromáticas, y el suelo era un mosaico de azulejos de colores, como una extraña colcha hecha a base de retazos.

Miss Malhoney bordaba sentada en una silla junto al fuego. A sus pies había un cesto lleno de retales, bobinas de hilo y bastidores de bordado.

—Llevo buscándolo toda la tarde —dijo Diciembre sentándose junto al ama de llaves—. ¡Me rindo, no encuentro a Corvin por ninguna parte!

Se encogió de hombros y le pareció que el fuego de la chimenea hacía lo mismo. La llama gemía y se hundía entre las brasas, soltando destellos cada vez más tenues. Pronto se apagaría. Diciembre echó un vistazo alrededor en busca del soporte de los utensilios.

—Miss Malhoney, ¿dónde está el atizador? Me gustaría reavivar el fuego.

Miss Malhoney sacudió la cabeza.

—En esta casa no hay atizadores. A mister Moonro no le gustan.

—¿Y cómo remueven la leña?

—Lo hace el señor con las manos, o el señorito Corvin.

Diciembre tragó saliva. Una cosa era asumir que su nuevo jefe y su hijo eran capaces de evaporarse y otra, aceptar que podían agarrar los troncos ardientes sin emplear los utensilios de hierro.

Suspiró y se deslizó hacia el borde de la silla. Esperó por si veía los pies de Corvin al otro lado del salvachispas, entre las llamas casi extinguidas, pero al final se dejó caer en la silla, decepcionada, y se

apoyó contra el respaldo. Quizá era hora de rendirse y renunciar a la búsqueda…

El silbido de la tetera resonó en la cocina.

Diciembre se puso en pie de un salto y, en un segundo, se colocó frente al fogón para abalanzarse sobre el chorro de vapor que salía del pitorro de cobre.

—¡Te tengo, pequeño! ¡No te escaparás! —exclamó tratando de capturar el aire caliente con las manos.

—Pero… ¿qué hace?

Miss Malhoney se le acercó por detrás, agitando la manopla que acababa de bordar.

—Yo creía… —Diciembre observó cómo el vapor se desvanecía entre los capullos y las guirnaldas de flores secas que colgaban de las paredes—. Nada, olvídelo —murmuró mientras volvía a sentarse. Miss Malhoney apagó la última llama y, con una voz monocorde y el rostro inescrutable, le dijo:

—Le prepararé una taza de té.

El agua brotó del pitorro de la tetera y llenó hasta arriba una tacita de porcelana con los bordes festoneados.

—Buenas noches —dijo miss Malhoney, y salió de la cocina.

Diciembre se quedó sola. Observó la rodaja de naranja hundida en el té negro, tomó la taza humeante y se la llevó a los labios. Saboreó el perfume de la canela, el vapor especiado que le calentaba las mejillas y le hacía cosquillas en la nariz. Picaba un poco, quizá era demasiado fuerte.

—¡Ay! —exclamó bajando los ojos hacia la taza. Una columna de humo espesa y lechosa se elevó por encima de la superficie ondulada, como si fuera el brazo extendido de un niño queriendo agarrarle la nariz. Aquel era, sí, el brazo humeante de un niño, y

cuanto más se echaba Diciembre hacia atrás, más se aferraba la mano a su presa.

Diciembre se retorció hasta tambalearse, y logró que el líquido hirviente no se le derramara encima, pero la tacita cayó al suelo con estrépito.

El vapor salió disparado, voló hasta la mesa y ahí se volvió cada vez más denso hasta transformarse en un niño: los rizos de humo en mechones de cuervo, las finas plumas de aire en piernas huesudas y angulosas.

Corvin aterrizó sobre la silla que estaba justo delante de Diciembre y se sacudió las últimas volutas de humo como si fueran las plumas alborotadas de un cuervo. Tenía el cuello ennegrecido en los bordes y las mejillas manchadas de hollín, igual que cuando se conocieron unas horas antes. Unas hebras mojadas le goteaban por la frente, quizá porque se había escondido entre los vapores del té.

—¿Aún estás aquí? —preguntó mientras se ponía cómodo y disfrutaba del espectáculo de la niñera que no paraba de toser y escupir para recuperar el aliento—. He oído lo que te ha dicho mi padre.

Diciembre enderezó los hombros, se aclaró la garganta y dijo con una vocecita ronca y dolida:

—Que cree en mí.

—Ha dicho que eres una inútil.

Diciembre volvió a toser aún más fuerte.

—También he oído lo que le has dicho tú.

—Que me esforzaré todo lo que pueda.

—Le has dicho que estaba en la estufa —dijo Corvin abriendo una boca enorme y mostrando una lengua rojo incandescente—. Seguro que se enfada conmigo por eso, y yo me enfadaré contigo.

Una sonrisa aterradora le asomó a la carita, y Diciembre se

estremeció.

—¿Cómo has conseguido meterte en la taza? No te he oído llegar —dijo tratando de recom-

ponerse.

—Furtivo y silencioso: son las cualidades más importantes del Hombre del Saco —replicó él hinchando el pecho.

—No hemos empezado con buen pie. ¿Por qué no lo intentamos de nuevo?

Diciembre se limpió la mano en la cadera y se la tendió a Corvin. Él le devolvió una sonrisa forzada, rodeó la mesa y pasó de largo junto a ella para arrodillarse frente a la chimenea. Una vez allí, se arremangó y alargó el brazo para meterlo entre los tizones ardientes.

Diciembre no se acobardó.

—Te he buscado por todas partes. Tienes que devolverme el fuelle que estaba en el baúl de mi habitación, y los otros utensilios.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué van a servirte?

—No estoy segura —admitió—. Creo que son para cuidarte.

Corvin se volvió hacia ella. Las orejas le temblaron entre los rizos oscuros mientras se ponía en pie.

—¿Y por eso crees que puedes perseguirme? —Corvin empezó a medir la estancia a grandes pasos con las manos entrelazadas en la espalda, una más roja que la otra.

—Creo que sí, aunque tampoco estoy del todo segura —dijo Diciembre.

Corvin se detuvo y empezó a balancear las piernas, agarrándose los tirantes como si fueran las cuerdas de un columpio. Dobló el codo y sacó algo que escondía detrás: era el fuelle de madera, el de la mano negra grabada en el centro.

—A ver si puedes atraparlo —la desafió, y empezó a correr en zigzag entre las mesas de la cocina.

—¡Devuélvemelo! —gritó Diciembre, y salió tras él a todo correr.

Corvin se desvió hacia la pared.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó agarrando un cucharón de la pared y lanzándolo hacia ella. Diciembre logró esquivarlo, el cucharón hizo una pirueta en el aire y acabó en el cesto de costura de miss Malhoney.

—¡Tienes que devolvérmelo! —repitió Diciembre precipitándose de un lado a otro como un rayo entre las mesas, las sillas y los taburetes volcados, con los brazos extendidos para poder atraparlo.

—¿Te refieres a esto? —preguntó Corvin, agarrando una cacerola de cobre colgada de un gancho. La cazuela rebotó y se alejó rodando.

Diciembre se detuvo para recobrar el aliento y echó un rápido vistazo alrededor. Vio como Corvin empezaba a transformarse, envolviéndose los hombros con los brazos como las alas grises de una lechuza. Hundió la nariz en el cesto de la costura y emergió con una madeja de hilos enmarañados en el pelo y un bastidor de madera en la mano.

Se acordó del circo y de las casetas de juegos diseminadas en torno a la gran carpa, que cambiaban según la estación del año. En otoño se colgaban paquetitos en las hojas desnudas de los árboles, y había que lanzar anillos de madera para colgarlos de las ramas y ganar el premio.

El pequeño bastidor no era muy distinto de los aros que se usaban en aquel juego, y las piernecitas flacas de Corvin parecían ramas finas. Se puso el aro a la altura de la nariz, localizó el blanco, apuntó y lanzó.

El bastidor salió disparado, planeó deslizándose a lo largo de la alfombra extendida sobre el suelo y se enganchó al tobillo de Corvin justo cuando este emprendía el vuelo. El niño cayó hacia delante y perdió un zapato en el traspiés, mientras el fuelle se le

escapaba de las manos.

—¡Bien! —exclamó Diciembre exultante, y corrió a recuperar el preciado objeto que mister Moonro le había confiado.

Sin embargo, Corvin fue más rápido. Levantó la mano que un momento antes había metido en la chimenea y la golpeó rabioso contra la alfombra, que empezó a chisporrotear entre los dedos y luego a arder y quemarse, y nada más pisarla Diciembre, se rasgó para envolverla entre sus pliegues.

Corvin llevaba ventaja otra vez. Se puso en pie frotándose el tobillo, se hinchó hasta convertirse en una nube de humo e intentó acercarse al fuelle. Sin embargo, la nube avanzaba muy lenta, ondulaba arriba y abajo, como si le costara mucho flotar en el aire, como si estuviera cojeando, sea cual sea el equivalente de cojear de una nube.

Era su oportunidad. Diciembre tomó impulso y saltó sobre un taburete, hasta alcanzar el candelabro. Se agarró a los brazos metálicos cubiertos de cera y empezó a oscilar adelante y atrás. Al llegar a un cierto punto, cruzó los brazos, arqueó la espalda y se lanzó hacia el lado opuesto de la cocina. Aterrizó justo encima del fuelle mientras Corvin, un difuso remolino de polvo y humo negros, se abalanzaba sobre ella.

—¡No! —gritó cerrando los ojos y apretando el fuelle contra el pecho. Los pliegues se abrieron, la tabla rebotó y de la boquilla en forma de cono salió un ligero soplo de aire fresco.

Cuando Diciembre volvió a abrir los ojos, el humo había desaparecido de alrededor del cuerpo de Corvin y el pelo ya no le revoloteaba en la cabeza. Volvía a ser un niño de carne y hueso.

Diciembre se frotó los ojos, agarró el mango del fuelle y sonrió triunfal.

—Ya veo para qué sirve.

En el cestito de miss Malhoney, Diciembre encontró un paño de

algodón fino como una gasa, perfecto para vendar el tobillo de Corvin, pero al acercarse, él la empujó hacia atrás.

—Siento lo del tobillo, no quería hacerte daño.

—¿Qué clase de niñera eres?

—Una niñera novata —admitió Diciembre—. Hay una cosa que no entiendo… —prosiguió—. Después de transformarte, ¿por qué no volaste más alto, o más rápido?

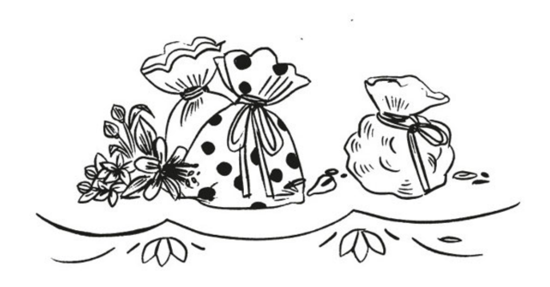
—Porque me dolía el pie.

Diciembre lo miró con aire interrogativo y Corvin pegó un bufido.

—Que me convierta en humo no significa que no sienta el dolor. Si no puedo caminar, tampoco soy capaz de volar.

—Aaah… —replicó Diciembre pensativa. No entendía del todo la magia que rodeaba a mister Moonro y a su familia, pero había visto a Corvin absorber el fuego de la chimenea y luego prender la alfombra, tal y como había hecho con los objetos de su habitación. Lo había visto evaporarse y volver a ser de carne y hueso con un simple soplo del fuelle. Había muchas cosas que aún no sabía, pero intuía haber dado un primer paso.

En el horno



Cuando no seguía las clases que su padre le daba en el estudio, a Corvin le encantaba deambular por la casa: se acostaba en el horno de leña, sobre el suave pan de centeno relleno de pasas, o se acurrucaba entre los leños quemados de la chimenea para jugar a canicas con avellanas tostadas y, de vez en cuando, se asomaba por el tubo como si fuera el alféizar de la ventana y contemplaba el bosque de abetos que se extendía muchos kilómetros alrededor de la casa.

Para él no era peligroso trepar hasta allí, pero Diciembre tenía miedo de que pasara demasiado tiempo en forma de vapor. Así, cuando lo veía deslizarse al otro lado del salvachispas, sacaba un montoncito de ceniza blanca del bolsillo del delantal y lo arrojaba al fuego para, a continuación, emplear los utensilios de la chimenea.

Primero metía las tenazas por el tubo arriba hasta agarrar a Corvin del pie. Él intentaba zafarse y se retorcía, y el humo se le erizaba tras la nuca como el pelo de un gato furioso; entonces, Diciembre desplegaba los demás utensilios. Con la pala recogía lo que quedaba de Corvin hasta formar una mancha de humo tembloroso, y con el fuelle soplaba aire fresco para volver a transformarlo. Corvin caía rodando sobre las brasas apagadas, otra vez humano, otra vez un niño de carne y hueso con la cara y la ropa manchadas de hollín.

Diciembre odiaba la escobilla. Las espinosas cerdas frotaban las mejillas de Corvin como una áspera pastilla de jabón. Tenía la piel más resistente que ella había visto en su vida, pero debía asegurarse de masajearla con un paño empapado en agua fresca antes de cepillarla, porque, si no, Corvin podía absorber el calor y encender, en un minuto, todo cuanto quedaba a su alcance. Así lo había hecho el día que se conocieron con los libros y los calcetines de su habitación, y seguía haciéndolo cada vez que tramaba una nueva travesura.

Al cabo de unos días, la ropa de Diciembre estaba llena de parches y remiendos. Ella trataba de dar la vuelta a las prendas y cubrir los desgarrones y las arrugas con los delantales y chales abandonados de las antiguas niñeras. No había nada que pudiera hacer para ocultar los dobladillos quemados de las faldas porque si las cortaba, dejaría al descubierto los bordes chamuscados de los botines.

Diciembre hacía todo cuanto estaba en su mano para entenderse con Corvin, pero este seguía mostrándose grosero y distante: cuando tomaba forma de niño, no paraba de quejarse, y en forma de humo, hervía. Ya tuviera uno u otro aspecto, su rostro siempre estaba atravesado por las sombras. Quizá por ello Diciembre se acostumbró enseguida a su magia.

Con mister Moonro era distinto. Mister Moonro era el hombre más amable que había conocido en su vida. Salía corriendo a la puerta cuando miss Malhoney regresaba del mercado y se ofrecía a cargar con la pesada cesta llena de harina y panes salpicados de semillas. Reunía las páginas de moda del Daily Tremore y las deslizaba bajo la puerta de Diciembre junto con un carrete de cinta o un puñado de botones nuevos que había conseguido en la ciudad. Cada vez que se cruzaba con ella en el rellano, le dedicaba unas enormes sonrisas de lo más amistosas. Diciembre respondía con un gesto de cabeza y una sonrisita avergonzada, pero luego se acordaba de que tenía enfrente al Hombre del Saco, bajaba la vista y se precipitaba escaleras arriba en busca de Corvin.

Sí, le gustaba por la confianza que había depositado en ella, y comprendía esa necesidad suya de honrar la tradición familiar, pero, al fin y al cabo, mister Moonro seguía siendo el monstruo de los cuentos que había escuchado de niña, y no podía permitirse

bajar la guardia.

Por suerte, evitarlo no era una tarea imposible, pues él pasaba casi todo el tiempo en el estudio o en el saloncito de la biblioteca. Cenaba temprano y no comía a mediodía. Pasaba su tiempo libre sentado junto a la barandilla del porche, con las interminables piernas cruzadas y la boquilla de la pipa entre los labios.

Y había otra persona que vivía en Villa Moonro.

Miss Malhoney no era una mujer de muchas palabras, pero hacía mucha compañía. Sabía hacer casi de todo, y a Diciembre le gustaba ayudarla con las tareas domésticas. El ama de llaves le pedía ayuda, sobre todo, a la hora de quitar el polvo a los rincones más estrechos e inaccesibles de la casa, pues Diciembre alcanzaba a limpiarlos de un solo brinco, sin ayuda de la escalera.

Por alguna razón, la cocina siempre estaba inundada de flores frescas, y miss Malhoney luchaba por encontrar nuevas formas de desembarazarse de ellas. Solía colgar los ramos de las vigas del techo para que se marchitaran, y una vez secos, los desmenuzaba para hacer mezclas de té, sales y aceites de baño.

—¿Cómo es que siempre hay tantas flores aquí? —preguntó Diciembre un día al entrar en la cocina. Miss Malhoney estaba atareada cosiendo unos saquitos llenos de hojas y flores de azahar.

—¿Por qué no se lo pregunta al señor de la casa?

Diciembre decidió olvidar el asunto.

—Creo que hoy nevará —dijo para cambiar de tema. Aquella mañana, le había parecido ver una mullida y ondulante capa de nieve sobre las rizadas copas de los árboles. Le encantaba la nieve, y estaba convencida de que aquella nube gris del fondo del camino se apresuraría a traspasar la verja del jardín.

—Lo dudo —replicó miss Malhoney con sequedad, apagando todo su entusiasmo.

Diciembre se desplomó en una silla junto al fuego y empezó a bordar uno de aquellos saquitos perfumados. Quedó tan horrible,

lleno de bultos y nudos, que miss Malhoney lo escondió en el cesto de la ropa limpia, y luego pidió a Diciembre que subiera el cesto al piso de arriba.

Diciembre debería haberse sentido ofendida, pero lo cierto es que accedió de buen grado, feliz de hallar un pretexto para explorar la casa.

Empezó a recorrer el pasillo despacio con el enorme cesto entre los brazos, y al pasar frente al estudio de mister Moonro, reparó en que la puerta estaba entreabierta.

—… No me verá nadie —decía Corvin en ese momento, y Diciembre creyó notar una nota implorante en su voz. No era un tono propio de él, por lo que se acercó a escuchar.

Mister Moonro, al otro extremo de la estancia, parecía inflexible.

—Afuera está nevando, ¿quieres que te descubran? Debes concentrarte en los estudios, si no, nunca llegarás a ser el próximo Hombre del Saco.

—Sabes muy bien que no me importa. Ni siquiera soy la primera opción.

—Anda, Corvin, no digas eso. El Clan cuenta contigo. Acaba las lecturas y luego practica un poco el violín.

Diciembre se apresuró a alejarse hacia el armario de la ropa antes de que mister Moonro saliera de la habitación y la pillara escuchando a escondidas.

Después de colocar las sábanas en su sitio, se detuvo un momento a contemplar el paisaje por la ventana. Estaba nevando, pero… qué raro, los copos no se posaban en el jardín. Era como si la casa estuviera inmersa en un globo gigante de vidrio, y la nieve caía fuera de la verja en lugar de amontonarse sobre la hierba. Observó el camino espolvoreado de hojas secas serpenteando entre el manto blanco.

Regresó a la cocina. Miss Malhoney había terminado de atar los saquitos con una cinta y estaba decorando un pastel en capas con pétalos de rosa.

—Está nevando, pero ni un solo copo se ha posado en el camino —dijo pensativa.

—Como cada año —dijo miss Malhoney con un gesto vago.

Diciembre se acercó a la mesa, tomó unas florecillas de un tazón y las esparció distraída sobre la crema de mantequilla.

Seguía pensando en las enredaderas secas que cubrían la fachada, en los árboles amarillos que franqueaban el camino. A su llegada, le había extrañado ver las trazas del otoño aún en el jardín, pero claro, las transformaciones de Corvin le habían extrañado mucho más. Así, pronto lo había olvidado y no había vuelto a pensar más en ello.

—Miss Malhoney, me preguntaba si tal vez podría explicarme la magia que envuelve esta casa.

La mujer se sacudió el delantal, esta vez para quitar la harina y no el hollín.

—No envuelve la casa, sino a quienes la habitan. Ni siquiera yo puedo explicarlo, es como si el aura de fuego alrededor de los Moonro derritiera el invierno. La nieve no se posa en el jardín; las hojas no se marchitan, solo caen un poco hasta que los árboles reverdecen, las ramas se llenan de capullos y llega la primavera. También llega el otoño, que aquí es más caluroso que en cualquier otro lugar del mundo. El invierno, en cambio, no llega nunca. De hecho, es la primera vez que diciembre cruza esa verja. —Miss Malhoney esbozó una leve sonrisa, y Diciembre pensó que tenía una afición por los juegos de palabras parecida a la de mister Moonro.

—¿Por eso Corvin nunca sale de casa?

Miss Malhoney asintió.

—¿Qué dirían en la ciudad al ver a un niño formando charcos humeantes en la nieve?

Diciembre pensó en los callejones de paredes encaladas de Tremore, en los carámbanos que solían colgar de los letreros de las tiendas. En invierno, toda la ciudad se cubría de blanco, y a Corvin le habría sido imposible pasar desapercibido.

Debía de morirse de aburrimiento, encerrado en casa durante tantos meses, y por eso se colaba en los fogones y las chimeneas encendidas, o se pasaba horas acurrucado en el horno de leña. Tal vez ella pudiera hacer algo para aliviar un poco la pesadez de las largas jornadas invernales. Tal vez, además de vigilarlo, pudiera hacerle compañía.

En el cuento



El cuarto de juegos era la habitación preferida de Diciembre. Había paneles rojos en las paredes, una chimenea blanca y un precioso salvachispas decorado con abejas y mariquitas, margaritas y amapolas con piedras incrustadas de colores brillantes. Del techo colgaban cometas de papel, y en torno a una gran alfombra redonda se disponían cestas, armarios y baúles repletos de toda clase de juguetes.

Le gustaba, sobre todo, la ventana de la torre, con su marco dorado y entallado en forma de rombo, como los que decoran las plataformas del circo, y un cristal que teñía los rayos de sol de amarillo y naranja. Era como si, en esa habitación, el sol se pusiera a cualquier hora del día.

Al entrar Diciembre, Corvin estaba allí, junto a la ventana, acurrucado en un rincón repleto de cojines con un brillo de luz en la mejilla y un libro abierto sobre las rodillas.

—¿Qué quieres? —preguntó sin levantar apenas la cabeza y mirándola de reojo.

Diciembre se estremeció. Ya empezaba a arrepentirse de haber

entrado.

—Quería estar un rato contigo.

Corvin hizo una mueca y pasó la página del libro.

—No hace falta que vengas a controlarme, no estoy haciendo nada peligroso.

Estaba claro que quería desembarazarse de ella. Diciembre se apresuró a buscar algún pasatiempo divertido por todo el cuarto, hasta que vio una gran cometa negra colgando del techo. Tenía forma de cuervo con las alas extendidas y la cola bordeada por un vistoso penacho de plumas.

—¿Te apetece que vayamos a volar la cometa al jardín?

—Hum… —murmuró Corvin muy concentrado en el libro. Lanzó una fastidiosa mirada a la cometa y añadió—: Seguro que el viento la lanza más allá de la verja y acaba empapada de nieve.

Diciembre no pudo llevarle la contraria. Tenía razón. A veces olvidaba el frío que hacía fuera. Una ráfaga violenta de aire podría desgarrar el papel o aprisionar la cometa entre dos ramas de abetos helados. Incluso los animales de la habitación vestían ropa de abrigo: bufandas y capas de lana, mitones y botas de piel…

Decidió olvidarse de la cometa y empezó a hurgar en un cesto lleno de mazos de cróquet y raquetas de bádminton. También había pelotitas de colores y un volante de plumas negras.

—¿Jugamos una partida? —propuso mientras lanzaba al aire tres pelotas para hacer una pequeña exhibición de malabares.

—¿Qué? —suspiró Corvin, que no parecía impresionado en absoluto —. Bah, seguro que lanzarías las pelotas al otro lado de la verja y se perderían en la nieve.

Diciembre devolvió las pelotas al cesto.

—Bueno, entonces nos quedaremos en casa.

Encontró una caja con piezas de puzle, dados y un mazo de cartas atado con un lazo, pero Corvin parecía cada vez más enfrascado en la lectura, y pasaba las páginas ignorando las propuestas de Diciembre.

—¿Por qué no hacemos un puzle?

—Falta una pieza.

—Pues juguemos a las cartas.

—No sé cómo se juega.

—¿Te gustan los trenes? —preguntó desesperada, juntando uno a uno los vagones de bronce que brillaban en un rincón.

Corvin cerró el libro de un golpe seco.

—¿Por qué no te rindes de una vez?

Diciembre titubeó. Si Corvin quería pasarse toda la tarde leyendo, ella no podía impedírselo. En el fondo tenía razón, no estaba haciendo nada malo.

—Es que creo que deberíamos empezar a conocernos un poco —dijo al final.

El niño se le acercó. Olía a troncos y castañas cocidas en salvia, y la piel le relucía como si estuviera embadurnada de aceite caliente. Se apartó un rizo de la frente y su mirada pareció suavizarse:

—Estoy de acuerdo.

Diciembre notó cómo la invadía una oleada de alivio y felicidad.

—¿De verdad? —preguntó incrédula.

Corvin asintió y le enseñó el libro que tenía entre las manos.

—Por eso estoy leyendo tu diario secreto —dijo, y esbozó una sonrisa tan afilada como unas tijeras, que desterró todas las esperanzas que Diciembre albergaba en el corazón. Qué tonta,

¿cómo no había reconocido antes su diario secreto?

Tropezó con las piezas de puzle y los dados esparcidos por el suelo y no le dio tiempo a sacar el fuelle. Con el diario bajo el brazo, Corvin se sumergió entre las llamas de la chimenea.

Imposible tratar de seguirlo por el estrecho tubo lleno de humo.

Corrió escaleras abajo hasta salir al jardín, y luego se precipitó hacia el sendero de la entrada. La cabeza de Corvin sobresalía de la chimenea, como el día en que llegó a la casa. En el horizonte, el sol empezaba a ponerse. Muy pronto, mister Moonro se iría a trabajar. Debía hallar un modo de subir al tejado antes de que descubriera que había vuelto a perder de vista a su hijo.

Había un árbol muy grande cerca de la casa cuyas hojas rozaban el tejado, unas hojas amarillentas como la mantequilla y la masa de las tartas de miss Malhoney. Las ramas se curvaban sobre los aleros con suavidad, y el tronco, al dividirse, mostraba unos nudos y protuberancias que recordaban a unos escalones. Sin embargo, era un tronco demasiado fino, y la corteza era demasiado tierna como para que Diciembre pudiera escalar por ahí.

En un momento, le pareció que alguien agitaba los brazos como diciendo: «¡Por aquí!», pero solo era la manga de una camisa que ondeaba alrededor de la cuerda para tender la ropa.

¡La cuerda de la ropa!

Estaba extendida a un par de metros del suelo, no demasiado lejos del árbol. Desde ahí, Diciembre podría alcanzar con facilidad la copa y trepar por las ramas retorcidas como por una escalera de caracol. Solo tenía que caminar un poco sobre la fina cuerda…

Corvin podía ser una explosión de magia y travesuras, pero Diciembre era una ligerísima acróbata.

Se aseguró de que los postes estuvieran bien plantados en la tierra y la cuerda bien anudada a ellos. Se quitó los botines, los lanzó entre las raíces del árbol y, con un impulso, saltó hasta alcanzar la cuerda.

Como no tenía nada que hiciera de contrapeso, extendió los brazos, enderezó la espalda, endureció las pantorrillas y tensó los dedos de los pies.

Intentó dar un paso. La cuerda aguantó bien. Empezó a caminar cada vez más rápido. Abajo, las pinzas caían y rebotaban en el suelo como grillos, y las camisas y los delantales yacían sobre la hierba como parches de nieve imposible en aquel lugar. Seguro que miss Malhoney la regañaría, pero, si aún conservaba el trabajo, podría conseguir que la perdonara.

Dio unos pasos más hasta que, de un salto, alcanzó la copa del árbol, trepó por las ramas enmarañadas y enseguida llegó al tejado.

Corvin estaba sentado tranquilamente en el borde de la chimenea, con las piernas colgando y los pantalones chamuscados.

Era la primera vez que Diciembre lo miraba así de cerca, sin los contornos de la cara difuminados tras un velo de humo impalpable. Su mirada divagaba por el bosque y oteaba entre los abetos nevados, como si esperara ver llegar a alguien. Parecía muy solo.

Entonces sacó el diario, y toda la comprensión que Diciembre había sentido se desvaneció en un instante. Estuvo a punto de abalanzarse sobre él y recuperar por la fuerza su preciada pertenencia cuando la voz de mister Moonro resonó desde algún sitio.

—Por fin la encuentro. ¡La he buscado por todas partes!

Por suerte, el hombre no se dirigía a ella. Diciembre se deslizó junto a Corvin, se aplastó contra el techo del porche y se asomó por el borde. Miss Malhoney llegaba trotando a casa del mercado, con un cesto lleno de panes y quesos envueltos en hierbas aromáticas.

—Miss Nydia, ¿tiene un momento? —preguntó mister Moonro. Parecía inquieto.

—Ahora mismo estoy muy ocupada.

—Me gustaría dar una cena el viernes por la noche. Se lo digo porque…

—Porque soy la cocinera.

—No…

—¿No?

—Quiero decir, no es solo la cocinera…

El hombre dio un profundo suspiro. Diciembre notó cómo el bigote le temblaba de vergüenza.

—De hecho, se encarga de muchísimas tareas: hace la colada, ordena la casa, va al mercado…

Miss Malhoney avanzó unos pasos hacia la puerta.

—Por eso, será mejor que entre.

—Tal vez desee descansar un poco…

—¿Quiere despedirme, mister Moonro?

—Despe… ¿cómo? Sin usted, yo no… ¿qué sería de esta casa? —El pobre mister Moonro estaba sudando, tenía la cara roja, se daba tirones frenéticos de los puños de la camisa y no dejaba de mesarse la barba, hasta el punto de que algunos mechones subieron volando hacia la chimenea. Era desconcertante verlo en ese estado.

—Quiere invitarla a la cena —explicó Corvin a Diciembre—. Pero siempre que lo intenta, sucede lo mismo.

—Ya entiendo, mister Moonro. Será un placer —dijo miss Malhoney.

—Ha aceptado la invitación —susurró Diciembre, pero Corvin agitó la mano:

—Espera un momento.

—¿E-en serio? —balbuceó mister Moonro.

—Por supuesto. Le zurciré los puños de la camisa para el viernes por la noche, no se preocupe. —Miss Malhoney no podía saber (o

mejor dicho, no había llegado a comprender) que su jefe no cesaba de juguetear con las mangas de la camisa porque ella lo ponía nervioso.

—Yo…, gracias, mil gracias, miss Malhoney. Siempre es tan perspicaz…

Mister Moonro suspiró, tomó el cesto de los brazos de la mujer y la siguió hacia la puerta.

—Pero… ¿tu padre y miss Malhoney…? —preguntó intrigada Diciembre cuando ambos ya se habían metido en la casa.

—Lleva años cortejándola. Se enamoró la primera vez que la vio, pero ella no sospecha nada.

De ahí venían con toda probabilidad los ramos de flores que inundaban la cocina.

—Tengo una curiosidad: ¿cómo es que miss Malhoney acabó trabajando aquí?

—Él la invitó a salir y ella pensó que le estaba ofreciendo trabajo.

Los dos se echaron a reír, y Diciembre sintió que quizá pudieran hacer una tregua, pero Corvin enseguida la miró con picardía, entrecerrando los ojos.

—Entonces, ¿quién es el Gran Ju?

Fin de la tregua.

Diciembre se lanzó hacia él, Corvin se convirtió en añicos y, en un instante, empezó a caer una lluvia de fragmentos de humo. Diciembre sintió como si mil bocanadas de aire le soplaran en la piel.

—Ya me lo contarás otro día —dijo él, y se alejó batiendo las alas como una lechuza, dejándola allí sola en el tejado.

Corrió hacia el árbol amarillo, pero Corvin había desatado la cuerda de tender la ropa y saltar desde aquella altura era muy arriesgado.

Entonces se desplomó sobre las tejas, se abrazó las piernas y esperó.

El sol casi se había ocultado del todo y las estrellas empezaban a asomar resplandecientes en el cielo violeta.

Diciembre echó una ojeada abajo, al jardín cubierto de hojas amarillas y a los abetos envueltos en nieve que rodeaban la casa. Se le ocurrió entonces que Corvin nunca había jugado con la nieve, andado en trineo o patinado sobre un lago helado. Nunca había paseado por las calles iluminadas de Tremore con un pan de jengibre bajo el brazo y una taza de chocolate entre las manos. ¿Cuántas cosas se había perdido? Tal vez él se preguntaba lo mismo.

El extremo de una escalera aterrizó en el borde del tejado, distrayéndola de sus pensamientos, y Diciembre se dispuso a bajar.

—Gracias, miss Malhoney, ¡empezaba a pensar que tendría que pasar la noche…! ¡Oh, mister Moonro!

Cuando ya estaba convencida de que había logrado evitar al Hombre del Saco, este apareció frente a ella con una sonrisa suave como la lana.

—Estaba a punto de irme a trabajar y la he visto aquí arriba.

—Ay, sí, es que ha pasado una cosa…

—Sé que a veces Corvin puede ser malicioso, pero no se rinda con él. —Le ofreció el brazo y la guio hasta la puerta.

—Usted tampoco se rinda con miss Nydia. —Diciembre se mordió el labio—. Perdone, no es asunto mío…

—Sí que lo es —dijo mister Moonro, y enroscó un par de dedos en la barba humosa, revolviéndola y modelándola como si fuera la cola de una ardilla—. Quizá usted pueda aprender algo de mis errores. Me temo que mis métodos no funcionan cuando trato de acercarme a las personas. Quiero decir, no para asustarlas.

Diciembre tragó saliva. Apartó de su mente las imágenes de unas largas garras que arrancaban chispas y pedazos de yeso a las paredes: las garras del Hombre del Saco.

—Siempre he ido de puntillas con Nydia, a base de pequeños gestos, y ella nunca ha comprendido mis intenciones. Tal vez haya que dar pasos firmes y seguros. Zapatee sin temor, miss Diciembre, haga entender a Corvin que acude a su encuentro.

Mister Moonro se despidió con otra sonrisa y, al cabo de un momento, se desvaneció en la noche oscura. Diciembre sintió un escalofrío en la espalda, pero pensó que tal vez solo fuera la corriente.

Esa noche no pudo pegar ojo. Pensaba en las palabras de mister Moonro y no alcanzaba a comprender su significado.

A ella le parecía que sí había sido muy clara con Corvin. Le había dicho que quería pasar tiempo con él y él la había rechazado, le había robado el diario y la había dejado abandonada en el tejado. Sin embargo, no era solo eso. No podía conciliar el sueño sin escribir primero una página de su diario. Se levantó de la cama, se puso la bata, tomó una lámpara de aceite y salió de la habitación.

Cruzó el oscuro pasillo hasta llegar a la habitación de Corvin. Agarró el picaporte y, antes de que pudiera girarlo, una neblina gris se deslizó por debajo de la puerta.

—¿Qué haces entrando sin llamar? —exclamó Corvin deteniéndose junto a ella.

Diciembre se encogió llena de miedo.

—Creí que estabas dormido —se justificó—. Tú también entraste en mi habitación sin permiso. He venido a recuperar mi diario.

Corvin bostezó.

—Puedes entrar.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, si llamas primero. —La miró con desdén y volvió a deslizarse bajo la puerta. Diciembre lo oyó sofocar la risa al otro lado. Reunió toda la paciencia de la que fue capaz, dio un suspiro profundo y llamó.

—¡¿Quién es?! —gritó Corvin.

Diciembre entró sin contemplaciones.

Vio el diario sobre la mesita de noche y se hizo con él.

—¿Sabes que hay libros mucho más bonitos? ¿Quieres que te lea una historia? —propuso Diciembre. Quizá no debería haber entrado en la habitación de Corvin y fisgar en sus cosas.

Corvin puso los ojos en blanco.

—Ya estamos otra vez. Soy mayorcito para los cuentos de hadas…

—Bueno, entonces una historia de miedo —sugirió Diciembre, pero le habría gustado tragarse la última palabra. ¿De verdad había preguntado al hijo del Hombre del Saco si quería escuchar una historia de miedo? Tal vez había sido un gesto de mala educación.

Por suerte, Corvin se echó a reír.

—Todas las historias que conozco son de miedo.

Diciembre se encogió de hombros, se abrazó al diario y dio unos pasos hacia la puerta. Ya en el umbral, vaciló un momento.

—Cuéntame una historia —pidió a Corvin.

—¿Cómo? —preguntó él tan sorprendido que los rizos de la frente se le echaron a temblar.

—Si dices que ya eres mayorcito para los cuentos de hadas, cuéntame… una historia de miedo.

Era evidente que la idea le hacía gracia, porque torció la boca con

un gesto pensativo mientras agarraba una pila de libros de un cajón.

Diciembre dejó la lámpara sobre la mesilla y una luz líquida como té caliente brotó en los lomos ilustrados. En las contracubiertas relucían siluetas de animales con traje, gorro o chaleco: un zorro que tocaba el violín, un mirlo que fumaba una larga pipa de terracota, una liebre bailarina y una rana con paraguas. Las páginas estaban rotas y amarillentas por el paso del tiempo, y las letras ya no se distinguían, pero Corvin entrecerró los ojos y empezó a contar de memoria.

—Había una vez una liebre que soñaba con bailar.

Diciembre tomó una silla y se acercó a la cama.

—… Pero tenía los pies grandes y gordos y tropezaba a cada paso. Me recuerda a alguien, por cierto.

—Sigue.

—Nadie quería bailar con ella, hasta que, un día, llegó un lobo gris con el pelaje espeso y ondulado como una cortina de humo y las patas delgadas y pálidas como ramas nevadas. El lobo la invitó a bailar y la liebre, aunque al principio estaba asustada, acabó aceptando. Bailaron todo el día hasta que salió la luna y, entonces, el suave pelaje se desprendió del lobo y empezó a volar a sus espaldas como un manto tejido de sombras y azotado por el viento. La liebre se dio cuenta demasiado tarde de que su pareja de baile no era un lobo, sino un monstruo: el Hombre del Saco.

Diciembre se revolvió en la silla.

—¿Y cómo acaba la historia?

—Oh, tiene un final feliz.

—¿De verdad? —preguntó aliviada.

—La liebre cumple su sueño. El monstruo la atrapa entre las sombras de su manto y la obliga a danzar con el viento durante toda la eternidad.

Con su afilada sonrisa, Corvin parecía un lobezno envuelto en la manta como si fuera un manto oscuro.

—Es una bonita historia —mintió Diciembre. Ni siquiera había reparado en que se había destrozado el dobladillo de la bata.

—¿Sí? Entonces te cuento otra. Había una vez un zorro que soñaba con convertirse en el mejor músico del bosque. Rogó a un mirlo que le regalara una pluma para construir el arco de un violín. El mirlo le regaló su más bella pluma y el zorro organizó un concierto. Al tocar las primeras notas, los animales del bosque empezaron a caer al suelo, adormecidos… en un sueño eterno. Entonces, el mirlo extendió las alas y reveló su verdadero rostro: el Hombre del Saco se agitó en un remolino de humo y plumas para desvanecerse en la oscuridad. El zorro se convirtió en el mejor músico del bosque, pero ya no quedaba nadie que pudiera escucharlo.

—Oh, Corvin, qué historia tan terrible.

—Pues sí. El Hombre del Saco es el monstruo de todas las historias. Los cuentos de hadas enseñan a temerlo.

Diciembre no sabía qué decir. También los cuentos que le contaron a ella de niña describían al Hombre del Saco como un monstruo temible que mentía y engañaba, tendía trampas e impedía que todos cumplieran sus sueños. Y un día Corvin se convertiría en ese monstruo.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque tú también deberías temernos y marcharte lo más lejos posible.

No solo estaba encerrado en su casa, sino también en un destino que no había elegido.

—Quizá lo haga —dijo Diciembre tomando la lámpara y el diario que reposaban sobre la mesilla—. Pero no esta noche. —Y salió de la habitación sin dar las buenas noches.

Mientras regresaba a su habitación, creyó haber comprendido por fin las palabras de mister Moonro.

En el retrato



Esa mañana, Diciembre despertó con un olor a cera derretida. No era solo el olor lo que la molestaba: un penacho de humo salía de la vela, dispuesta en la mesita de noche, para hacerle cosquillas en la nariz. La vela estaba apagada.

Diciembre estornudó. El penacho tembló, se extendió y comenzó a retorcerse alrededor de la mecha para escribir en el aire las siguientes palabras: «Sígueme».

Diciembre se incorporó en la cama y se echó hacia atrás un mechón que se le había escapado de las cintas de algodón que tenía atadas en el pelo. Había leído en las páginas de moda del Daily Tremore que atárselas de ese modo la ayudaría a obtener unos graciosos rizos en forma de tirabuzón, y le había parecido una buena forma de reutilizar los jirones de ropa quemada.

Con un bufido de impaciencia, las palabras se agrandaron sobre el cabecero de la cama: «Sígueme».

Una franja de humo se escurrió bajo la rendija de la puerta. Con un gesto rápido, Diciembre se puso la bata y lo siguió hacia fuera para verlo enfilar un pasillo en dirección al piso de abajo y luego

desaparecer doblando una esquina. Apretó el paso. Las cintas de algodón le revoloteaban en la cabeza como mariposas atrapadas en el pelo.

Siguió por un estrecho pasillo flanqueado por amplios ventanales donde resplandecía una hilera de candelabros a la pálida luz del alba.

Una nueva ráfaga de humo escribió: «Todo recto».

—Corvin, si es una broma… —La voz de Diciembre resonó en el pasillo desierto.

Una lengua de humo rodeó una lámpara de pared.

«A la izquierda».

—¡Sal y ven aquí! —gritó Diciembre mientras torcía de nuevo.

«Silencio», la amonestó una candela.

«Más rápido», la apremió el cabo de una vela.

—No tengo ganas de jugar.

De pronto, se encontró en un pasillo larguísimo poblado de palabras esculpidas en humo.

«Adelante».

«Rápido».

«Todo recto».

«Un poco más».

«Ya casi estás».

«Por aquí».

Diciembre avanzó entre la niebla tratando de arrancar las frases de humo, pegadas a las paredes como telarañas, pero las manos atravesaban el aire y las palabras se le enredaban entre los dedos.

—Ya basta —dijo, y cuando estaba a punto de volver a la cama, las palabras «Has llegado» surgieron y serpentearon bajo el umbral del estudio de mister Moonro para desvanecerse como vapor condensado en las ventanas con el frío de la mañana.

La puerta estaba abierta y el hombre, de pie en medio de la sala, tenía la vista clavada en la pared.

—¿Mister Moonro?

—Ah, miss Diciembre. ¿La he asustado?

—No-no —balbuceó ella tirando del dobladillo de la bata para ocultar las rodillas temblorosas—. Solo estoy un poco sorprendida. Es muy temprano.

—Acabo de llegar —dijo mister Moonro sin apartar la mirada de la pared—. Quería enseñarle una cosa.

Diciembre dio un vacilante paso al frente, y se aseguró de que las piernas le respondían antes de dar otro. Oyó el frufrú de la bata mientras se acercaba a la pared llena de cuadros, todos ellos distintos: redondos, ovalados, cuadrados, rectangulares y de varios tamaños. Sin embargo, el sujeto del retrato siempre era el mismo.

Cientos de ojos rojos flotaban en marcos vacíos. Unas manchas oscuras cubrían los lienzos allá donde deberían verse las narices, las orejas y las bocas. ¿Dónde habrían ido a parar todos aquellos rostros?

—Son retratos de familia —explicó mister Moonro, y Diciembre se dio cuenta de que tenía uno entre las manos—. Todos se realizaron el día de la primera transformación completa. Este es Corvin. Mire qué pequeño era.

Resultaba imposible establecer la edad de Corvin en el momento del retrato, pues estaba igual de vacío que los demás, salvo por los minúsculos puntitos rojos que miraban maliciosos desde el lienzo.

—¿Sabe, miss Diciembre? Ninguna niñera ha aguantado tanto en esta casa —dijo mister Moonro devolviendo el cuadro de Corvin a su sitio, en un rectángulo desteñido del empapelado—. Seguro que

esta semana de trabajo también ha sido toda una proeza para usted. De hecho, he organizado una cena para celebrarlo.

—¿Una cena?

—En su honor —puntualizó mister Moonro.

Diciembre enrojeció. Nadie había organizado nunca una cena en su honor, ni siquiera la habían invitado nunca a una cena. En el circo, después de la función, se comía los pinchos de carne sentada en los escalones de la caravana, o a veces repartía los paquetes de pan de jengibre que no se habían vendido, aún calentitos y con aquel olor a nuez moscada que desprendía la corteza. Pero nunca había asistido a una cena, una cena de verdad sentada a la mesa, con cubiertos en las manos y servilletas de tela suave para darse golpecitos en los labios.

—Me pondré mi mejor vestido y un sombrero —dijo sin aliento—, como los de las señoras que salen en el Daily Tremore.

—Estoy seguro de que estará magnífica —dijo mister Moonro con una sonrisa que le hizo temblar la barba llena de humo.

Diciembre sintió como se ponía roja y cambió de tema.

—¿Y quiénes son los otros retratados? —preguntó un poco avergonzada.

—El Clan de Luna. Así es como se llama nuestra familia.

—¿Quiere decir que hay más de un Hombre del Saco?

—Desde luego, aunque no somos muchos, y no todos trabajan en lo mismo que yo.

Mister Moonro le presentó, una a una, a todas las personas retratadas —o no retratadas— en los cuadros.

—Esta es mi hermana Moonica —dijo señalando un marco ovalado y vacío como los demás, salvo por unas lentes en forma de medialuna—. Ella dirige la agencia de niñeras a la que recurrí hasta poner el anuncio en el diario. Espero que no tenga que conocerla

nunca, porque no le parecería simpática —añadió con una risita—. Ese es el primo Duskin, zapatero, que fabrica las suelas más finas y sigilosas de la ciudad. El primo Nightan es mi barbero, y sabe dejarme la barba mullida y vaporosa, con mechones como de niebla. Los gemelos Murkus y Flinky tienen una sastrería en la ciudad, y hacen unos trajes muy buenos, humeantes y resistentes al fuego, pero últimamente tienen problemas con los dobladillos. —Avergonzado, mister Moonro dio un tirón de la manga de la camisa blanca, bordeada por un halo oscuro.

Diciembre recorrió con la mirada todos aquellos marcos desiertos. Mientras mister Moonro enumeraba a los componentes del Clan de Luna, ella trataba de imaginarse los rostros que faltaban, y su imaginación le presentaba a individuos grises y con el ceño fruncido en ropas grises y deformadas como manchas de pintura en un lienzo.

—Este soy yo —dijo mister Moonro de repente.

El cuadro estaba vacío, como todos los demás, pero esta vez, Diciembre encontró entre las pinceladas oscuras los destellos de una barba espesa, unas patillas largas y onduladas y un bigote esculpido en las cenizas. En el marco, oscuro como el fondo del lienzo pintado, aparecía una inscripción dorada donde se leía: «Michael Him Moonro».

A continuación se fijó en otro cuadro con un pequeño marco oscuro de madera, oculto por la sombra de un sillón. La imagen mostraba a un niño de carne y hueso, con unos ojos oscuros y melancólicos y una mata de cabellos rojos enredados en la frente. Diciembre podía verlo entero, de verdad, no era fruto de su imaginación. Se acercó a la pared.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Cómo es que no tiene la cara borrosa como los demás?

Sin darse cuenta, con una mano intentó limpiar el rostro del niño, como cuando pasaba la escobilla por la cara manchada de Corvin. Sin embargo, las manchas desparramadas de ese niño no eran restos de ceniza, sino pecas de verdad.

Mister Moonro miró sorprendido la pintura.

—Formaba parte de la familia, pero ahora ya no —suspiró mientras descolgaba el cuadro de la pared—. Será mejor que lo quite. —Un velo de tristeza le cubrió el rostro, y una lágrima de humo le ensombreció el ceño y, por un momento, le nubló la mirada. Una vez más, Diciembre reparó en lo distinto que era de ella: a un Hombre del Saco los ojos no le brillaban al llorar, sino que se le oscurecían. Mister Moonro se dirigió al escritorio y metió el cuadro en un cajón con sumo cuidado.

—Bueno, está decidido —dijo al fin—. Mañana a las siete. —Y empujó a Diciembre hasta la puerta del estudio.

Antes de que mister Moonro la echara del estudio, Diciembre tuvo tiempo de leer la inscripción grabada en el marco del cuadro escondido: OVEST OWL MOONRO.

En la nieve



Diciembre se abrigó de la cabeza a los pies: se puso unos mitones, una suave capa de lana, botas con forro de piel y borlas colgando de unos hilos y tres larguísimas bufandas.

Salió al porche con los brazos en jarras, respiró hondo y franqueó la verja de la casa en dirección al bosque nevado. Quería enseñar la nieve a Corvin para que, al menos por un día, se sintiera un niño normal y corriente. El ama de llaves había dicho que el aura de fuego que envolvía a mister Moonro y a su hijo era capaz de derretir el invierno, pero Diciembre tenía que intentarlo aunque fuera una sola vez. Habían pasado dos años desde que el circo cerrara sus puertas y seguía tan ágil como cuando entrenaba a diario: unos días atrás, se había mecido en un candelabro y había hecho equilibrios sobre una cuerda extendida a dos metros del suelo. Podría conseguirlo siempre y cuando fuera muy rápida.

Se aventuró entre los árboles, recogió un montoncillo de nieve quebradiza y trotó de regreso al jardín, pero, nada más atravesar la verja, la nieve se derritió, empapándole los guantes.

Tenía que ser aún más rápida. Con los mitones húmedos de nieve, volvió al bosque para recoger otro montoncillo. Esta vez consiguió pasar los muros de la casa y correr por el sendero arbolado, pero antes de alcanzar los escalones que daban al porche, resbaló con las

botas y los guantes se le quedaron empapados de nuevo. Correr con todas esas capas de ropa encima era más difícil de lo que había pensado. La lana picaba y el vapor condensado le nublaba la vista. Quizá sería más fácil transportar la nieve en un recipiente.

Corrió a la cocina y tomó una taza de porcelana, pero, afuera, la nieve volvió a derretirse en pocos segundos hasta volverse una sopa de agujas de abeto. Lo intentó de nuevo con una terrina y luego con una cacerola y una tetera.

—No lo conseguirás —dijo miss Malhoney mientras sacaba una bandeja de galletas del horno—. La magia es demasiado potente.

Diciembre no se desanimó y siguió probando con unos cuencos. Encontró uno de plata con el fondo agujereado.

—Oh, miss Nydia, este está roto —dijo mostrándoselo.

—Eso es un tamiz, querida —respondió el ama de llaves—. Sirve para espolvorear el azúcar en los dulces.

—¿Como el que acaba de hacer?

—Exacto.

Miró el cuenco agujereado: las láminas de plata se plegaban a lo largo del borde como pétalos de girasol.

—Miss Nydia, me ha dado una idea.

Dejó una bufanda en las escaleras, otra en el rellano y otra en la barandilla de la galería. Asomó por la puerta del cuarto de juegos con los mitones colgándole del cuello y el sombrero del revés sobre las trenzas despeinadas. Corvin leía acurrucado sobre el alféizar de la ventana. Otra vez su diario. En esta ocasión, Diciembre no pudo enfadarse: estaba del todo empeñada en lograr acercarse a él.

—Te he visto por la ventana corriendo de un lado a otro como una loca —dijo Corvin levantando la vista de la página.

—Voy a enseñarte la nieve —anunció Diciembre.

Él pareció emocionado durante un instante, pero enseguida se aclaró la garganta, se rascó la mejilla y empezó a recitar mientras fingía escribir: «Querido diario, hoy también me he puesto en ridículo…».

—Ven conmigo y verás.

Diciembre lo agarró por la muñeca y lo arrastró escaleras abajo. Creía que él se liberaría evaporándose antes de llegar al último escalón, pero Corvin se dejó guiar hasta la puerta lacada en rojo, subió las escaleras y llegó a la mesa llena de galletas crujientes, almendras y bolsas de azúcar en polvo.

Miss Malhoney le había dejado usar la cocina durante unas horas y Diciembre, a cambio, había prometido decorar la última hornada de galletas. Cogió el tamiz y echó una generosa cucharada de azúcar dentro.

—¿Qué haces? —preguntó Corvin.

—Espera y verás.

Adquirió una postura cómoda, con el cuenco agujereado encima de la cabeza, y empezó a sacudirlo sobre la mesa llena de dulces tiernos.

Cada golpe era una ráfaga de viento, cada sacudida una nevada. Los granos de azúcar volaban en el aire y recubrían la bandeja con un delicioso manto blanco.

Corvin alzó una ceja.

—¿Y?

—Es nieve.

—Es azúcar.

—Es nieve, con un poco de imaginación.

Corvin puso unos ojos como platos, dio un giro brusco y se dirigió a la puerta.

—Yo me vuelvo arriba.

Diciembre vaciló. No debía irse de ese modo. Tendría que haber mirado el azúcar absorto y maravillado, como un niño que mira caer los copos de nieve por la ventana. Y luego tendría que haberle dado las gracias y hacerse más obediente.

Mientras Corvin se encaminaba al piso de arriba, Diciembre sintió una oleada de rabia que la invadía por dentro. Agarró una galleta como si fuera una bola de nieve y se la tiró a la cabeza.

Él se volvió sorprendido, con el pelo enharinado y una manga espolvoreada de blanco.

—¿Me has lanzado una galleta?

Diciembre hizo rechinar los dientes.

—Es nieve, con un poco de imaginación.

Corvin sonrió, regresó a la cocina y recogió munición de una bandeja.

Diciembre buscó cobijo detrás de la tapadera de una olla mientras el enemigo le arrojaba una ráfaga de galletas. Una de ellas le dio en el hombro y se desmigajó al instante en unos granos blandos de pasta quebrada.

—¡Prohibido usar poderes! —gritó cuando Corvin se elevó en el aire y un diluvio de migas y azúcar le llovió desde el techo. Logró evitarlo por los pelos gracias a un salto con voltereta bajo la mesa.

—Entonces tú tampoco puedes usar los tuyos —protestó Corvin aterrizando en el suelo blanco.

—¿De qué hablas? Yo no tengo poderes.

—Nunca he visto a un ser humano saltar tan alto. ¿Acaso eres una simia?

Diciembre se abalanzó sobre él.

—¡Retira eso ahora mismo! —dijo aplastándole una galleta en la cara. En lugar de enfadarse, Corvin se comió un trozo y se chupó los labios.

—¡¿Qué diablos está pasando aquí?! —chilló miss Malhoney al entrar en la cocina. Su rostro siempre impasible estaba ahora un poco deformado por la rabia, pero muy poco.

De la boca de Diciembre salieron palabras a trozos, como los que cubrían ahora todo el suelo.

—Eh… yo… no… quería.

—Volved a ponerlo todo en orden… ¡AHORA MISMO!

Corvin hizo amago de evaporarse y largarse cuanto antes de allí, pero miss Malhoney lo amenazó con las siguientes palabras:

—Tú también, señorito Corvin, o no volveré a hacer esas tartas que tanto te gustan.

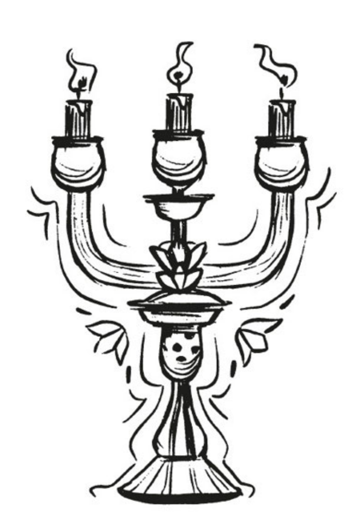
Así, Corvin se agachó y Diciembre se lo agradeció muy contenta. Se moría de ganas de probar esas tartas.

Se intercambiaron una mirada divertida, ambos con la cabeza llena de migajas y la ropa espolvoreada de azúcar.

—Así no das tanto miedo —murmuró Diciembre.

—No tanto como miss Malhoney —replicó Corvin con una risita.

En el comedor



Diciembre se contempló reflejada en el espejo.

Llevaba un vestido de velos color melocotón, albaricoque y naranja, una ensalada de frutas en tonos pastel con las mangas anchas. Era un vestido que no desentonaba encima de un escenario. Lo sabía muy bien porque se lo había puesto en la última función de magia del Gran Ju.

Puesto que el Daily Tremore sugería llevar siempre encima un pañuelo rociado con perfume para irse dando golpecitos en la frente, había intentado desatar uno de la cuerda de colores que le había regalado un payaso amigo suyo. Sin embargo, resultó una tarea imposible porque los pañuelos estaban cosidos. Entonces, pensó que un poco de volumen en la falda no le vendría mal para darle vuelo al vestido, de modo que enrolló la cuerda y se la metió en un bolsillo.

Mezcló los polvos de las cajitas y los paquetes del tocador para

obtener diversas tonalidades de colorete rosa con el que empolvarse el cuello y las mejillas. Luego se untó jugo de cereza en los labios varias veces, porque estaba tan rico que no dejaba de lamérselos.

Para terminar, se colocó el sombrerito en forma de merengue con cintas y horquillas sobre el cabello arremolinado. En el armario había sombreros más graciosos, pero ninguno tenía el encanto de aquella cúpula abombada con el rizo de fieltro encima y la banda de seda rodeando el ala torneada. Parecía una magnífica carpa de circo.

Diciembre se contempló admirada y satisfecha, se sacudió un poco la falda y comprobó que, bajo las innumerables capas de velos, aún quedaba espacio para esconder un utensilio de la chimenea. Escogió el fuelle.

Corvin era un niño muy travieso, pero no era él a quien temía. Aunque mister Moonro la hubiera ayudado a bajar del tejado y le hubiera presentado a su familia, la idea de cenar junto al Hombre del Saco no dejaba de inquietarla. Si el fuelle convertía a Corvin en un niño de verdad, quizá también funcionaría con su padre. Aunque se propuso no usarlo, saber que tenía un medio para defenderse le daba cierta seguridad. Escondió el fuelle entre los velos de la falda, abandonó la habitación y empezó a rodear la barandilla de la galería.

Miss Malhoney salió a su encuentro embutida en un ajustado abrigo. Llevaba un sombrero de ala corta y una maleta de tela ondeante en una mano.

—Me adelanto, que tengo prisa —gruñó mientras echaba a correr escaleras abajo.

—Claro… ¡Nos vemos abajo! —gritó Di-ciembre por detrás.

Miss Malhoney sacudió con energía las faldas del abrigo, tal como solía hacer con los bordes del delantal.

—¡Hasta mañana! Tengo la noche libre —replicó, y desapareció tras la puerta sin mirar atrás.

Diciembre esperaba que se le hubiera pasado el enfado por la batalla de bolas de azúcar de la víspera. Bajó corriendo las escaleras, franqueó los arcos sostenidos por las columnas decoradas con incrustaciones y entró en el comedor.

Enseguida se sintió embriagada por el perfume de mandarina y corteza de cedro que flotaba alrededor de la chimenea, y deslumbrada por las luces que bailaban por las paredes. Todo ello provenía de los candelabros, los vasos de incienso, las velas en jarras de vidrio y las flores talladas en cera de abeja que llenaban la sala. En el centro de la mesa, una gran calabaza de marfil lucía llena de flores y ramas de bayas con unos pétalos tan brillantes que parecían sumergidos en mermelada.

Diciembre se adentró en el laberinto de mesillas y estanterías adornadas con guirnaldas de hojas que emitían reflejos plateados y destellos dorados. De las vitrinas colgaban cestitos de manzanas, festones de piñas crujientes y collares de bellotas y cuentas de madera.

No se veía a nadie.

Al cabo de un instante, Corvin y mister Moonro aparecieron frente a la chimenea, anunciados por una brisa perfumada de cítricos.

—¡Buenas noches! —dijeron a coro.

Diciembre se estremeció.

—No os he oído llegar —confesó palpándose la cadera donde escondía el fuelle. Respiró hondo. Tenía que estar tranquila e intentar disfrutar de la velada.

Mister Moonro llevaba uno de sus elegantes trajes azul noche, con la chaqueta azul, los pantalones azules y el chaleco azul con botones plateados redondos, ovalados y angulares, representando las fases de la luna. Diciembre reparó en los puños bien remangados de la camisa y supo que miss Malhoney había cumplido su promesa.

Corvin estaba junto a su padre, con el cuello de la camisa almidonada perfectamente redondo y el cabello alisado y peinado

hacia atrás. El efecto era un poco extraño, pues parecía un erizo con las púas envainadas.

—Furtivo y silencioso. Son las cualidades de un Hombre del Saco —respondió mister Moonro con una sonrisa.

—Por supuesto —dijo Diciembre sonriendo a su vez.

—Está muy elegante esta noche.

Diciembre se sonrojó y cruzó las manos sobre el regazo. Arregló unas flores secas que bordeaban la repisa de la chimenea, cuyos brillantes colores competían con la leña que ardía un poco más abajo.

Corvin la miraba perplejo. Hizo unas cuantas muecas y sofocó más de una risita.

—Sí, estás…, ejem… —Escudriñó la cara empolvada de Diciembre, los volantes y las mangas del vestido.

Mister Moonro le dio un codazo.

—Muy elegante —dijo Corvin finalizando la inspección con un eco de su padre.

—Esta sala es maravillosa —observó Di-ciembre, volviéndose hacia la mesa puesta.

—Un momento. —Corvin sostenía un violín de madera rojiza en una mano y un arco tejido de plumas negras en la otra.

—Es una tradición en nuestra familia —explicó mister Moonro—. Tocamos una canción para los recién llegados con un violín de abeto rojo del bosque y un arco tejido con las plumas de los cuervos que graznan a la luna.

Diciembre miró con aprensión la caja del violín: era tan roja como el pelaje del zorro del cuento. Deseó no caer en un profundo sueño del que nunca volvería a despertar.

—Bienvenida al Clan de Luna, miss Diciembre.

Mister Moonro le tendió una mano para invitarla a bailar.

Corvin deslizó el instrumento sobre el hombro, levantó el arco de plumas negras y punteó las cuerdas. Una música horrorosa invadió la sala, como un batiburrillo de notas rasgadas que Corvin intentaba recoser con gran torpeza.

—¡Corvin, Corvin! —gritó mister Moonro tratando de detener aquellos insoportables chillidos.

Corvin lo ignoró y siguió tocando con fingido entusiasmo. Mister Moonro tuvo que extender los brazos y arrebatarle el instrumento de las manos.

—Prometiste que practicarías para esta noche.

—Y lo he hecho. —El niño chasqueó los dedos—. Pero no esta canción.

—Entonces tocaré yo —anunció mister Moonro, y Corvin se dirigió aliviado hacia la mesa—. Tú bailarás con Diciembre.

—Pero, papá…

—Causarás menos estragos como bailarín.

Corvin vaciló y miró a la chica con expresión inquieta.

—¿No tendrás miedo de mí? —preguntó Diciembre con una risita. Era divertido verlo a él avergonzado por una vez.

Aunque se llevaban pocos años, Diciembre era mucho más alta que Corvin, cuyos brazos menudos no alcanzaban a rodearle la espalda, y en cuanto le puso una mano en la cadera, esta se le hundió entre los velos de la falda.

—No pienses que vas a dirigir tú el baile solo porque eres más alta —dijo Corvin, y los rizos que se le habían escapado del peinado rozaron la nariz de Diciembre para hacerle cosquillas.

Mister Moonro empezó a tocar. Del violín surgió una música suave como la melodía apaciguadora de una tetera hirviendo.

Corvin se balanceaba adelante y atrás. Cuando no se miraba la punta de los pies, contemplaba la sala, la decoración, la mesa, la chimenea… Di-ciembre, en cambio, se concentraba únicamente en no caerse encima de él y ahogarlo entre los pliegues del vestido.

La música iba animándose, las cuerdas vibraban con la intensidad de una llama danzando sobre unos troncos de leña. Poco a poco, los pasos de Corvin se hicieron más seguros, e incluso logró mirar a Diciembre a los ojos. ¿Cómo es que ahora era tan alto? Tenía los iris rojos como las bayas en rama que adornaban la mesa, y los pies, por encima del suelo, inmersos en una neblina.

Mister Moonro dio una sacudida al violín y la música se hizo aún más intensa hasta convertirse en un torbellino de notas chisporroteantes. Corvin y Diciembre dieron vueltas, saltando y riendo, hasta que la canción se fue apagando, y una cuerda silbó como un leve soplo de vapor.

Corvin aterrizó con suavidad a los pies de Diciembre. Hizo una media reverencia y esbozó una sonrisa que a ella le calentó el corazón mucho más que todas las chimeneas y estufas de la casa.

—Ahora vamos a cenar —dijo mister Moonro dejando el violín.

Los tres se sentaron a la mesa. Diciembre se recogió la falda y se hundió en el cojín de la silla tan despacio que parecía estar haciendo una reverencia. Corvin se sentó de un brinco en la silla enfrente de ella, mientras que mister Moonro ocupó la cabecera de la mesa.

Comieron carne y pavo asado con salsa de pan y rollos de crema de mantequilla con puré de patatas y nata.

—Todo está delicioso —exclamó Diciembre—. Es una lástima que miss Malhoney no haya podido acompañarnos.

—Oh, Nydia nunca se sentaría a la misma mesa que yo —dijo mister Moonro—. Me tiene miedo.

Diciembre se quedó como congelada, con los cubiertos en el aire, y luego empezó a untar salsa de perejil en la tarta de manzana, y jugo

de caramelo en el crujiente asado.

—Tiene miedo de que la colme de atenciones —explicó mister Moonro con un leve temblor de la punta del bigote.

Diciembre tragó el bocado que se le había atascado en la garganta.

—Nydia es una mujer tan bella como insondable —confesó mister Moonro—. A veces da más miedo que un Hombre del Saco.

Diciembre se echó a reír, mientras que Corvin hizo una mueca y siguió excavando en el plato.

Estuvieron hablando mucho rato, sobre todo Diciembre: de la casa, de la habitación y los vestidos abandonados por las antiguas niñeras, del trabajo, del circo y de su infancia itinerante. Contó que el Gran Ju había cuidado de ella desde el día en que la encontró en pañales entre los bancos vacíos de la carpa, al final de un espectáculo de magia. Le había enseñado todo cuanto sabía, pero luego, tras su muerte, el circo cerró sus puertas y Diciembre tuvo que marcharse sola a Tremore. Al llegar, se encontró con que no sabía qué hacer.

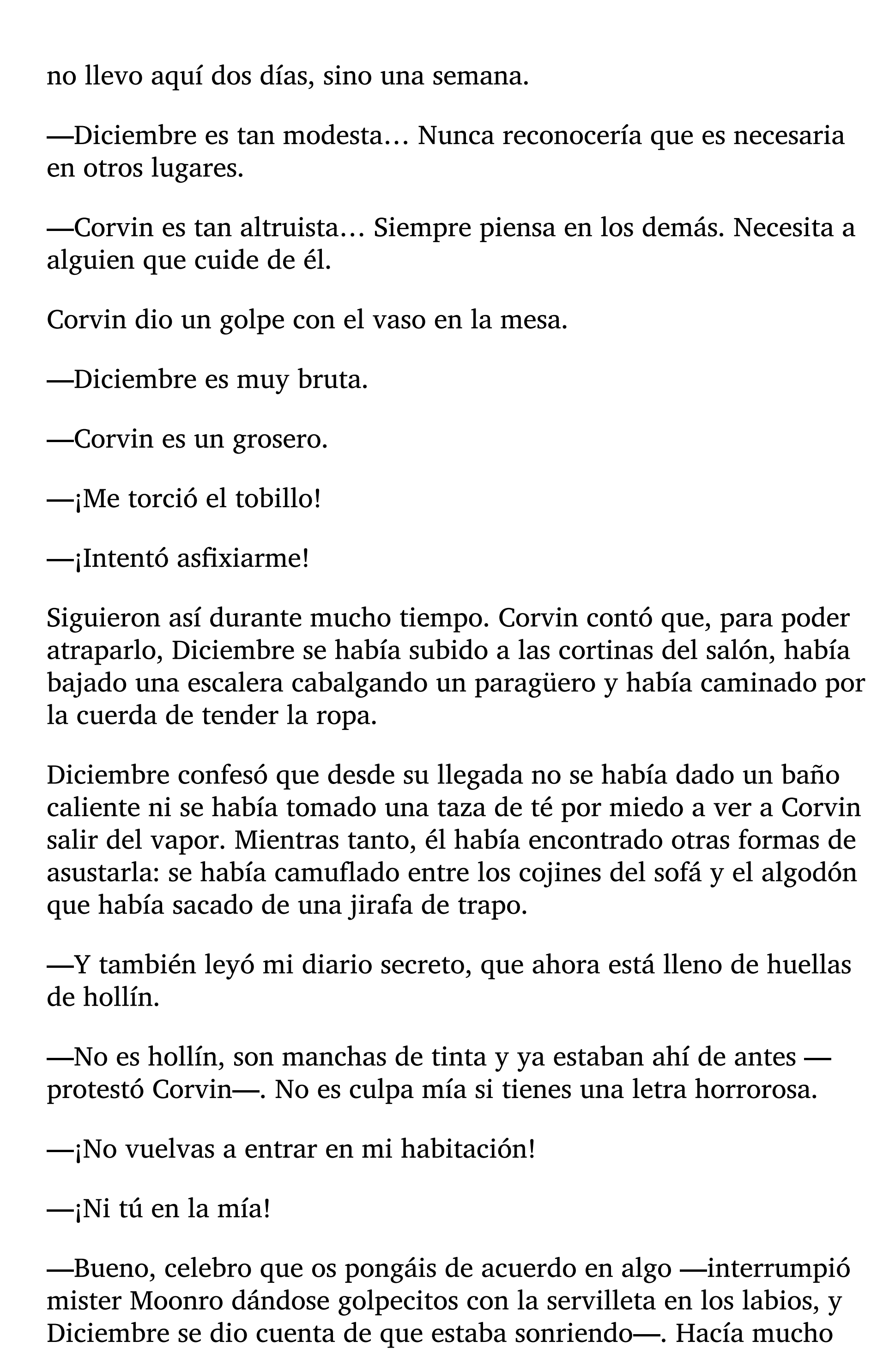
Mister Moonro la escuchaba con atención, y a Diciembre le pareció que incluso Corvin estaba atento, por mucho que fingiera construir un volcán con el puré del plato. Por fin llegó el momento del postre. Una enorme gelatina se alzaba en el centro de la mesa, decorada con buñuelos de manzana, merengues y albaricoques confitados, y rodeada de tartas de hojaldre y cereza. A Diciembre le gustó ver que, después de todo, miss Malhoney se había avenido a prepararlas.

—¿Y cómo van las cosas entre vosotros? —preguntó de repente mister Moonro posando el tenedor en la mesa con un tintineo.

Corvin y Diciembre intercambiaron una mirada.

—De maravilla, papá —empezó Corvin—. Diciembre es tan buena que en dos días me ha enseñado todo lo que sabe. Podría irse ya.

—Corvin es tan ingenioso… —dijo Diciembre—. El tiempo vuela cuando estamos juntos. De hecho, no sé si se ha dado cuenta de que



no llevo aquí dos días, sino una semana.

—Diciembre es tan modesta… Nunca reconocería que es necesaria en otros lugares.

—Corvin es tan altruista… Siempre piensa en los demás. Necesita a alguien que cuide de él.

Corvin dio un golpe con el vaso en la mesa.

—Diciembre es muy bruta.

—Corvin es un grosero.

—¡Me torció el tobillo!

—¡Intentó asfixiarme!

Siguieron así durante mucho tiempo. Corvin contó que, para poder atraparlo, Diciembre se había subido a las cortinas del salón, había bajado una escalera cabalgando un paragüero y había caminado por la cuerda de tender la ropa.

Diciembre confesó que desde su llegada no se había dado un baño caliente ni se había tomado una taza de té por miedo a ver a Corvin salir del vapor. Mientras tanto, él había encontrado otras formas de asustarla: se había camuflado entre los cojines del sofá y el algodón que había sacado de una jirafa de trapo.

—Y también leyó mi diario secreto, que ahora está lleno de huellas de hollín.

—No es hollín, son manchas de tinta y ya estaban ahí de antes —protestó Corvin—. No es culpa mía si tienes una letra horrorosa.

—¡No vuelvas a entrar en mi habitación!

—¡Ni tú en la mía!

—Bueno, celebro que os pongáis de acuerdo en algo —interrumpió mister Moonro dándose golpecitos con la servilleta en los labios, y Diciembre se dio cuenta de que estaba sonriendo—. Hacía mucho

tiempo que esta casa no estaba tan ani-

mada.

Corvin clavó el cuchillo en la mesa con tanta fuerza que hizo un agujero en el mantel.

—¿Y de quién es la culpa? —dijo con los dientes apretados—. Fuiste tú quien lo echó de casa.

Mister Moonro frunció el ceño y, por un momento, a Diciembre le pareció ver el verdadero rostro del Hombre del Saco.

Corvin no se dejó intimidar.

—¡No me digas que ahora quieres remplazarlo por ella! —Se hundió en la silla con los puños pegados a los costados y la cara humeante de ira—. Tu hijo no te importa. Nunca te ha importado nada.

—Eso no es verdad —intervino Diciembre—. Tu padre te adora. Me enseñó un retrato tuyo de pequeño y…

—No estaba hablando de mí, estúpida —gruñó Corvin—, ¡sino de Ovest!

—¿Ovest…? ¿Dónde he oído ese nombre antes?

—¡Mi hermano!

Exacto. Ovest Owl Moonro, el niño del cuadro.

—¿No te ha dicho que yo tenía un hermano mayor? Lo echó de casa porque nació sin poderes y por eso Ovest está… está… —Corvin se detuvo, tragándose lo que iba a decir, y prosiguió en un tono aún más áspero—: Solo le interesan los poderes. No solo…

—¡Ya basta! —tronó mister Moonro levantándose y golpeando la mesa con las manos. Las flores de los jarrones se marchitaron, y las manzanas de los cestos se arrugaron y se pudrieron. Unas profundas sombras empezaron a asomarle por el rostro y una columna de humo lo envolvió como un manto, confiriéndole un aire de oso negro gigantesco.

Diciembre no podía dejar de temblar.

—Pide perdón y vete a tu cuarto —dijo mister Moonro a Corvin.

Este levantó la mirada, mostrando unos ojos cargados de odio y unos labios fruncidos, como en un esfuerzo por contenerse.

—Eres un verdadero monstruo —dijo con los dientes apretados, y se marchó.

El comedor quedó sumido en un gran silencio.

Mister Moonro se dirigió a la chimenea con paso cansino.

—Tengo que irme a trabajar —dijo extendiendo la pierna hacia las llamas agonizantes—. Ya puede guardarlo, miss Diciembre.

Se refería al fuelle. Diciembre no se había dado cuenta de que estaba en el suelo. Se avergonzó y trató de volver a esconderlo entre los pliegues del vestido.

—Lo siento, no quería ofenderla… —Pero más que enfadado, mister Moonro parecía herido y… asustado. ¿De verdad el Hombre del Saco podía tener miedo? Seguía mirando con aprensión el objeto que Diciembre tenía en las manos. Ahora estaba segura de que el fuelle no solo hacía efecto en Corvin, sino también en su padre, y tal vez en todo el Clan de Luna—. Lo que tiene en las manos es un objeto muy preciado para mi familia. Se lo encomendé para que nos protegiera, no para que nos amenazara.

—Lo sé y lo siento muchísimo. Aún tengo que acostumbrarme…

—Será mejor que vuelva junto a Corvin, o empezaré a pensar que ha olvidado la regla número uno de una niñera. —Mister Moonro le mostró una sonrisa forzada antes de desaparecer entre el humo que subía por la chimenea.

Diciembre se quedó sola.

Lo había estropeado todo justo cuando pensaba que Corvin y ella empezaban a entenderse y que se había ganado la confianza de mister Moonro. No debería haberse entrometido en las peleas entre

el padre y el hijo, ni debería haber contado a Corvin lo del cuadro.

Se levantó y subió las escaleras. Caminó por el pasillo bajo la somnolienta luz de los candelabros hasta la habitación de Corvin y llamó a la puerta.

—¿Corvin? Soy Diciembre.

No tuvo respuesta.

—Sé que no estás durmiendo. Por favor, abre la puerta. Solo quiero pedirte perdón.

Le pareció oír un suave gruñido procedente del interior, y luego un chirrido metálico en la pared. ¿Qué estaría tramando?

—Voy a entrar —advirtió, y abrió la puerta.

En el cuarto reinaba una completa oscuridad, pero oyó unas voces que no pertenecían a Corvin.

—¿Quién es?

—¿Crees que puede ser el ama de llaves? —preguntó una voz chillona.

—No, es demasiado joven para ser el ama de llaves —respondió otra voz grave.

—Entonces, puede que alguien haya contestado al anuncio.

La voz grave soltó una risa.

—No puede ser.

—Mostraos —ordenó Diciembre. Qué extraño, no estaba asustada. Sentía más bien una gran curiosidad. Sin embargo, cuando alguien encendió la luz de la lamparita en la mesilla, faltó poco para que se desmayara. Había tres hombres desconocidos en la habitación, y Corvin yacía en el suelo en medio de todos ellos con una espada clavada en el pie.

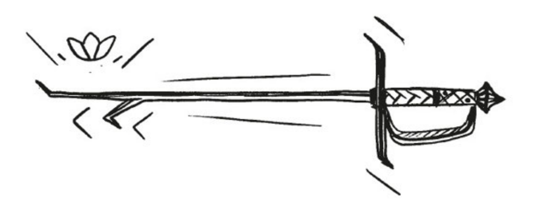
El primer hombre estaba encima de él, apretando la espada para impedirle escapar.

El segundo estaba sentado en la penumbra, en el sillón junto a la cama, y blandía una espada aún más grande que la otra.

El tercero estaba detrás de Diciembre y la apuntaba con una afilada hoja a la garganta.

Los tres estaban envueltos en bufandas y abrigos andrajosos. Cuando Diciembre se fijó un poco mejor, vio que no eran espadas lo que blandían con aire amenazador, sino tres atizadores retorcidos y afilados que brillaban en la noche.

En la oscuridad



Diciembre no se sorprendió de no haber intuido antes que estaban ahí esos hombres, pues en la oscuridad se confundían con los muebles y el empapelado. Uno de ellos era alto y desgarbado, con el pelo grasiento apelmazado sobre las orejas. Parecía una lámpara de pie rematada por una vieja y arrugada pantalla. Sostenía un atizador de metal incrustado en la empuñadura de una espada de cuya punta se desprendía un garfio que se hundía en el zapato de Corvin.

—¿Quién eres? —exclamó el hombre lámpara al ver a Diciembre.

—La niñera —respondió Corvin por ella.

Corvin estaba agazapado en un rincón con los brazos extendidos sobre los costados y las rodillas sobre el pecho. Tenía los ojos lánguidos muy enrojecidos, y el pelo más despeinado de lo habitual. Diciembre vio cómo apretaba los puños y echaba humo por los codos, en un vano intento de desaparecer. Quizá el dolor se lo impedía.

—¡No te lo he preguntado a ti, monstruito! —El hombre alto y desgarbado con el cabello grasiento hundió aún más la punta del atizador en el zapato.

—¡Corvin! —chilló Diciembre, y dio un paso hacia él.

Entonces, el que estaba apoyado en la pared como si fuera un cuadro y parecía más joven se acercó para sujetarla por el brazo y atraerla hacia sí.

—¡No te muevas! —dijo levantando el atizador plano y negro como el carbón. Tenía la punta curvada, en forma de medialuna, y el mango consistía en una barra fina y arqueada como las alas de una golondrina.

Diciembre se esforzó por permanecer inmóvil, pero las piernas empezaron a temblarle de tal manera que sentía cómo se le entrechocaban las rodillas bajo las numerosas capas de muselina.

—Eh, jefe, dijiste que no habría nadie —dijo el chico cuadro.

—A mí también me ha sorprendido.

El hombre sentado junto a la ventana se levantó, y fue como si el sillón cobrara vida. Los hombros cuadraban a la perfección con los contornos del respaldo. Tenía unos antebrazos tan robustos como los reposabrazos redondeados, y un torso tan inmenso como el relleno mullido.

Diciembre vio la mano que se deslizaba por el mango y sacaba un atizador dorado de su funda. La punta era suave como la de un florete, y la empuñadura estaba bordada como la de un sable: unos hilos de oro destellaban entrelazados en la empuñadura, y del extremo pendía un medallón dorado.

—¿Cómo te llamas, miss? —le preguntó mientras plantaba el atizador entre los tablones del suelo y se apoyaba en el mango como si fuera un bastón.

Diciembre se sintió minúscula. Abrió la boca para hablar, pero no le salió ningún sonido.

Entonces, el hombre sillón hizo una seña al hombre lámpara y este dio otra vuelta de tuerca al atizador en el pie de Corvin, que aulló de dolor.

—¡Diciembre, me llamo Diciembre! —gritó para sofocar los chillidos de Corvin y el latido del corazón que le retumbaba en los

oídos.

—¡Vaya nombre! —se burló el hombre lámpara—. ¡Y vaya sombrerito! —Señaló el merengue que coronaba la cabeza de Diciembre. Ella estiró el ala hasta taparse las orejas y enderezó la espalda, que empezaba a dolerle.

—No hay por qué tener miedo, miss Diciembre —dijo el hombre sillón, y se soltó la bufanda que llevaba enrollada en el cuello, dejando el rostro al descubierto. Tenía una frente amplia y arrugada y un cabello rubio y escaso diseminado por la cabeza. Diciembre tuvo la impresión de haberlo visto antes en alguna parte.

—¿Lo ves? Somos hombres, no monstruos.

Al igual que sus compañeros, vestía ropa raída y harapienta. Reconoció el lodo que salpicaban los vagones en los parches y el hedor a cloaca que desprendían las suelas de los zapatos. No cabía duda de que venían de la ciudad.

—Ese chico grande y grosero de ahí se llama Mezzodì. —Al oír esas palabras, el hombre lámpara se bajó la bufanda para dirigirle una sonrisa melosa, de dientes amarillos y pegajosos.

—Y el chico que tienes al lado se llama Ernest. —Diciembre levantó la vista para mirar al chico cuadro, pero la sombra de la capucha y la bufanda enrollada hasta las orejas solo dejaban ver unos ojos oscuros, más negros que la oscuridad—. Tendréis más o menos la misma edad, así que tratad de llevaros bien.

A modo de respuesta, Diciembre dio un tirón, y el chico llamado Ernest la agarró aún más fuerte.

—Mi nombre es Vilson Vespero —se presentó el hombre sillón y, a continuación, como dándose aires de importancia, se sacudió el desgastado abrigo, se estiró el parche del chaleco remendado y se aflojó el nudo de la corbata descolorida.

—No esperábamos encontrar a nadie aquí esta noche, pero quizá puedas sernos útil. Si nos ayudas…, dile lo que haremos si nos ayuda, Mezzodì.

—Los mataremos a los dos y saquearemos la casa… —dijo Mezzodì rascándose la sien.

—Soltaremos al chico y nos iremos enseguida —lo corrigió Vespero con un deje risueño en la voz.

—Qué pena —replicó Mezzodì despeinando con furia el pelo de Corvin, que sacudió la cabeza y gruñó en tono de amenaza:

—¡Seré yo quien os mate a todos! Malvados… —No alcanzó a terminar la frase porque Mezzodì volvió a apretar el mango del atizador y le metió un pañuelo arrugado en la garganta.

—¡No le hagáis daño! —suplicó Diciembre.

—Entonces, ¿nos ayudarás? —instó Vespero.

Diciembre vaciló. Tenía que salvar a Corvin, pero ¿cómo? Mezzodì lo tenía clavado en el suelo, sometido a quién sabe cuánto dolor. La figura gigantesca de Vespero se recortaba contra la ventana, a la izquierda de la habitación, mientras que el chico llamado Ernest vigilaba la puerta de la derecha. No había ninguna vía de escape.

—Os ayudaré si no le hacéis daño.

—Te doy mi palabra —dijo Vespero, e hizo un gesto de asentimiento con la mano en el pecho—. ¿Conoces bien la casa, miss Diciembre?

—Bueno, llevo viviendo aquí una semana.

—Entonces, está decidido. Nos harás de guía.

Ernest la empujó hacia la puerta.

—Un momento —exclamó Diciembre—. ¿Corvin no viene?

Lo contempló allí tendido en el rincón, un niño frágil y arrugado como el pañuelo que apretaba entre los dientes.

—Mezzodì se ocupará de él. No lo perderá de vista ni un instante.

No, pensó Diciembre. Ese era su deber, el deber de una niñera.

—¡Corvin! —llamó—. ¡Corvin! —Pero él ni siquiera levantó la vista.

Entonces ocurrió algo. Mientras la sacaba de la habitación por la fuerza, Ernest le aflojó un poco el brazo y le susurró al oído: «¿Dónde está?». Diciembre aprovechó el momento de incertidumbre para asestarle un codazo en el estómago. El chico se dobló y Diciembre volvió atrás con un brinco y, de un impulso, volcó la lámpara de aceite de la mesita de noche sobre las mantas.

Una pared de llamas se elevó desde el centro del cuarto, obligando a retroceder a Ernest y confinando a Vespero y Mezzodì en el lado opuesto de la estancia. Una lengua de fuego empezó a brillar y revolotear como el borde de una cortina, dejando paso a un niño de piel oscura y ojos rojo incandescente.

Corvin atravesó la pared de fuego cojeando y, con un gemido, se precipitó hacia la puerta.

—¡Corre! —gritó a miss Diciembre mientras Vespero y sus hombres trataban de sofocar el incendio. Diciembre actuó con rapidez: alcanzó el umbral, cerró la puerta tras de sí y, a continuación, la bloqueó con una mesita mientras las puntas afiladas de los atizadores se clavaban en la madera, desgarrándola.

Corvin echó a correr por el pasillo sin volverse, y Diciembre fue tras él hasta que, en un momento, se dio cuenta de que había perdido algo.

—¡Oh, no, mi sombrero! —Tuvo el impulso de volver atrás y enfrentarse a las llamas y los atizadores, pero Corvin la agarró de la muñeca. Los ojos le brillaban a rachas y el pelo le caía húmedo, lacio y enredado por la frente, como si estuviera lleno de arañas.

—Vamos por ahí —dijo—. Conozco un lugar seguro.

Diciembre vaciló. Miró por la ventana del pasillo hacia el bosque nevado. No podían huir por ningún sitio. Vespero y sus hombres los encontrarían incluso encerrados en la oscuridad. Corvin estaba herido y no podía volar. Si seguían corriendo, a su alrededor se

formarían grandes charcos humeantes. Los intrusos no tardarían en seguirles la pista.

Corvin enfiló por un pasillo y Diciembre corrió tras él. Llegaron a su dormitorio y se acurrucaron junto a la estufa. En la pared en penumbra se superponían el tronco del árbol pintado y el tubo de la estufa. Las ramas parecían desenredarse de la torrecilla y las hojas brillaban a la luz de la luna.

—Yo no puedo entrar ahí —dijo ella señalando el tubo.

Él negó con la cabeza y desencajó el panel situado justo detrás de la estufa.

—Nunca lo habría pensado —exclamó Diciembre asomando a una habitación a oscuras después de atravesar el lugar secreto—. ¡La estufa tenía un doble fondo!

Tomó la lámpara de aceite que reposaba sobre la mesilla y gateó por el suelo cubierto de cenizas blancas. Esperó a que Corvin entrara por el otro lado y volvió a cerrar la puertecilla.

En el escondite



Apenas Diciembre puso los pies en aquel cuarto, los bordes de la falda barrieron el suelo y una nube de polvo se cernió sobre su cabeza, tan espesa y oscura que por un momento pensó que se trataba de Corvin, pero no: él se estaba arrastrando por el otro lado, hacia la cama pegada a la pared. Se había quitado el zapato y dejaba tras de sí un rastro negro como la tinta.

—¿Estás bien? —preguntó Diciembre.

Corvin soltó un bufido. Se desplomó sobre el colchón, se arrancó la manga de la camisa y se vendó el pie con ella, a modo de torniquete. Diciembre se ofreció a ayudarlo, pero él le gruñó que se fuera, como aquella vez que le golpeó con el bastidor de bordado.

—Siento mucho lo del pie —dijo Diciembre.

—Y yo siento lo del sombrero —respondió Corvin a su vez—. Es un sombrero feísimo… ¿Por qué le tienes tanto cariño?

—Me recuerda… —«Me recuerda a mi casa», estuvo a punto de decir Diciembre. Y era verdad, la cúpula en forma de merengue con

lazos de seda ondeantes le recordaba a una carpa de circo, pero no solo eso. Era el sombrero que siempre se ponía en el escenario. El sombrero que se quitaba al acabar la función, con el que recogía los aplausos y las flores de papel que le arrojaban desde las gradas.

—Me recuerda lo buena que fui una vez en algo —admitió, pero se dio cuenta de que Corvin no la escuchaba. Estaba peleándose con la manga rota de la camisa, que se le escapaba de las manos temblorosas.

Tal vez pudiera volver a ser buena en algo. Saltar de un columpio a otro, dejar que el Gran Ju la cortara en dos o limar las garras de los leones eran actividades más bien peligrosas, y si algo había aprendido en el circo era a hacer un vendaje bien apretado.

Se acercó a Corvin, ignoró sus protestas y se apoderó del trozo de tela. Le secó la herida con la falda, pasó la venda por debajo del pie y sobre la herida y luego la enrolló al tobillo para atarla con un bonito lazo.

—Gracias —dijo Corvin al final, con una voz suave como una flor de papel dentro de un sombrero.

Diciembre se contuvo de hacer una reve-

rencia.

—Por cierto, ¿qué es este lugar? —dijo echando un vistazo alrededor.

En el escondite secreto de la estufa había un cuarto entero cuadrado que, en un lado, tenía un escritorio y una silla de madera y, en el otro, un sillón y una vieja cómoda. Las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de libros con los lomos agrietados. Aquí y allá colgaban dibujos que parecían hechos con prisas, marañas de líneas borrosas y manchas de tiza que a Diciembre le recordaron los retratos de familia en el estudio de mister Moonro.

—Parece que nadie ha entrado aquí en muchos meses —observó acercándose al escritorio, cuya tapa estaba abierta de par en par. Al acariciarla, unos ovillos de cordel y unos trozos de lápices salieron

de un cajón rodando hacia la mesa, hasta detenerse sobre una carta que alguien había dejado a medias. Era un pedido dirigido a la sastrería Murkus & Flinky, con una lista de prendas algo extrañas: chalecos a rayas, a cuadros, lisos y con botones en forma de búho, cuervo y mariposa; también pantalones, corbatas, chaquetas y jerséis de colores azul noche, vela, niebla amarilla del atardecer, bruma rosada matutina y otros colores nebulosos de los que Diciembre nunca había oído hablar.

—Nadie ha entrado aquí desde hace años —dijo Corvin—. Era la habitación de mi hermano.

Diciembre se apresuró a dejar la carta en su sitio. Quizá era un antiguo almacén abandonado donde mister Moonro escondía los muebles viejos y la correspondencia pasada. De repente se sintió una entrometida, como si hubiera estado fisgoneando en la maleta de otra persona.

Quitó un poco de polvo al sillón que había frente a la cama y se acomodó en el borde del asiento con las manos cruzadas sobre el regazo. Se acordó otra vez del chico del cuadro, el del ceño fruncido. ¿Qué podría haberle sucedido? Quizá se había metido en una chimenea y se había quedado demasiado tiempo en forma de vapor, hasta desaparecer. Era algo que podía muy bien ocurrir en casa del Hombre del Saco. Por eso mister Moonro siempre le recordaba que no debía perder de vista a Corvin.

—Mi padre no quería oír hablar de construir una habitación dentro de una estufa, pero Ovest insistió mucho. «Si no puedo entrar cuando esté encendida, entraré cuando esté apagada», dijo, y al final papá tuvo que ceder.

De pronto, a Diciembre le vino a la cabeza lo que Corvin había dicho durante la cena. Su hermano no podía haber entrado en la estufa encendida, claro que no, porque había nacido sin poderes y por eso su padre lo había echado de casa.

—Ovest era muy divertido, ¿sabes? —prosiguió Corvin—. Por ejemplo, era el único que conseguía hacer sonreír a miss Malhoney.

—¿En serio? —exclamó Diciembre intentando imaginar una versión

alegre de la impertérrita ama de llaves. Imposible—. ¿Quieres decir que has visto reír a miss Malhoney? ¿Y cómo es?

Corvin asintió.

—Los hoyuelos de las mejillas se le convierten en precipicios y le sale una especie de silbido por la nariz.

—¿Le silba la nariz?

—Sí, de verdad. —Volvió a fruncir el ceño—. Ya llevo dos años sin verla reír, igual no vuelve a hacerlo nunca más.

Diciembre se alisó los pliegues de la falda.

—Tu hermano debía de ser un buen chico.

—Sí. Si Ovest hubiera estado aquí, nunca habría sucedido nada parecido… Él no… —Corvin enmudeció de golpe.

Se oyeron pasos en la habitación, junto a la estufa, seguidos de unas voces inquietas y cavernosas:

—Aquí no está.

—Encontradlo.

—No tenemos toda la noche.

Vespero y sus hombres estaban poniendo la habitación patas arriba. Podían oír el ruido de las puertas, las persianas y los cajones, que crujían como un enjambre de grillos, y la ropa que revoloteaba saliendo de los armarios.

Corvin y Diciembre contuvieron el aliento. Pasados unos minutos, la cháchara cesó y los pasos se alejaron por el pasillo.

—No te preocupes, aquí dentro no nos encontrarán —murmuró Diciembre—. Se llenarán los bolsillos y se irán.

—No son ladrones —dijo Corvin con semblante serio.

—Yo creo que sí —replicó Diciembre—. Creo que querían raptarte y

pedir un rescate. He leído una historia parecida en el Daily Tremore…

—No han venido a por mí. —La mirada de Corvin iba del zapato abandonado sobre la alfombra al pie vendado con la manga de la camisa—. A estas horas, ya me habrían llevado con ellos.

—¿Y por qué no te transformaste? ¿Por qué no saliste volando por la ventana antes de que te atraparan?

—Precisamente por eso. ¿Viste las armas que tenían? No son espadas, sino atizadores. Saben muy bien quién es mi padre.

Diciembre se estremeció al recordar los atizadores afilados, con esos ganchos de hierro afilado en la punta, y la voz cortante y fría que le susurró al oído.

—Ese chico, Ernest…, se me acercó y me dijo al oído: «¿Dónde está?» —reflexionó en voz alta—. ¿Se refería a tu padre?

—¿Cómo?

—Sí, mientras me empujaba hacia la puerta, me preguntó: «¿Dónde está?» —repitió Diciembre.

—No puede ser. —Corvin se retorció un bigote de humo invisible entre los dedos, imitando un gesto típico de su padre cuando cavilaba sobre cuestiones importantes, como la clase de nudo que hacer en la corbata o las flores que regalar a miss Malhoney—. Seguro que saben que se pasa toda la noche fuera trabajando.

—Pero entonces, si no quieren secuestrarte a ti ni enfrentarse a él…, ¿qué buscan esos hombres?

Corvin negó con la cabeza mientras seguía pellizcándose las mejillas.

—¿Dónde tienes el fuelle? —preguntó de repente.

—Lo tengo aquí bien guardado, debajo de la fal… —Diciembre palideció, clavó los dedos en la tela y fue levantando uno a uno los velos. Por mucho que excavaba a través de los volantes, no lograba

encontrar la tabla de madera, la boquilla en forma de cono, el mango plano y ancho. El fuelle ya no estaba—. No lo entiendo, estaba aquí…

—¿Lo has perdido?

—Déjame pensar… Quizá se me haya caído cuando salimos corriendo, como el sombrero, o quizá…

—¿Qué?

—Podría haberlo dejado en el comedor. No me acuerdo, estaba asustada y… Corvin, ¿dónde vas?

De un brinco, Corvin se puso en pie y empezó a cojear hacia la puertecita de la pared, frente al pequeño túnel alfombrado de cenizas blancas.

—A buscar el fuelle.

—Pero tenemos que permanecer aquí escondidos hasta que regrese el Hombre del Saco.

—Si esos tipos encuentran el fuelle, el Hombre del Saco dejará de existir.

—¡No permitiré que salgas! —Diciembre saltó de la silla, rebotó en la cama y aterrizó delante de Corvin para impedirle el paso.

El chico suspiró.

—Escúchame bien. Los utensilios de la chimenea que te entregó mi padre están hechos de una madera especial que neutraliza nuestros poderes. No sé cómo esos hombres los han conseguido, pero los atizadores que empuñaban están hechos del mismo material. A mí han logrado herirme, pero con mi padre no tienen ninguna posibilidad, a menos que…

Diciembre conocía la respuesta.

—A menos que encuentren el fuelle para transformarlo en un hombre de carne y hueso.

Corvin asintió.

—Entonces, voy contigo.

—Serías un estorbo.

—Pero si no puedes volar y a duras penas consigues dar unos pasos…

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué quieres? ¿Llevarme en brazos?

La mirada de Diciembre se posó en la llamita de contornos difuminados que brillaba dentro de la lámpara de aceite sobre la mesilla.

—A decir verdad, tengo una idea mejor —dijo.

En la lámpara



Vespero y sus hombres habían dejado la habitación patas arriba.

El suelo era un océano en plena tempestad. Unas enormes olas de muselina y tafetán se derramaban de los cajones abiertos para romper en los muebles sumergidos y en las orillas de la cama.

Diciembre nadó entre el revoltijo y se zambulló en un remolino de delantales hasta llegar al armario.

—El baúl ha desaparecido —dijo—. Tenías razón. Se lo han llevado.

—Tenemos que encontrar el fuelle. Luego pensaremos en todo lo demás —dijo Corvin, y acto seguido hizo una voltereta en el aire y se metió en la lámpara.

Avanzaron de la siguiente manera: Diciembre se deslizaba de puntillas por los pasillos con la lámpara bien apretada contra el pecho y Corvin, de vez en cuando, estiraba el cuello por encima del borde de vidrio para controlar que no surgiera nadie de los rincones, y entonces escribía en el aire: «Vía libre».

—Reconoce que ha sido una buena idea —susurró Diciembre.

—Chist… —La lámpara gorgoteó, y ella no pudo decir si era el crepitar de las llamas o un gesto de reproche.

Al llegar a la escalera de madera que conducía a la planta baja, puso el pie en el primer escalón. La madera crujió, y dio un paso amortiguado por la alfombra.

—¿A qué esperas? —apremió Corvin. En el interior de la lámpara, su cuerpo se desmoronó en arrugados jirones de humo.

Diciembre dio un paso más. También el segundo escalón soltó un quejido.

—No puedo seguir adelante, los escalones hacen mucho ruido —dijo antes de que la lámpara volviera a gruñir.

Diciembre echó un vistazo alrededor y tuvo una idea.

—Voy a tomar un atajo —dijo, y subió a la barandilla para deslizarse por el lustroso pasamanos de madera, con la falda volando y las trenzas revoloteándole sobre la cabeza.

Aterrizó con un saltito y corrió a esconderse detrás de una cortina. Levantó la lámpara y dio unos golpecitos con la uña en el cristal ahumado.

—¿Estás bien? —preguntó a Corvin.

Unas volutas de humo tupidas y despeinadas se propagaban en torno a la llamita revuelta.

Un «sí» ahogado y tembloroso surgió de los bordes de la pantalla de la lámpara.

Diciembre sonrió y, furtiva como un Hombre del Saco, entró en el comedor.

Mezzodì se balanceaba adelante y atrás, agitando el atizador

metálico como un mazo de cróquet; luego hacia abajo, como si este fuera una raqueta de bádminton, y finalmente hacia arriba. Rompía los adornos de porcelana a base de golpes a diestro y siniestro, y lo que no destrozaba se lo metía en el bolsillo.

Habían decidido empezar la búsqueda por el comedor, el último lugar donde Diciembre recordaba tener el fuelle consigo.

—Quizá esté debajo de la mesa —sugirió la lámpara.

—Buena idea —dijo Diciembre, y Corvin se sonrojó, o al menos esa es la impresión que tuvo cuando el humo de la lámpara se desvaneció levemente y un halo rosado iluminó los bordes de la llama.

Escondida tras el respaldo de un sofá, Diciembre acertó a ver el mantel manchado que colgaba de un extremo de la mesa, así como los vasos y platos hechos añicos encima. También los adornos estaban destrozados. Por todas partes se veían velas derretidas, flores arrancadas, hojas de guirnaldas hechas jirones… Incluso las cáscaras de cítricos de la chimenea desprendían un olor desagradable.

Con la lámpara sobre la cabeza haciendo equilibrios, Diciembre se arrastró por el suelo con los codos, rodeó un perchero de hierro y un sillón bordado con unas cintas y se colocó bajo una mesita redonda sobre la que reposaba un juego de té que había sobrevivido intacto a la furia de Mezzodì. A continuación, alcanzó la mesa grande del centro del comedor. Se deslizó entre las patas de madera tallada y avanzó a gatas entre las migas y las sobras de la cena. No se veía ni rastro del fuelle.

—Eh, tú, ¿qué haces ahí?

Diciembre se encogió y contuvo la respiración. Oyó los lánguidos pasos de Mezzodì aproximarse entre los añicos de la porcelana rota. Venía hacia la mesa.

Por suerte, el mantel que rozaba el suelo la ocultaba como si fuera una cortina. Halló un agujerito en la tela, donde Corvin había clavado el cuchillo durante la cena, y se asomó por ahí.

Suspiró aliviada al ver al chico llamado Ernest acercándose a paso ligero al comedor, con la bufanda cubriéndole la cara y el atizador negro colgado del cinturón.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —gruñó Mezzodì.

—Estás armando mucho jaleo —protestó Ernest.

—¿Ah, sí? ¿Crees que los vecinos vendrán a quejarse?—Mezzodì dejó el atizador en una repisa de mármol y lanzó al suelo todo lo que reposaba encima.

—Yo estaba por aquí cerca, y sí, he venido a quejarme —dijo Ernest.

Hizo amago de marcharse, pero Mezzodì lo agarró por los hombros.

—Conmigo no te hagas el gracioso, niñato. —Lo agarró del cuello de la chaqueta y blandió el atizador en el aire—. ¡A mí tú no me das órdenes!

—Me ha mandado Vespero —dijo Ernest sin perder la calma.

La rabia de Mezzodì se apaciguó al instante. Las puntas de los dedos le temblaron mientras cepillaba con cuidado la chaqueta de su compañero, cuya tela había arrugado.

—¿Puedes decirle que estoy buscándolo? —rezongó bajando el arma y el tono de voz al mismo tiempo.

Ernest se ajustó la chaqueta con un movimiento de hombros y, en ese momento, la bufanda se le cayó de la cara, descubriéndole el rostro durante un instante.

Diciembre no resistió la curiosidad y se inclinó hacia delante para verlo. Con la muñeca rozó el mango de una cucharilla que tintineó en el suelo y empezó a girar sobre sí misma dentro de una taza vacía, como una campanilla. El tintineo resonó en el silencio que justo acababa de hacerse en la sala. Diciembre se quedó inmóvil, sin valor para acercarse al agujero del mantel.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Mezzodì.

—¿Has oído? —preguntó Ernest, y enseguida volvió a taparse el rostro hasta la nariz con la bufanda y se la ató en la nuca con un gesto rápido. Escudriñó el comedor con la mirada y se fijó en la mesa.

Diciembre se abrazó a la lámpara. Con el corazón en la garganta, esperó a que el chico levantara las faldas del mantel y empuñara el atizador negro para clavárselo en la garganta, lo cual no llegó a ocurrir…

—Esta porcelana tiembla… —dijo Ernest dando una palmadita a Mezzodì con una sonrisa nerviosa—. Debes de haberla asustado.

—Anda ya.

Ernest abandonó el comedor con aire fanfarrón, y a Diciembre le pareció que echaba una última ojeada a la mesa antes de alejarse.

—Dile a Vespero que estoy muy liado —le gritó Mezzodì, y echó a andar en dirección opuesta.

Era la ocasión que esperaba. Diciembre rebuscó entre los pliegues del mantel, con cuidado de no chocar con más porcelana, y salió de debajo de la mesa. Dio unos pasos antes de descubrir el reflejo de Mezzodì justo enfrente de ella, en la vitrina de un aparador: avanzaba vivaz, balanceándose con las piernas arqueadas. Se detuvo en mitad del amplio comedor, levantó el atizador por encima de la cabeza y se lo arrojó. Tras una breve sacudida, Diciembre se apartó a un lado y el atizador erró el objetivo y fue a estamparse contra la pared. Diciembre buscó refugio, pero su adversario fue más veloz: saltó sobre la mesa, recuperó el atizador de plata y aterrizó en la otra parte de la mesa para impedirle el paso.

—Bueno, bueno, miss Diciembre. Deja ahí la lámpara. No querrás jugarme una mala pasada como la de antes…, ¿verdad?

Diciembre titubeó… No quería separarse de Corvin, no quería perderlo de vista ni un segundo. En ese momento, Mezzodì preguntó:

—¿Dónde has dejado al mocoso?

No podía imaginar que Corvin estaba ahí, revolcándose en el aceite caliente de la lámpara. Diciembre la dejó sobre una mesita redonda, entre las tacitas rosas y amarillas del juego de té, y dio un paso atrás. Chocó contra el perchero de hierro clavado en el suelo, cuyos ganchos largos y retorcidos se extendían sobre su cabeza como un manojo de ramas desnudas detrás de la estufa.

—Ha huido al bosque —mintió.

—No importa. Apuesto a que lo tienes tú —dijo Mezzodì lanzándole una mirada sombría.

—No sé de qué me hablas.

Mezzodì se le acercó, feroz como un domador ante un león tembloroso sobre su pedestal adornado con rombos. En lugar de un látigo, tenía un atizador, que sacudía alrededor del vestido de Diciembre. Le pinchó una de las mangas abullonadas, descendió por el corpiño lleno de flores y apuntó al bulto de la cadera, justo donde ella había guardado el fuelle antes de bajar a cenar.

—¿Qué tienes ahí guardado?

Diciembre pasó la mano por debajo de los volantes hasta pellizcar el borde del pañuelo rociado de perfume, tal y como aconsejaba el Daily Tremore.

—Es solo un pañuelo —dijo Diciembre con aire inocente.

—A ver, muéstralo. Sin duda es un buen momento para secarte el sudor de la frente…

—Oh, no hace falta —dijo ella frotándose la mejilla con el dorso de la mano.

—También puedes usarlo para secarte las lágrimas, porque pareces aterrorizada.

—Estoy bien, muchas gracias. —Diciembre se dio cuenta de que, bien al contrario, tenía los ojos muy secos, puesto que se le había

olvidado darse golpecitos en los párpados con los pañuelos perfumados.

—¡Venga, sácalo ya de una maldita vez! —rugió Mezzodì.

Diciembre se sobresaltó, agarró el volante de tela y empezó a tirar.

Era un bonito pañuelo de lino, con sombreritos en forma de cono en los bordes y unos pompones de lana en las puntas. Este venía anudado a otro con una lluvia de estrellas en un cielo rayado, como el papel de las paredes. Aún había otro más con un banco de peces rojos en una pecera cuadrada. Y así iban saliendo pañuelo tras pañuelo, que muy pronto cubrieron el suelo de fantasías estampadas de cuadros, rombos, flores y lunares.

—Es que antes trabajaba en el circo —explicó Diciembre mientras seguía sacando la ristra de pañuelos del bolsillo—. Están cosidos todos juntos —añadió cuando la esquina del último cuadrado de tela salió volando tras los demás hasta caer al suelo. En ese momento, la cabeza despeinada de Corvin apareció sobre la lámpara, justo detrás de Mezzodì.

Este no se dio cuenta de nada, y se acercó a Diciembre con aire amenazador.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Pretendes hacerme reír?

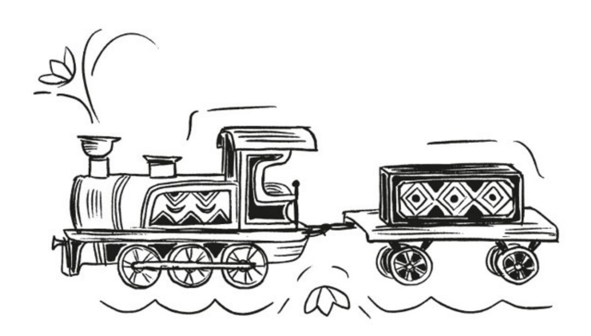
—Para eso sirven los payasos. —De un impulso, Diciembre se colgó del perchero de hierro, se levantó con los brazos, echó las piernas hacia delante y golpeó a Mezzodì en el pecho.

Este se tambaleó hacia atrás y consiguió no caerse, pero entonces Corvin salió de la lámpara y le puso la zancadilla. Luego agarró la ristra de pañuelos abandonados en el suelo y ató a Mezzodì como un salchichón, usando el último cuadrado de tela para taparle la boca. Diciembre percibió la rabia que se le hundía hasta el fondo de la garganta.

—¡Vaya! Hemos estado… —dijo Corvin dando saltitos con un pie. Luego se aclaró la garganta y acabó la frase—: Hemos estado magníficos.

—Vámonos, date prisa —dijo Diciembre mientras Corvin se desvanecía para regresar al interior de la lámpara de aceite—. Esperemos que la culpa de todos estos destrozos se la lleve él.

En el trenecito



Diciembre corrió escaleras arriba hasta llegar al pasillo, donde reinaba una oscuridad total. Los candelabros estaban apagados y las cortinas de las ventanas corridas. Avanzó a tientas, aferrándose a los paneles de madera que forraban las paredes mientras sentía el corazón martilleándole en el pecho. Notó que el humo de la lámpara era más oscuro y denso, señal de que Corvin percibía la tensión del ambiente.

Oyó pasos a sus espaldas, distantes pero impacientes, así como una voz ronca y un murmullo confuso.

Se pegó contra la pared y contuvo el aliento. Le pareció que Corvin hacía lo mismo, porque el humo dejó de arremolinarse y se agazapó junto a la llamita dorada. Así la lámpara daba mucha menos luz, pero bastó para iluminar una abertura en la pared, un pomo decorado de latón y una puerta entreabierta.

Diciembre empujó el panel y se coló en la habitación. Buscó a tientas en la oscuridad un momento, avanzando con el pie hacia el vacío. Luego, con la punta del zapato, golpeó algo que parecían pelos de madera o piezas de un puzle esparcidas por el suelo. Corvin se relajó, el humo volvió a extenderse en torno a la llama y la lámpara iluminó la habitación. Estaban rodeados de animales de

peluche con abrigos y gorros de lana, cestos y baúles repletos de juguetes. La luz que se filtraba por el cristal de la ventana estaba teñida de un tenue color miel, y las sombras de las cometas colgadas del techo se proyectaban sobre la enorme alfombra redonda.

Sí, estaban en el cuarto de juegos de Corvin.

—¿Estamos a salvo? —preguntó Corvin.

—Creo que sí —respondió Diciembre.

En ese momento, oyeron un silbido aterrador. El viento se puso a aullar en los goznes de la puerta, una sombra susurró entre los crujidos y alguien entró en la estancia.

Era el chico llamado Ernest.

Llevaba una chaqueta desteñida, de un color que los sastres Murkus y Flinky describirían como azul humo de chimenea, una camisa color vela y una chaqueta niebla verde bosque. La capucha le cubría toda la cabeza, y la bufanda le envolvía la cara hasta la nariz.

En cuanto vio a Diciembre, la bufanda se le cayó para mostrar una risotada victoriosa.

—Por fin te encuentro —dijo desenfundando el atizador negro como madera tiznada y cerrándole el paso frente a la puerta.

Diciembre dio un paso atrás. No podía esconderse ni huir. Tuvo la esperanza de que el chico, igual que Mezzodì, no reparara en la presencia de Corvin dentro de la lámpara, porque este, entonces, tal vez podría escabullirse, furtivo y sigiloso, como solía hacer tan bien.

—Vete, escapa —murmuró Diciembre escondiendo la lámpara bajo la falda.

Con el rabillo del ojo, vio la llamita brillar en el interior de la pantalla. El humo se fue acumulando, vacilante, en el borde, durante un momento que se hizo larguísimo.

—Venga, vete ya —repitió sacudiendo la base de la lámpara. Corvin

cabeceó en el aceite hirviendo, tomó impulso entre los penachos de humo y se precipitó hacia fuera. Se deslizó por la cola del vestido de Diciembre para alejarse como un ratoncillo entre los juguetes amontonados en el suelo.

Diciembre vio cómo el trenecito se ponía en marcha, descarrilaba entre las vías y se deslizaba en silencio por la alfombra hacia la rendija de la puerta entreabierta.

Ernest estaba demasiado concentrado en Diciembre como para reparar en el trenecito.

—Has hecho enfadar a Vespero —dijo apuntando con el atizador negro—. Has arruinado sus planes y entorpecido nuestras investigaciones.

De la cabeza de la locomotora salían chorros de vapor, mientras los pequeños vagones se balanceaban con pequeñas sacudidas por el relieve de la alfombra.

—Has prendido fuego a las cortinas de la cama.

Los vagones sueltos avanzaban a empujones mientras el tren zigzagueaba entre los dados, las pelotas y los naipes.

—Y ese codazo en el estómago ha sido un verdadero golpe bajo —prosiguió Ernest, frotándose un punto indefinido entre las costillas.

El trenecito estaba a punto de alcanzar la puerta. Corvin casi lo había conseguido.

Diciembre cerró los ojos y esperó notar el metal frío pinchándole la garganta.

—Deberías haberte quedado en el escondite de la estufa, a salvo.

El chico arrojó el atizador al suelo y lo apartó de una patada para subirse la capucha y dejar el rostro al descubierto.

Diciembre puso unos ojos como platos, estupefacta. ¿Cómo era posible?

Las pecas le salpicaban la nariz, que hasta ahora tenía escondida bajo la bufanda, y una mata de pelo rojo le caía en pequeños mechones despeinados por la frente, antes ocultos bajo la capucha. Los rasgos se le habían endurecido un poco, pero era el mismo…

Sí, aunque tenía los rasgos un poco más afilados, Diciembre lo reconoció al instante.

—¡Ovest! —exclamó Corvin, saliendo a toda velocidad de la locomotora en marcha, que resbaló sobre la alfombra y volcó sobre un costado—. ¡Eres tú!

Diciembre estaba en lo cierto: era el chico del cuadro, el hijo mayor del Hombre del Saco.

Corvin se arrojó a los brazos de su hermano, que se agachó para acogerlo en su inmensa chaqueta raída, pero el abrazo no duró mucho: Ovest agarró a Corvin por el cuello de la camisa y lo alejó de sí.

—¡Eh, estás ardiendo! —exclamó poniéndole el dedo sobre la frente.

Avergonzado, Corvin se pasó una mano por el pelo. Unos restos de humo le flotaban sobre la cabeza enmarañada.

—He estado metido en la lámpara.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Ovest.

—Casi todo el rato… —respondió Corvin resuelto—. Y luego en el trenecito…

—Corvin…

—No fue idea mía.

Ovest lanzó una mirada llena de curiosidad a Diciembre.

—¿Y desde cuándo haces caso a la niñera?

Diciembre no podía creerlo. El que tenía enfrente era el mismo

chico retratado en el cuadro, el hijo mayor del Hombre del Saco. Sin embargo, no podía ser él porque, al fin y al cabo, estaba, estaba…

—¡Pero si tú estás muerto! —exclamó de pronto sin preocuparse por bajar la voz.

Ovest dio un salto hacia ella para taparle la boca.

—Chist… Aún no, pero si sigues gritando así, muy pronto lo estaré —dijo quitándole la mano de la cara muy despacio.

Diciembre tomó aire para tratar de calmarse.

—Creía que tú… Corvin me dijo que estabas muerto.

—Nunca he dicho eso —protestó el chico—. Pero podía muy bien estarlo… Hace dos años que no lo veía —añadió en tono de reproche.

Ovest se encogió de hombros y se inclinó para recoger el atizador, que envainó con gesto teatral.

Al verlo, Diciembre reaccionó. Aunque era el hermano de Corvin, no podía bajar la guardia. Carraspeó un poco y dijo:

—¿Y cómo es que has vuelto por aquí acompañado de esos tipos, Ernest?

Corvin se unió al interrogatorio.

—Sí, ¿dónde has estado todo este tiempo?

—En la ciudad —dijo Ovest dirigiéndose a Corvin y tratando de ignorar la pregunta de Diciembre—. Murkus y Flinky me echaron una mano y, a cambio, yo los ayudaba con los dobladillos de la ropa.

—¡Anda, entonces eras tú! Ya me di cuenta de que habían empeorado mucho.

—Sí, bueno, es que tenía mucho que hacer: me uní a los

Pinchapolvos y tuve que entrenar mucho con la espada, quiero decir, con el atizador. Apenas me quedaba tiempo para aprender a coser…

—Pero en serio, no puedo entrar en una estufa sin que los dobladillos se me deshilachen… y mira esto. —Corvin se pellizcó el cuello chamuscado de la camisa y le enseñó el puño ennegrecido de la única manga que quedaba.

—¿Quiénes son esos… Picacenizas? —interrumpió Diciembre dando un paso hacia ellos.

Ovest la miró por fin.

—Pinchapolvos —la corrigió con paciencia—. Así es como se hacen llamar Vespero y sus hombres.

Le sacaba al menos una cabeza y tenía las piernas largas como su padre y el gesto arrogante como su hermano, pero los ojos eran solo suyos, negros como la oscuridad más completa.

—Ellos odian a los que son como nosotros. Bueno, como Corvin y mi padre. Quieren eliminarlos, por eso buscan el fuelle.

—¡Lo sabía! —exclamó Corvin.

—Chist… —dijo Ovest, e hizo un gesto para que bajara la voz con cara de reproche—. Hace dos años que entré en la banda. Quería llamarme Sudicio Sal, pero ya había otro con ese nombre, así que al final elegí Ernest, que también me pareció gracioso, como termina igual que Ovest…

—¡Te dije que era un tipo muy ingenioso! —susurró Corvin a Diciembre, y ella levantó una ceja.

—Mi plan era sabotear los suyos desde dentro. Quería impedir que os encontraran, pero cuando papá puso ese anuncio en el diario, reveló la dirección exacta de la casa. Entonces, todos mis esfuerzos no sirvieron de nada.

Diciembre trataba de comprender el discurso, pero había algo que no cuadraba: si tanto odiaban al Hombre del Saco y llevaban años

preparándose para atacarlo, ¿por qué aquellos tipos habían esperado una semana entera para presentarse en la casa si ya tenían la dirección?

—No pensé que podrían herirte —prosiguió Ovest dirigiéndose a su hermano—. ¿Por qué no escapaste?

Corvin se encogió de hombros.

—Estaba un poco distraído —dijo escondiendo el pie izquierdo vendado con la manga de la camisa.

—Quiero que vuelvas al escondite de la estufa ahora mismo —dijo Ovest—. Los dos, tú también —añadió dirigiéndose a Diciembre.

—¡Ni hablar! —dijo Corvin—. Somos tres y ellos, dos, y el más tonto está atado en el comedor. Podemos vencerlos.

—Sí, podemos vencerlos —repitió Diciembre.

Ovest negó enérgicamente con la cabeza.

—Imposible. No podemos vencer a Vespero, ni aunque fuéramos diez y él solo uno.

—Te apuesto a que yo sí —replicó Corvin.

—Ninguno de nosotros sería capaz. Solo hay una persona que puede hacerlo: nuestro padre. Por eso debes volver a la estufa y esperar a que vuelva.

—Pero, Ovest, si encuentran el fuelle…

—No lo encontrarán.

—Sí, porque Diciembre lo ha perdido… —Cor-

vin se cruzó de brazos y dejó escapar un humeante suspiro de rabia.

Ovest se rascó la nuca y torció la boca, en una sonrisita culpable.

—En realidad, no lo ha perdido. Se lo he quitado yo.

—¡¿Quéééé…?! —exclamaron a coro Diciembre y Corvin.

—Cuando Vespero me ordenó que te agarrara, te lo saqué de los volantes de la falda.

Diciembre palideció, empeñada en ignorar el hecho de que un chico le hubiera rebuscado entre las faldas.

—¡Devuélvemelo ahora mismo!

—No puedo —dijo Ovest como pidiendo perdón—. No puedo confiar en alguien que ha dejado que se lo roben.

Diciembre trató de protestar, pero, en el fondo, se sintió tan culpable que no encontró palabras para rebatir el argumento.

Corvin dio un paso adelante.

—Entonces, dámelo a mí.

Ovest negó con la cabeza.

—¿Y si te secuestran? No podemos permitir que se hagan con el fuelle y el heredero del Clan de Luna al mismo tiempo.

Diciembre esperaba que Corvin arrugara el ceño, resoplara y pataleara como tan bien sabía hacer. Esta vez, en cambio, se mostró de lo más dócil y no insistió, lo cual a Diciembre le pareció un fastidio.

—Os prometo que lo tengo a buen recaudo —dijo Ovest—. Vespero nunca sospechará que está en mi poder porque confía en mí.

—¿Y nosotros? ¿Cómo podemos confiar en ti? —preguntó Diciembre con expresión intrigada.

—Si de verdad estuviera de parte de Vespero, ¿no crees que a estas horas ya le habría entregado el fuelle?

Era cierto. Ovest conocía el escondite secreto de la estufa y no había dicho ni una palabra a nadie. Había aflojado la mano cuando la tenía agarrada en la habitación de Corvin para que pudiera escapar,

y era casi seguro que la había oído moverse bajo el mantel en el comedor y por eso había tratado de distraer a Mezzodì con una broma. Sin embargo, no había movido ni un músculo mientras aquellos hombres torturaban a Corvin, ¿y dónde estaba cuando Mezzodì los atacó?

—Entiendo que no te fíes de mí. —Ovest soltó un suspiro de resignación—. Pero te aseguro que quiero ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque quieres ayudar a mi hermano.

Diciembre miró a Corvin. Era débil, estaba herido y necesitaba un lugar seguro donde poder descansar. Asintió. Tenía que apartar las dudas que albergaba sobre Ovest por el bien de Corvin, al menos, de momento.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —preguntó.

—Los tendré ocupados toda la noche, y mañana le explicaréis a mi padre lo que ha sucedido. Ya encontraréis otro sitio donde vivir. Ahora tenéis que regresar al escondite de la estufa.

—¿Y si nos cruzamos con Vespero por el camino?

Ovest se pellizcó la barbilla.

—Hum… Es verdad, puede ser peligroso. No sé dónde está en estos momentos.

—Yo iré delante para asegurarme de que el camino está despejado —se ofreció Corvin.

—Eso ni hablar —intervino Diciembre.

Corvin levantó la vista para mirarla. Parecía molesto.

—Soy el único capaz de hacerlo. Nadie me verá, y volveré enseguida.

—Pero el pie… —murmuró Diciembre.

—Puedo hacerlo, de verdad. —Era un chico orgulloso. Se había dejado convencer con demasiada facilidad para entrar en la lámpara de aceite e incluso para escapar había preferido meterse en el trenecito de juguete en lugar de caminar. Estaba claro que mentía sobre el dolor que sentía en el pie, quizá para impresionar a su hermano.

—Díselo tú. —Diciembre se volvió hacia Ovest, que la miró sorprendido.

—No puede quedarse aquí, y tú tampoco. La estufa es el único lugar seguro. —Puso la mano en el hombro de su hermano pequeño—. ¿De verdad te sientes capaz?

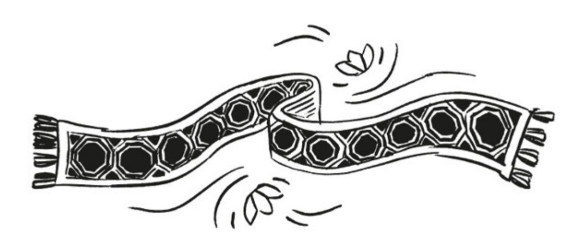
Corvin asintió.

—Estoy bien. Hasta ahora —dijo, y antes de que Diciembre pudiera impedirlo, se desvaneció y empezó a flotar en dirección a la puerta.

Diciembre se quedó a solas con Ovest.

—Y entretanto, ¿yo qué hago?

Entretanto



En uno de los números del espectáculo de magia, el Gran Ju partía en dos a Diciembre, la escondía en una caja con ruedas y solo mostraba al público su graciosa carita con unos rombos pintados en las mejillas o las piernas embutidas en unos leotardos a rayas.

En aquel momento, con la cabeza metida en el armario de los juguetes y la cola del vestido atascada entre las puertas, Diciembre se sentía exactamente como entonces: partida por la mitad.

—No quiero esconderme aquí dentro —protestó la mitad superior de Diciembre.

—¿Y si entra Vespero? —replicó Ovest a la mitad inferior. Sostenía la cola del vestido de Diciembre entre los brazos y empujaba para tratar de ayudarla a entrar en el armario, pero el peso de la muselina lo hizo tambalearse. Cuantos más velos recogía, más volantes se le escapaban de las manos.

—Podrías luchar contra él y vencerlo.

—Ya te lo he dicho, nadie puede vencer a Vespero. Además, he tardado mucho tiempo en ganarme su confianza, ahora no puedo estropearlo tod… Oye, ¿cuántas faldas tiene este vestido?

—No mires —exclamó Diciembre. Con una mano sostenía los volantes en las caderas y con la otra, intentaba alisar los velos

abombados de delante.

—No voy a mirar. No, no y no. De hecho, me arrepiento de haber echado un vistazo la primera vez, cuando te robé el fuelle.

—¿Qué has dicho? ¡Descarado! —Diciembre se puso de lado, envolviéndose en las faldas como una manzana en caramelo. Ovest aprovechó para lanzar la última capa de muselina al interior del armario y cerrar la puerta tras de sí.

—Era broma, de verdad —dijo mientras giraba el tirador—. No te enfades —añadió mientras ella se dejaba caer para sentarse y apoyaba la espalda contra la pared del armario.

El interior olía a galletas tostadas y estaba lleno de juguetes rotos y animales de peluche quemados y mutilados. Diciembre se hundió entre las faldas para acomodarse en el fondo, donde encontró una oreja de conejo, que también podía ser una trompa de elefante o una pata deformada de oso.

Al otro lado de la puerta oía el tictac del reloj, los gemidos de la leña crepitando en el fuego y la impaciencia de Ovest rascando el suelo con las botas y tamborileando con los dedos en el mango curvado del atizador.

—¿Estás preocupado por Corvin? —preguntó Diciembre, y su voz retumbó entre las paredes de madera.

—Es un niño muy valiente. Volverá enseguida —dijo él.

—Intenta ser como tú.

—¿Como yo?

—Fuiste muy valiente al unirte a los Perforahollines.

—Pinchapolvos —precisó Ovest—. Solo quería ayudar a mi familia. Era lo único que podía hacer.

—Porque naciste sin poderes… —Diciembre se mordió el labio, y se acordó del niño que en el retrato parecía infeliz—. Perdona.

—No, no tienes por qué pedir perdón. ¿Has visto a los del Clan de Luna? Todos tan grises y malhumorados. Me gusta pensar que al nacer me cambiaron los poderes por el sentido del humor. —Ovest se aclaró la garganta—. También tú fuiste muy valiente al venir aquí a trabajar para el Hombre del Saco.

—Mister Moonro es muy amable —dijo Diciembre jugueteando nerviosa con los bordes de la falda. No podía admitir que a veces también le daba un poco de miedo—. ¿Por qué los Cortahumos lo odian tanto?

—Pinchapolvos —suspiró Ovest—. ¿Tú qué crees? Le tienen miedo.

—Pero su trabajo es asustar a los niños.

—Bueno, digamos que ellos nunca han superado sus miedos.

Diciembre se acurrucó en la nube de muselina, alargó los brazos, inclinó el pecho hacia delante y alcanzó a abrazarse las rodillas. Pensó en Corvin, en la manera irreverente e irrespetuosa que tenía de enfrentarse a ella. Tras el incidente con el bastidor de bordado había dejado de infravalorarla, muy al contrario, la había hecho sentir como una adversaria temible, una niñera autoritaria. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿No tendría que haber regresado ya?

—No soy valiente —dijo Diciembre revol-

viéndose entre los volantes e impulsando la voz entre las rendijas del armario.

—¿Cómo?

—Estoy aquí por casualidad. Ni siquiera tengo experiencia como niñera.

—Ah…

—Si no hubiera provocado a Corvin en la cena, él no habría caído en la trampa de Vespero. Fui yo quien lo dejó salir del escondite de la estufa, lo convencí de entrar en la lámpara aunque fuera peligroso y ahora acabo de infringir la regla número uno de las niñeras.

—¿Y cuál es esa regla?

—No perder de vista al niño en ningún momento.

En ese momento, oyó un ruido extraño... Algo parecido al muelle de un juguete al que se ha dado cuerda, el resoplido de una locomotora de latón, el sollozo de un violín o el redoble sordo de un tambor...

—¿No te estarás riendo?

—No, no —dijo Ovest, pero ella comprendió que se había tapado la cara con la bufanda para sofocar la risa.

—¡Claro que sí! ¡Te estoy oyendo!

Ovest dio un profundo suspiro.

—Mira, nunca he leído ningún manual de la buena niñera, pero sé bien lo que significa cuidar de alguien, y tú has hecho un buen trabajo con ese vendaje.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella estu-

pefacta.

—Él nunca habría sido capaz de hacerlo solo.

—Sí, yo también me sorprendí cuando me dio las gracias. Era la primera vez que…

La puerta del armario se abrió de golpe y Diciembre rodó hacia fuera para aterrizar en el suelo, bocarriba, con la vaporosa falda encima de la cabeza.

Ovest la miraba desde arriba. Incluso las pecas de la cara habían palidecido, y tenía los ojos muy abiertos y una voz entrecortada que le hizo pensar en lo peor. ¿Los Pinchapolvos los habían encontrado? ¿Habían encontrado el fuelle? ¿Habían encontrado a Corvin?

—¿Te dio las gracias? —repitió Ovest. Parecía conmocionado—. ¿Estás segura de que no fue un gruñido, algo así como un «grrrrrr»?

—No, estoy segura —dijo Diciembre confusa—. Fue un «gracias» de verdad.

Ovest empezó a mesarse una barba inexistente, igual que hacían mister Moonro y Corvin cuando reflexionaban sobre cuestiones importantes.

—A mí nunca me ha dado las gracias, ni una vez en toda mi vida. Ni siquiera cuando se quedó atascado en la chimenea y tuve que subirme al tejado para echarle un cubo de gelatina… Gracias a mí, papá no lo descubrió. Pequeño ingrato…

—Eso quiere decir que nos ha mentido, que el dolor en el pie es insoportable, y que debemos ir a buscarlo ahora mismo —suspiró Diciembre—. Pero ¿qué haremos si nos encontramos con los Pinchapolvos?

—Se llaman… Eh, esta vez has acertado.

—A veces tardo un poco, pero al final aprendo. Entonces, ¿qué haremos si nos los encon-

tramos?

—Espero que podamos salir victoriosos —suspiró Ovest, se subió la capucha y desenvainó el atizador negro como el carbón.

Procedieron del siguiente modo: Diciembre se deslizaba de puntillas por los pasillos con la lámpara de aceite apretada contra el pecho. Delante de ella iba Ovest hecho un manojo de nervios, y de los ojos negros solo se veían dos finas ranuras. De vez en cuando, él le hacía señas para pegarse a la pared, miraba tras las esquinas para asegurarse de que no venía nadie, y entonces agitaba la mano para que avanzara tras él.

—No conozco esta parte de la casa —susurró ella.

—Chist —dijo él. Diciembre no supo decir si aquello había sido un susurro de reproche o el frufrú de alguna costura al desgarrarse. Ya tenía un descosido en el hombro y otro en la rodilla, la suela de los

botines despegada y los cordones desgastados y llenos de nudos. Pese a todo, avanzaba por los pasillos llena de orgullo.

De repente se detuvo al notar que alguien le tiraba de la falda. Se dio la vuelta con el corazón en la garganta y suspiró aliviada al comprobar que la falda se había enganchado en el tirador de un cajón. Tuvo que arrancarse un trozo de volante para poder liberarse, y cuando al fin lo consiguió y se dio la vuelta, Ovest ya no estaba.

—¡Ovest! —llamó con un hilo de voz.

Los pasillos estaban envueltos en penumbra y los candelabros proyectaban rayos de luz entre los paneles de madera oscura, a lo largo de las alfombras y en los botines de Diciembre.

No sabía dónde dirigirse. No sabía qué hacer. Quizá lo mejor era volver atrás y esconderse en el armario de los juguetes rotos. O tal vez buscar las escaleras y, de ahí, llegar a su habitación. O esperar a Corvin y Ovest en el escondite de la estufa. O quizá encontrarse con un Pinchapolvo y morir en el enfrentamiento.

Dio un paso vacilante y luego otro. Cuando ya pensaba en meterse en la primera habitación que encontrara vacía y quedarse ahí hasta el amanecer, Ovest se le apareció de frente. Diciembre se acercó a tientas para sumergirse en sus ojos negros y su sonrisa aliviada.

—Por fin te encuentro. No te separes de mí —dijo él, y la tomó de la mano.

Diciembre había dado la mano a varios chicos: cuando la agarraban para subirla al columpio y la mecían adelante y atrás, cuando la sacaban del agua después de saltar desde el trampolín junto a una monita en traje de baño, o incluso cuando le daban un puñado de migas de pan de jengibre del fondo de la bolsa. Pensó que esta vez la sensación no sería muy distinta.

Sin embargo, sí que lo fue, porque empezó a sentir los fuertes latidos del corazón y un extraño hormigueo en los dedos. Se dijo que era normal, pues estaba aterrorizada por la perspectiva de toparse con Vespero y preocupada por Corvin. Corría el peligro de

morir y de perder el trabajo.

—¿Por qué vais de la mano? —graznó una voz insolente desde arriba.

—¡Corvin!

Una maraña de pelo negro surgió del último anaquel de una estantería arrimada a la pared del pasillo.

—¿Qué haces ahí arriba?

—Me he quedado atascado.

—Voy a por un cubo de gelatina —dijo Ovest haciendo amago de alejarse.

—Ahora no es momento para bromas —lo regañó Diciembre—. Corvin, voy a sacarte de ahí.

—Pero… ¿qué dices? Haría falta una escalera… —Antes de que Ovest terminara la frase, Diciembre se recogió la falda y saltó de un candelabro a otro de la pared como si fueran peldaños de una escalera, llevando consigo la lámpara de aceite. En un instante alcanzó el techo.

—¡Corvin! Menos mal que estás bien.

—No me toques —gruñó él arqueando la espalda para evitar la mano de Diciembre. A continuación, la voz se le suavizó un poco para añadir—: Te quemarías porque he ido saltando por los candelabros, pero ya no podía más. —Le salía humo de las orejas y el cuello de la camisa se le había reducido a una tira de tela humeante.

—¿Por culpa del pie?

—¡Por culpa tuya! No me hiciste bien el vendaje.

Diciembre soltó un suspiro de resignación, rescató de un rincón de su mente el tímido «gracias» que Corvin le había dado y se lo metió en un bolsillo de la memoria.

—Venga, bajad. —La voz de Ovest les llegó desde abajo.

—¿Por qué ibais de la mano? —volvió a preguntar Corvin.

Diciembre empezó a juguetear con las cintas de las trenzas, atormentándolas: les daba tirones, se las ponía detrás de las orejas y trataba de mezclarlas entre los mechones de pelo.

—Es que me había perdido, y…

Corvin hizo una mueca y entrecerró los ojos gris azulado.

—Diciembre, tengo que decirte algo.

Entonces se oyó otra voz desde abajo, y esta vez no era la de Ovest. Era una voz áspera, acompañada de unos pasos turbios y del chirrido de una punta metálica que arañaba las paredes.

—Ya me lo dirás después. Ahora tenemos que darnos prisa —instó Diciembre, y, con una seña, le indicó que entrara en la lámpara.

Los ojos de Corvin se tiñeron de rojo. Arrugó la nariz, frunció el ceño, agarró la pantalla con la mano y deslizó el cuerpo hacia el interior. Diciembre emprendió el descenso, deshaciendo el camino de candelabros que había utilizado para subir.

—¡Por aquí, rápido! —dijo Ovest abriendo paso.

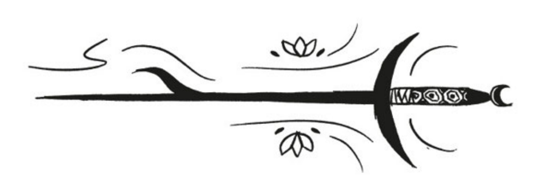
Cuando Diciembre dobló la esquina, se estampó contra… Al principio creyó que era un gran armario lleno de picaportes y cajones, pero luego se dio cuenta de que era un tórax desmesurado tachonado de parches y botones. El impacto fue tan violento que le zumbaron los oídos.

—De esta me encargo yo —dijo Vespero arrebatándole la lámpara de las manos. Corvin trató de huir, pero Vespero se lo impidió tapando la pantalla con el medallón que le colgaba del atizador.

Diciembre embistió hacia delante, pero alguien la agarró por el brazo, se lo retorció y lo apretó contra la espalda. Mezzodì se había liberado; ahora llevaba la ristra de pañuelos alrededor del cuello como una bufanda y tenía una expresión divertida en la cara.

Diciembre esperó a que el atizador negro de Ovest se precipitara en su ayuda, pero, cuando se volvió hacia atrás, el pasillo estaba desierto. Ovest había desaparecido de nuevo, y Diciembre estaba segura de que esta vez no volvería.

En el lío



—Brrr… Aquí se congela uno —se quejó Mezzodì ajustándose la chaqueta raída—. Como si el lugar no hiciera temblar ya de por sí. —Se movía con cautela por la biblioteca, apuntando a los vertiginosos estantes atestados de objetos llenos de aristas.

Al igual que el día de la entrevista, Diciembre estaba sentada en el sofá tapizado en forma de medialuna junto a la chimenea apagada, con los hombros rígidos y las rodillas muy juntas. Frente a ella, Vespero ocupaba el sillón de mister Moonro con aire satisfecho. Hacía rodar el atizador contra los bordes de una mesilla dorada sobre la que reposaban una tacita vacía, un corazón de manzana, un poco de queso ahumado y la lámpara de aceite.

—Anda, mira el mocoso ahí dentro —ex-

clamó Mezzodì pegando la cara al vidrio de la lámpara. Una bolita de humo volaba de un lado a otro de la lámpara, deshaciéndose en pequeñas volutas en torno a la llama.

Corvin trataba de liberarse, pero el medallón que tapaba la pantalla se lo impedía. Debía de estar hecho con la misma aleación de metales que el atizador dorado y los utensilios de la chimenea, esos que neutralizaban los poderes del Clan de Luna.

—He cometido un error esta noche —dijo Vespero acariciándose el mentón moteado de cicatrices blancas… ¿O tal vez era vello rubio? Imposible distinguirlo—. Anda, Mezzodì, dile cuál es.

Mezzodì dejó de deambular por la biblioteca y se acercó al sillón. Plantó el codo en el respaldo del asiento y empezó a juguetear con la ristra de pañuelos.

—Deberíamos haberla matado desde el principio.

Vespero esbozó una media sonrisa, sin reprochar a Mezzodì sus palabras, y sin negar que él había tenido la misma idea.

—Yo pensé que nadie respondería al anuncio del periódico, pero tú lo hiciste, miss Diciembre. Debes de estar desesperada, o quizá es que eres tonta, para fiarte del Hombre del Saco.

El humo de la lámpara palpitaba sin dejar de retorcerse entre las paredes de cristal.

—Mister Moonro es una buena persona —replicó Diciembre. Pensó que tal vez si hablaba de él a Vespero, de sus buenos modales y sus buenas intenciones, quizá este cambiaría de idea y liberaría a Corvin—. No hace daño a nadie, solo un poco de teatro: portazos, sombras en la pared… Solo da un poco de miedo. Sí, eso es.

—¡Pues yo voy a matar el miedo! —gritó Vespero. Se puso en pie de un salto y golpeó la mesilla dorada con la mano, arrojando al suelo el corazón de la manzana. Mezzodì lo recogió, se lo frotó contra el codo y empezó a mordis-

quearlo.

—A partir de esta noche, los niños ya no temblarán en la cama —prosiguió Vespero—. Y de adultos, sin el miedo a que los frenen, serán capaces de llevar a cabo grandiosas hazañas.

Diciembre vaciló un instante. Se estrujó la falda y se aferró a la imagen que tenía en la mente de mister Moonro con su traje azul, su mirada plácida y su sonrisa de medialuna. Luego la imagen se desvaneció, y el Hombre del Saco se adueñó de sus fantasías. Barría las llamas de las chimeneas y poblaba la estancia de tinieblas: extendía alfombras de penumbra a los pies de las camas y colgaba cortinas de humo en las ventanas. Quizá Vespero tuviera razón. ¿Quién era ella para defender a mister Moonro, si también le tenía

miedo?

De repente, Corvin dejó de girar y, como una pluma rizada, se posó en el fondo de la pantalla. Diciembre se levantó decidida.

—Sucederá lo contrario —dijo sin ningún temor—. Los niños siempre tendrán miedo; si no de la sombra en la pared, de su propia sombra.

Vespero frunció el ceño.

—No sé de qué me hablas.

Sin embargo, en ese momento ella recordó el día de su llegada a la casa, cuando descubrió que su nuevo jefe era el Hombre del Saco.

—Siempre debe haber un miedo, un miedo grande que vuelva insignificantes todos los demás. —Eso mismo le había dicho mister Moonro entonces.

—Está claro que ese monstruo te ha lavado el cerebro —dijo Vespero.

Diciembre negó con la cabeza, cada vez más decidida. Al fin y al cabo, había prendido fuego a las cortinas de la cama de Corvin y se había enfrentado a Mezzodì armada únicamente con una ristra de pañuelos.

—Esta noche, el miedo a perder a Corvin es lo que me infunde valor.

—¡Ya basta! —bramó Vespero, y blandió el atizador dorado en el aire, hasta casi rozar la punta de la nariz de Diciembre.

En ese momento, las enormes puertas de la biblioteca se abrieron y Ovest entró corriendo en la sala.

—Hombre, Ernie, qué alegría —lo acogió Vespero extendiendo los brazos hacia él. A continuación se aflojó la corbata descolorida y recobró su aire sosegado—. ¿Dónde te habías escondido, hijo?

Diciembre se preguntaba lo mismo.

—Fui a registrar la cocina… —replicó Ovest. La capucha iba golpeándolo de un lado a otro de la espalda, y llevaba la bufanda enrollada al cuello, dejando las pecas a la vista.

Vespero lo miró esperanzado, pero Ovest sacudió la cabeza.

—No he encontrado el fuelle.

—No importa, no busques más…

—Bueno, entonces nos vamos…

—… porque miss Diciembre lo encontrará por nosotros.

—¿QUÉ? —exclamaron Ovest y Diciembre a coro.

Vespero volvió a desplomarse en el sillón, que emitió un peligroso crujido.

—Parece que miss Diciembre se ha tomado su nuevo trabajo muy en serio —prosiguió agitando una mano alrededor de la lámpara y proyectando sombras deformadas sobre la mesa y el resto de la sala —. Me pregunto cómo podrás seguir cuidando al mocoso si el mocoso desaparece para siempre. —E imitó el gesto de una explosión con los dedos callosos.

Diciembre tragó saliva y comprobó horrorizada que el humo de la lámpara no dejaba de palidecer. Las volutas eran finas y estaban muy dispersas, como semillas de diente de león. Corvin no podría resistir mucho más.

—Claro que si nos consigues el fuelle, mataremos al Hombre del Saco y perderás el trabajo de todas formas. Eso se llama… Dile cómo se llama, Mezzodì.

Mezzodì escupió una serie de murmullos incomprensibles con varios trocitos de manzana.

—¡Un bonito dilema!

—Exacto. Es justo eso, un bonito dilema…, ¿verdad, miss Diciembre?

Desesperada, Diciembre buscó la mirada de Ovest, que tenía la vista clavada en la lámpara y apretaba con fuerza el mango del atizador. Esperaba que reaccionara al ver a su hermano en ese estado, que desenvainara el arma para luchar contra los Pinchapolvos. A la mínima señal, ella liberaría a Corvin y pelearía a su lado.

—Bueno, voy a ofrecerte una tercera opción. —Vespero sacó brillo a la varita dorada del atizador con el dedo pulgar, sin dignarse a mirarla a los ojos—. Puedes largarte, si quieres.

—¿Cómo?

El hombre hizo una mueca y las cicatrices de debajo de la barbilla se le marcaron aún más.

—Has oído bien: eres libre de marcharte, encontrar otro trabajo y olvidarte del Hombre del Saco. Puedo darte un tiempo para pensártelo, pero no mucho… —concluyó pegando la nariz al vidrio de la lámpara—. No sé cuánto resistirá el mocoso ahí dentro.

Diciembre se levantó y, derrotada, se encaminó hacia la puerta.

—Se me olvidaba —la detuvo Vespero—. Ernest te vigilará de cerca. No queremos que te marches sin despedirte.

Diciembre lanzó a Ovest una mirada cargada de odio, y luego ambos salieron de la biblioteca mientras las risotadas de Vespero resonaban a sus espaldas.

Diciembre apretó el paso. Ovest la seguía de cerca dando saltitos.

Cuando ya estaban lo bastante alejados de la biblioteca, halló el valor para ponerse a su lado.

—¿Estás enfadada? —le preguntó, tratando de descifrar la expresión de su rostro—. ¿Concentrada? ¿Preocupada? ¿No estarás hambrienta? —Empezó a rebuscar en los bolsillos agujereados de los pantalones—. Debo de tener un caramelo en algún sitio.

Diciembre se paró en seco. Intentó imitar la mueca de decepción

que ponía miss Malhoney cuando Corvin entraba en la cocina sin permiso y mordisqueaba las galletas antes de que salieran del horno.

—¿Es que todo es una broma para ti? ¿Infiltrarte en los Pinchapolvos, poner en peligro a tu hermano…?

Ovest continuaba hurgando en los bolsillos, confundiendo los desgarros y los parches descosidos con bolsillos en los que hundía los dedos.

—Lo digo en serio, estás pálida. Ha sido una noche muy dura, necesitas azúcar.

—Devuélveme el fuelle —dijo Diciembre, y se plantó frente a él con gesto resuelto. No había alternativa: tenía que sacar a Corvin de aquella lámpara lo antes posible.

Ovest dejó de rebuscar en los pantalones y levantó la vista, desanimado.

—Si te lo doy, lo usarán contra mi padre.

Diciembre no se rindió.

—Mister Moonro es muy poderoso. Una vez alargó el brazo y el codo se le evaporó. Podría vencerlos. Al fin y al cabo, es el Hombre del Saco.

—Si los Pinchapolvos usan el fuelle contra él, se convertirá en un hombre normal y corriente, y no hay esperanza de vencer contra un espadachín como Vespero. Sin sus poderes no podrá luchar, ni siquiera huir o esconderse. ¿Quieres entregar el fuelle a ese loco? ¿Acaso crees que así se calmaría? Ya te digo yo que no. Condenarías no solo a mi padre, sino también a Corvin y al Clan de Luna entero.

Ovest se había puesto muy serio. Ni una sola nota divertida salía ya de su voz.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

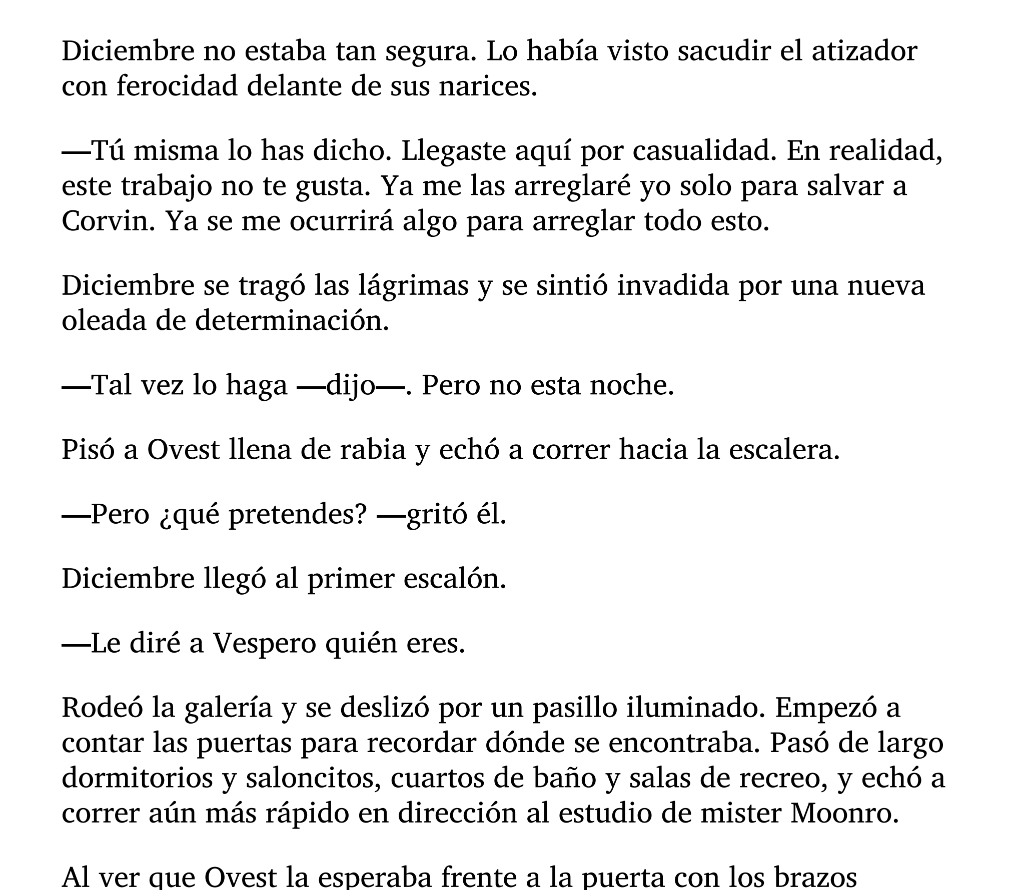
El chico se le acercó, le puso una mano en el hombro y la acarició

con dulzura. Diciembre sintió como enrojecía.

—Deberías irte.

—¿Cómo?

—Vespero odia al Clan de Luna, pero no haría daño a una chica como tú.



Diciembre no estaba tan segura. Lo había visto sacudir el atizador con ferocidad delante de sus narices.

—Tú misma lo has dicho. Llegaste aquí por casualidad. En realidad, este trabajo no te gusta. Ya me las arreglaré yo solo para salvar a Corvin. Ya se me ocurrirá algo para arreglar todo esto.

Diciembre se tragó las lágrimas y se sintió invadida por una nueva oleada de determinación.

—Tal vez lo haga —dijo—. Pero no esta noche.

Pisó a Ovest llena de rabia y echó a correr hacia la escalera.

—Pero ¿qué pretendes? —gritó él.

Diciembre llegó al primer escalón.

—Le diré a Vespero quién eres.

Rodeó la galería y se deslizó por un pasillo iluminado. Empezó a contar las puertas para recordar dónde se encontraba. Pasó de largo dormitorios y saloncitos, cuartos de baño y salas de recreo, y echó a correr aún más rápido en dirección al estudio de mister Moonro.

Al ver que Ovest la esperaba frente a la puerta con los brazos cruzados y la espalda apoyada en el marco, se quedó horrorizada. Claro que él era más alto que ella y quizá más ágil, y no llevaba un vestido voluminoso e incómodo como el suyo, pero… ¿cómo había logrado llegar antes que ella? Se dio la vuelta y echó a correr en dirección opuesta.

—¡Espera! —gritó Ovest.

—¿Me darás el fuelle?

—Ni hablar.

Diciembre siguió corriendo. Afuera, el viento golpeaba las ventanas, ululaba en el bosque, gemía a través de las persianas y silbaba en los canalones. Era un silbido largo y tenebroso que la perseguía allá donde iba.

Rodeó la galería para enfilar otro pasillo muy estrecho, que recorrió hasta llegar a una escalera de madera sumida en la oscuridad. Saltó los peldaños de dos en dos, y al fondo entrevió un mechón pelirrojo e impaciente.

—¿Y el fuelle? —probó Diciembre.

—Olvídate de él.

Regresó al primer piso. Atravesó un oscuro pasillo a tientas, donde encontró el cuarto de juegos de Corvin y el trenecito volcado sobre la alfombra. Ovest estaba allí. Por muy rápida y silenciosa que fuera, siempre estaba esperándola apoyado en la pared con los brazos cruzados, sentado con las piernas encogidas en la alfombra o acurrucado en los escalones. Diciembre se topaba con él cada vez que intentaba huir, y él seguía negándose a devolverle el fuelle.

—¿Cómo lo haces? —preguntó sin aliento al encontrarlo sentado en la barandilla de la galería—. ¿Cómo llegas tan rápido?

Ovest se encogió de hombros y tamborileó con los dedos en el pasamanos.

—No olvides que esta es mi casa —dijo con una plácida sonrisa.

—No, ya no —siseó Diciembre.

Ovest alzó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Diciembre clavó la mirada en sus ojos oscuros y respondió:

—Yo no haré como tú. No me iré.

Ovest sonrió.

—Desde luego, miss Diciembre, eres muy valiente. Valiente de verdad.

—Ya estás otra vez… ¡Todo te lo tomas a broma!

—No, no —aseguró él, agitando las manos delante de la cara—. No te niego que me gusta bromear…. Bueno, quizá porque yo mismo soy una broma de la naturaleza. —Y pronunció las últimas palabras con un hilo de voz y un deje de melancolía.

—¿Qué quieres decir?

—Déjalo, es igual. Tienes razón, debemos salvar a Corvin. —Bajó de la barandilla de un salto—. Ven conmigo. Te enseñaré dónde he escondido el fuelle.

Diciembre se sintió aliviada, llena de esperanza y gratitud mientras Ovest la guiaba por un corto pasillo hasta llegar al cuarto donde miss Malhoney guardaba la ropa de cama limpia.

—¿Aquí? —preguntó Diciembre asomando la cabeza por el umbral.

Ovest se rascó la cabeza.

—De niño siempre me llenaba los bolsillos de trozos de tarta y los escondía ahí dentro. Ay, las tartas de miss Malhoney son las mejores del mundo.

Diciembre abrió unos ojos como platos y aflojó la mandíbula con una sonrisa de asombro.

—¿Dónde exactamente? —preguntó entrando en el cuartito.

—Ahí arriba, ¿ves ese estante que se tambalea? Se mueve y abre un escondite detrás de la pared.

Diciembre tiró fuerte del estante, que tembló sin llegar a moverse.

—No consigo abrirlo.

—Perdona —dijo Ovest. Estaba de pie en el umbral agarrando con fuerza el picaporte—. En realidad, es otra broma —dijo encogiéndose de hombros, y cerró la puerta.

—¡No! —Diciembre se precipitó hacia el picaporte y, con ambas manos, intentó abrirlo. Imposible, la puerta estaba cerrada con llave. Empezó a golpear las bisagras, arañó y pateó la puerta y le dio empujones y codazos.

—¡Ovest! ¡Ovest, por favor, déjame salir!

Al final se rindió y bajó la vista hacia el suelo donde, entre la punta de su zapato y la rendija de la puerta, vio un caramelo.

En la bañera



El cuartito no era tan amplio como el escondite de la estufa ni tan estrecho como el armario de los juguetes. Diciembre inspeccionó cada uno de los rincones, saqueó los estantes, rebuscó entre los delantales llenos de lazos y volantes, los gorros limpios, las colchas de retales bordados en forma de luna, las toallas mullidas y las sábanas apiladas. Entre la ropa vio los suaves saquitos perfumados que había cosido junto a miss Malhoney. Sin embargo, en ninguna parte pudo encontrar algo afilado con lo que forzar la cerradura.

Desanimada, se llevó una mano a la cabeza. Se hundió los dedos en el pelo arremolinado, se acarició los largos cabellos trenzados y retorcidos alrededor de las orejas con… ¡horquillas! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Se soltó el pelo, y los mechones rizados le cayeron en cascada sobre los hombros. Introdujo una horquilla en el ojo de la cerradura y empezó a sacudirla como la hoja de una llave, pero la horquilla se dobló. Diciembre la arrojó al suelo y probó con otra, y luego otra más, hasta que a sus pies se formó un montoncito de horquillas negras y retorcidas como cerillas consumidas.

Se desplomó sobre un revoltijo de sábanas perfumadas, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Sintió algo pegajoso bajo el pie y, al incorporarse, vio que el caramelo que le había dejado Ovest estaba medio abierto.

Cómo se había dejado engañar… Ovest era uno de ellos, uno de esos horribles Pinchapolvos que odiaban al Clan de Luna. Se preguntó cómo debía sentirse por ser el único sin poderes en la familia. El único incapaz de hacer lo que para un Moonro resulta lo más natural del mundo, y que Corvin hacía desde bebé. Seguro que se sentía excluido, herido, humillado… Debía de odiar a su hermano pequeño, que le había usurpado el puesto de heredero del clan, y a su padre, que nunca lo había querido de verdad. Ovest se había convertido en un Pinchapolvo, un espadachín al servicio de un loco idealista que tenía miedo del miedo. ¿Y Corvin? ¿Cómo reaccionaría al descubrir lo que su hermano tramaba para destruir a la familia? Bueno, si lograba salir de la lámpara.

Diciembre se puso en pie de un salto. Limpió el caramelo pegajoso y se quedó con el envoltorio de papel grueso y brillante. Entonces recordó las palabras de mister Moonro al rescatarla en el tejado. No solo había que dar pasos muy ruidosos para acercarse a Corvin, sino que, además, debía armar un gran alboroto para permanecer a su lado.

Alisó el envoltorio con las manos, lo aplastó con el codo hasta obtener un rectángulo sólido y lo deslizó por la rendija del marco.

Oyó un chasquido y la puerta se abrió. Diciembre se precipitó fuera del cuarto, en dirección a las escaleras, para llegar lo antes posible a la biblioteca. Sin embargo, lo pensó un instante y cambió de idea: antes tenía que hacer otra cosa.

Diciembre se había criado en el circo. Aunque dio sus primeros pasos bajo la carpa, le costó mucho descubrir su especialidad. Se entrenó como acróbata, equilibrista y trapecista, y también aprendió algunos trucos de magia y malabares, pero siempre se caía, como los bolos y las pelotas que intentaba manejar en el aire. Durante los ensayos, tropezaba, y no solo en el número que tenía

junto al payaso. Tropezaba, pero no le importaba. Cada vez que se equivocaba, volvía a intentarlo.

Cuando el circo cerró, sus amigos se desperdigaron por el mundo y ella se quedó en Tremore. También allí trató de hacer de todo sin que nada le saliera bien. La diferencia era que entonces no había podido volver a intentarlo, puesto que al primer error siempre la despedían. Mister Moonro era el primero en haberle concedido una segunda oportunidad.

Diciembre no quería desaprovecharla, no quería irse, no quería buscar otro trabajo y, sobre todo, no quería abandonar a Corvin.

Se acercó a la biblioteca, pegó la oreja a la puerta y se asomó por las ventanas de panales de abeja.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Vespero en ese momento.

—Se ha ido —respondió Ovest—. No tenía ni idea de dónde estaba el fuelle. Pronto amanecerá, debemos irnos antes de que llegue el Hombre del Saco. Ahora tenemos al niño.

Antes de que Vespero pudiera responder, Diciembre abrió las puertas de la biblioteca y entró con la cabeza bien alta.

—Estoy aquí.

—Ah, miss Diciembre, has cambiado de opinión… —dijo Vespero a modo de recibimiento, y con un único gesto de la mano se acarició la cabeza y el chaleco de raso remendado—. Han pasado… Mezzodì, dile cuántos minutos han pasado.

—Demasiados —gruñó este sorbiéndose la nariz.

—Por desgracia, Mezzodì tiene razón, miss Diciembre. Ya es demasiado tarde.

—Yo creo que no —dijo Diciembre tras reparar en la lámpara de la mesilla dorada. El medallón brillante sobre la pantalla de cristal contrastaba con las volutas opacas del interior.

—Entonces, ¿me has traído el fuelle?

—No, pero he traído otra cosa.

Los ojos del hombre se iluminaron llenos de curiosidad, mientras los de Ovest se llenaban de consternación.

Diciembre se enderezó y sacó del bolsillo una esquina de madera lijada.

—No, por favor —murmuró Ovest con mirada suplicante.

Diciembre no se dejó enternecer y dio un paso adelante decidida.

—¿Lo reconoces? —dijo enseñando a Vespero el cuadro que había sacado del cajón del estudio de mister Moonro—. El chico a quien llamas Ernest te ha mentido. Su verdadero nombre es Ovest Owl Moonro, el hijo mayor del Hombre del Saco.

Sí, el niño pequeño con el ceño fruncido del cuadro coincidía a la perfección con el chico que andaba dando tumbos por la estancia con aire perdido.

Vespero arrebató el retrato a Diciembre y lo escudriñó con una mezcla de rabia e incredulidad.

—Te he enseñado a combatir… —dijo.

Tenía los ojos brillantes.

—Te he tratado como a un hijo…

Y el tono de su voz…

—¡Me he fiado de un monstruo!

En ese momento, saltó hacia Ovest como un relámpago y lo agarró por el cuello con la gigantesca mano.

Diciembre aprovechó el momento de confusión.

—¿Dónde crees que vas? —gritó Mezzodì impidiéndole el paso.

Diciembre saltó del sillón al sofá y del sofá al sillón tan rápido que Mezzodì no logró alcanzarla. Aterrizó junto a la mesita dorada

donde estaban abandonados los restos de la cena y recuperó la lámpara. Entonces notó unas ruedas debajo de las piernas. No era una mesa, sino un carrito portátil.

Lo empujó de una patada, y el carrito salió disparado en dirección a la ventana. Las ruedecitas se engancharon a las cortinas con dibujos de pinzones y petirrojos hasta arrancarlas de las anillas. Los tres Pinchapolvos desaparecieron entre el revoltijo de tela, como rodeados por una bandada de pájaros enloquecidos dispuestos a atacarlos y picotearlos.

Diciembre se precipitó hacia la puerta y, una vez fuera, bloqueó los picaportes con un viejo bastón que encontró en un paragüero. Quitó el medallón que impedía a Corvin salir, pero el humo, en lugar de salir de la lámpara, se quedó atrapado en el fondo.

—¡Corvin! —exclamó Diciembre—. ¡Corvin! ¿Por qué no sales?

Echó a correr escaleras arriba y, al tropezar con un peldaño, la lámpara se cayó y se rompió en mil pedazos. Una nube de humo salió disparada entre los añicos y empezó a rodar escalones abajo.

El humo se deshizo como un ovillo de lana y justo en el rellano entre dos tramos de escaleras, Corvin volvió a ser un niño de carne y hueso.

Estaba tendido inmóvil, inconsciente, con la piel brillante de aceite hirviendo y la ropa hecha jirones. Tenía la respiración muy débil, casi imperceptible.

Diciembre le puso la mano sobre la frente.

—¡Ay! —exclamó retirándola de inmediato. La piel de Corvin ardía —. ¡Corvin! —repitió—. Abre los ojos, Corvin, no puedo tocarte.

El niño no se movió. Le costaba respirar.

—Tranquilo, yo me ocupo de ti —susurró Diciembre, y lo levantó en brazos. En cuanto lo agarró de la muñeca, sintió un dolor insoportable. El calor le quemaba las manos y le escocía la piel. Diciembre apretó los dientes y empezó a subir las escaleras, tambaleándose bajo el peso del niño.

Cuando la cabeza de Corvin le cayó sobre el hombro, sintió como la manga del vestido se deshilachaba en contacto con la mejilla ardiente. Por fin llegaron al cuarto de baño, y pudo ponerlo en la bañera y echarle dos cubos de agua fría que miss Malhoney había preparado para el día siguiente.

Una oleada de vapor se elevó hasta el techo y una densa niebla blanca inundó el cuarto.

Corvin se hundió en el agua helada y luego resurgió para agarrarse al borde de la bañera.

—¡Diciembre! —exclamó mientras tomaba bocanadas alternas de aire y de agua—. ¡He sido yo!

—No pasa nada, tranquilízate. —Diciembre se arrancó un bajo del vestido, lo humedeció y se envolvió las manos en él.

—Cómo tienes las manos… —murmuró Corvin mirando la improvisada venda que revelaba unos destellos de piel desollada.

Diciembre las escondió tras la espalda.

—No es nada, lo importante es que estés a salvo.

—He sido yo —dijo Corvin bajando la mirada—. Yo robé el fuelle.

Diciembre abrió unos ojos enormes y dejó de anudarse los vendajes de las manos.

—Anda, venga. Has estado demasiado tiempo dentro de la lámpara y tienes la mente nublada. Fue Ovest quien me robó el fuelle.

—Yo se lo robé a él —confesó Corvin, con los ojos más azules que nunca.

—¿Cuándo?

—Como no quería devolvérnoslo, sospeché y me ofrecí a salir solo en reconocimiento para robárselo.

Oh, no.

Diciembre se dejó caer al suelo. Las heridas de las manos le latían como si la sangre le retumbara en los oídos.

Oh, no, no, no.

Se sintió inundada por una oleada de culpa. Ovest se había dado cuenta de que ya no tenía el fuelle y había intentado protegerla de la ira de los Pinchapolvos, primero convenciéndola para que abandonara la casa y luego encerrándola en el cuartito de la ropa limpia. Y ella no solo lo había traicionado revelando su identidad, sino que lo había dejado allí dentro, en la jaula de los tigres.

Se puso en pie de un salto.

—Tenemos que regresar. Tenemos que ayudar a Ovest.

Corvin la retuvo y se sumergió aún más en el agua helada de la bañera.

—Vespero sabe dónde está el fuelle —dijo en un susurro.

Diciembre lo miró incrédula.

—Me prometió que me liberaría. Lo siento… Estaba ahogándome.

Diciembre contempló los ojos azules brillantes de lágrimas, la mirada suplicante y desesperada, y se agachó junto a él.

—Soy yo quien debe pedirte perdón. Nunca debería haberte dejado solo, y esto no tiene nada que ver con esa estúpida regla de las niñeras.

Albergó la esperanza de que quizá el incidente con las cortinas habría dado a Ovest un poco de ventaja para huir al bosque y llegar a la sastrería de Murkus y Flinky en la ciudad. Ovest lo había arriesgado todo para impedir que Vespero se hiciera con el fuelle, y ahora Diciembre debía lograr que esos esfuerzos no fueran en vano.

—¿Dónde lo has escondido? —preguntó a Corvin.

Él sacó el pie de la bañera.

—Quería volver a la estufa, pero el dolor me impedía ir muy rápido, así que lo puse en el sitio más alto que se me ocurrió.

—La araña.

—Exacto.

A Vespero no le importaba nada la vida de Corvin: al decirle que ya era demasiado tarde, se refería al fuelle. En cuanto encontrara un modo de salir de la biblioteca, haría todo lo posible para apoderarse de él, destruyendo la casa si era necesario. Sin embargo, Vespero se equivocaba: no era demasiado tarde. Había algo que Diciembre podía hacer aún y, por suerte, era lo que mejor sabía hacer: saltar.

En la luz



Diciembre se asomó a la barandilla de la galería y miró la inmensa araña de cristal negro que colgaba del techo. Contempló los cuervos posados entre los brazos metálicos: las gemas rojas engarzadas como semillas de granada en las cabezas esculpidas y los picos naranjas abiertos y alargados como pétalos de tulipán. Allí estaba, en el centro del remolino de plumas y piedras brillantes: el mango de madera acampanado del fuelle.

—¿No querrás saltar ahí de verdad? —dijo Corvin con la voz ronca y áspera como si se hubiera tragado una bolsa de ceniza.

—No tenemos elección —respondió Diciembre, y empezó a escalar.

Corvin la agarró de la falda.

—Subiré yo —dijo. Unos ricillos de humo empezaron a salirle por las orejas, brillando a la tenue luz de los candelabros, y luego palidecieron para desvanecerse en el aire.

—No consigo transformarme —reconoció por fin, desolado.

—¡Porque aún estás débil, no debes hacer esfuerzos!

—Pero está demasiado alto, incluso para ti. Si te cayeras…

—No me caeré —prometió Diciembre. Sintió como los dedos se le contraían bajo los vendajes, y vio las manchas rojas iluminadas en la piel que asomaba entre las vendas.

Se puso de pie sobre el pasamanos situado sobre el amplio vestíbulo, frente a las puertas que rodeaban la galería. Desde ahí, la enorme araña no parecía tan alta ni tan lejana. Dobló las rodillas.

—Diciembre… —repitió Corvin—. No saltes.

Sin embargo, Diciembre saltó, saltó y voló por encima del suelo a cuadros, las mesitas de nogal y las columnas de madera con incrustaciones, con la falda del vestido ondeando alrededor de las caderas y la cola batiendo por detrás. Alargó los dedos por encima de la cabeza y agarró un brazo de la lámpara, que crujió como si uno de los cuervos hubiera soltado un graznido y giró bajo las cadenas que lo sujetaban al techo.

En el instante en que tocó el metal con las manos, sintió una punzada de dolor. Apretó los dientes y se aferró aún más fuerte. Deslizó la mano entre los adornos florales, las alas desplegadas y las garras de hierro hasta alcanzar el mango de madera y tiró hacia sí. Detrás del mango surgió una tabla ovalada como la caja de una mandolina y una boquilla metálica parecida a una flauta. Empezó a oír una música triunfal en la cabeza. Lo había conseguido. Se había hecho con el fuelle.

Entonces oyó un estrépito terrible, como si algo se desplomara y la madera se partiera, y luego unos pasos pesados acercándose desde la puerta.

Diciembre lanzó el fuelle al otro lado de la barandilla, y Corvin lo atrapó al vuelo. Empezó a balancearse con cuidado para volver a saltar y trató de darse impulso, pero algo no iba bien. Sintió que los dedos se le ponían rígidos y la piel empezaba a agrietársele en las quemaduras.

Los pasos se hicieron más impacientes y cercanos.

—¡Date prisa! —chilló Corvin.

—¡Escóndete! —ordenó Diciembre.

Empezó a notar una picazón bajo los vendajes, como si los cuervos posados en el techo se agacharan a picotearle las manos. El dolor era tan intenso que tuvo que aflojar los dedos.

Era algo que le había sucedido muchas veces. No conseguía agarrar el columpio, el público se encogía de miedo y ella se caía. Se precipitaba en el vacío dando vueltas y vueltas hasta rebotar en la red de seguridad, haciendo unos pequeños agujeros al chocar con los brazos y las piernas. Esta vez, sin embargo, mientras los dedos se le deslizaban por el metal caliente, pensó que no habría ninguna red para sostenerla en la caída.

Todo ocurrió en un segundo.

Diciembre soltó la lámpara y, mientras se precipitaba en el vacío, vio a Ovest correr por la galería, entrelazar los dedos bajo la lengua y saltar por encima de la barandilla. Un silbido agudo y desesperado resonó en la casa mientras el cuerpo del chico se desmoronaba en el aire. Unas lenguas de fuego prendieron su pelo rojo, y unas volutas de humo espesas y lanudas agitaron su esbelta figura.

Ovest se transformó para convertirse en una mancha de humo, voló por el techo y oscureció la lámpara como una nube de tormenta. Diciembre se vio envuelta en una masa confusa y ululante. Le pareció sentir que un brazo le rodeaba la cintura y otro le agarraba la nuca. Cerró los ojos y se acurrucó en ese abrazo vertiginoso.

Aterrizó sobre el suelo frío del vestíbulo sin un solo rasguño. Ovest estaba de pie a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó mientras la ayudaba a levantarse—. ¿Se puede saber qué pretendías hacer? —añadió jadeando.

—Tie… Tienes poderes —balbuceó Diciembre.

Diciembre no podía dejar de mirarlo. En el fondo de los ojos negros le brillaba una luz roja, como la que incendiaba las pupilas de

Corvin cuando se transformaba, pero más tenue. Tenía el pelo color canela, húmedo y oscuro, como si el humo se lo hubiera manchado.

—¡Ovest, tienes poderes! —repitió Diciembre.

—No son como tú crees… —empezó él, pero Diciembre lo interrumpió.

—Estoy tan contenta de verte —dijo tragándose las lágrimas—. No sabía que Corvin te había quitado el fuelle. De haberlo sabido, nunca te habría dejado solo.

El chico enrojeció hasta la raíz de los cabellos, y su rostro recobró el aspecto de siempre.

—No importa, fue culpa mía. Debería… ¿cómo has dicho? ¿Que Corvin me quitó el fuelle? Yo creía que lo había perdido.

Vespero apareció blandiendo el atizador dorado y chasqueando la punta entre las baldosas de mármol.

—Entonces es cierto… —dijo con aire dis-

gustado.

En ese momento, Mezzodì atacó a Diciembre por la espalda, la agarró por las muñecas y le retorció los brazos en la espalda, amenazándola con el atizador plateado.

Esta vez, Ovest no huyó. Desenvainó el atizador negro, lo empuñó con ambas manos y dobló las rodillas, listo para atacar.

Vespero torció la boca en una mueca.

—Como Hombre del Saco no vales gran cosa. No das ningún miedo.

Ovest se lanzó hacia delante. A Vespero le bastó levantar el brazo y girar la muñeca para detener el golpe. Los atizadores chocaron con un chirrido metálico y una explosión de destellos dorados. Ovest volvió a atacar por todos los flancos con movimientos tan ágiles que el atizador parecía plegarse a su voluntad, rápido y sinuoso como el látigo de un domador.

En cambio, Vespero permanecía inmóvil, limitándose a detener los golpes del adversario y pasándose el atizador de una mano callosa a otra. Cuando al fin Ovest retrocedió para tomar aliento, él no se lo permitió: alargó el arma y asestó un golpe.

Diciembre sintió un escalofrío.

Con un torpe salto hacia atrás, Ovest evitó el primer golpe. No vio llegar el segundo. Ni el tercero. Vespero empleó el mango del atizador para darle un porrazo en la barbilla, y la afilada punta para herirlo en una pierna. Un hilo de sangre le asomó por la herida entre los remiendos del pantalón, y otro por el labio superior.

Ovest se tambaleó hasta caer de rodillas.

—Más le vale no levantarse —susurró Mezzodì al oído de Diciembre—. No puede ganar.

Ovest se levantó. Se limpió la sangre con la manga de la camisa y empuñó con fuerza el mango del atizador.

—Vamos a dejarlo aquí —dijo Vespero mirando el cuello del chico. Un destello dorado partió el aire en dos. Contra toda previsión, Ovest logró detenerlo. Logró detener cada golpe, estocada y bofetón de ese hombre con una fuerza de diez hombres.

—Te he enseñado bien —dijo Vespero, que no esperaba que el combate fuera a ponerlo a prueba de ese modo—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotros dos? Díselo tú, Mezzodì.

—¿El tamaño? —chilló el secuaz por encima del hombro de Diciembre.

Vespero negó con la cabeza.

—Tú eres uno de ellos. —Alzó el arma reluciente—. Y por eso todo esto te duele más que a mí. —Se apartó a un lado y clavó la punta del atizador en el hombro de Ovest.

Los gemidos de dolor del chico se mezclaron con el grito de Diciembre.

Vespero lo desarmó para agarrarlo por el hombro herido, arrastrándolo a los pies de la escalinata que conducía al primer piso.

—Corvin —llamó Vespero—. ¡Eh, Corvin! —Su voz atronadora llegó al techo e hizo temblar las cortinas—. Ven aquí, Corvin, ¿es que no vas a salvar a tu hermano?

—¡No le hagas caso! —gritó Ovest. Vespero lo sujetaba, obligándolo a mantener la cabeza gacha. Unos mechones rojizos le brillaron en el rostro como la sangre de las heridas.

—¡Corvin, Corvin, Corvin! —siguió llamando Vespero.

Pero el niño no apareció. Diciembre tenía la esperanza de que se hubiera escondido en la estufa o en cualquier otro sitio de la casa. O quizá había huido en la oscuridad del bosque, entre los abetos que ondeaban al viento.

Vespero no se rindió. Impaciente, dio un puntapié en el suelo y ordenó a Mezzodì:

—Tráeme a la chica.

Diciembre tensó los hombros, juntó las rodillas y apretó los talones contra el suelo, pero Mezzodì la levantó y la llevó junto a Ovest.

—Ni se te ocurra tocarla —dijo una vocecita aguda desde arriba. Corvin bajaba los últimos peldaños de la escalera dando saltos, con un solo pie, y arrastraba el otro, aún envuelto en la manga de la camisa. Avanzaba bajo la luz proyectada por la inmensa araña de cristal con el fuelle en la mano.

—Parece que la prefiere a ella. —Se rio Mezzodì dando una palmadita en el hombro de Ovest. Tuvo la decencia de no darle en el de la herida.

Vespero se agachó junto a Corvin, alargó la mano y se apoderó del fuelle.

—Gracias a los tres —dijo con un guiño—. Nunca lo habría conseguido si hubierais confiado los unos en los otros.

En el baúl



Ovest estaba acurrucado en un rincón de la cocina con las muñecas atadas, y el atizador negro posado sobre el hombro lo tenía inmovilizado junto a la pared. Desde que lo capturaron, no había vuelto a levantar la vista del suelo. Corvin y Diciembre estaban atados espalda contra espalda, justo delante de él.

—Si seguís con vida es porque Vespero quiere tener público cuando mate al Hombre del Saco —dijo Mezzodì. Luego empezó a merodear dando brincos por la cocina, o lo que quedaba de ella, entre las puertas arañadas, los cajones revueltos, las cazuelas y los cucharones de cobre arrancados de los ganchos de las paredes… Rebuscó en la despensa entre los tarros de mermelada y sumergió los dedos en la gelatina para luego lamerse los restos.

—¿Por qué no usas tus poderes? —murmuró Corvin a su hermano, rompiendo el silencio de repente.

Diciembre inclinó la cabeza. Por encima del hombro, vio una maraña inquieta de rizos oscuros ondeando hacia Ovest. Corvin debía de estar furioso con su hermano porque le había escondido sus poderes durante tanto tiempo.

Ovest apenas levantó la vista, y luego se miró las puntas despegadas de las botas. También él parecía dolido. Corvin había fingido confiar en él para luego quitarle el fuelle a escondidas.

—No puedo.

—Tú tenías que ser el próximo Hombre del Saco. Te tocaba a ti estudiar con papá, practicar con el violín y esperar a que pasara el invierno. Pero te fuiste y yo me quedé aquí encerrado.

—Me he jugado la vida para volver, y estás muy equivocado. Nunca podría haber sido el próximo Hombre del Saco.

Diciembre sintió como Corvin se agitaba a sus espaldas.

—¡Pero si tienes poderes, te he visto!

—¡A CALLAR! —chilló Mezzodì desde el otro extremo de la cocina.

Ovest negó con la cabeza.

—Mis poderes no funcionan como los tuyos. —Se aseguró de que Mezzodì estuviera distraído untando una generosa capa de mermelada en una rebanada de pan duro y prosiguió—: Consigo evaporarme como los demás Moonro, pero solo cuando… —Hundió la cabeza en la bufanda, y de su rostro solo se adivinó una mirada llena de vergüenza—. Solo cuando silbo. Ya lo sé, es absurdo.

—No lo entiendo —dijo Corvin.

—Pues eso, ya te lo he dicho —suspiró Ovest—. Si quiero transformarme, tengo que dar un silbido, ya sea leve o agudo, corto o largo. Puedo silbar una canción o ponerme los dedos bajo la lengua, pero si no silbo, no me transformo. Es un problema grave, puesto que el Hombre del Saco no puede llamar la atención. —Dejó escapar una sonrisa amarga. De pronto, todo quedó muy claro. Por eso Ovest se había definido como «una broma de la naturaleza», y por eso lograba desplazarse tan rápido por la casa.

Antes de cada aparición de Ovest, Diciembre había creído oír el aullido del viento tras las ventanas o el crujido de las bisagras de la puerta. Ovest no había huido al encontrarse a Vespero en el pasillo,

sino que se había evaporado. Y no le había impedido llegar al estudio de mister Moonro porque conociera bien la casa, sino porque podía desvanecerse entre las grietas y atravesar las cerraduras como su hermano. Seguro que había escapado de la biblioteca del mismo modo después de que ella lo desenmascarara.

—¡Ah! —exclamó Diciembre repasando otros indicios en los recovecos de la memoria—. Entonces, ¿los dibujos de tu habitación son autorretratos? —Se refería a los garabatos de líneas borrosas colgados en las paredes del escondite—. ¡Y los pedidos para Murkus y Flinky eran para ti, no para Corvin y tu padre!

—¿Murkus y Flinky? ¿Se lo dijiste a ellos y no a mí? —preguntó Corvin indignado.

—No tuve elección. La ropa de papá me quedaba muy grande.

Hubo un breve instante de silencio, repleto del tintineo de los tarros de cristal, el crujido de las hojas secas bajo los zapatos de Mezzodì y el rechinar de dientes de Corvin, que debía de tener otra pregunta atascada en la garganta.

—¿Papá lo sabe? —dijo por fin.

—Estuve a punto de decírselo cuando era muy pequeño —respondió Ovest—. Pero entonces llegaste tú, y papá estaba tan feliz y orgulloso... ¿Qué habría podido decir a alguien como yo?

Diciembre imaginó a mister Moonro en el porche, a la luz del atardecer con la pipa entre los labios.

—Lo mismo que me dijo a mí —intervino—. Te habría dicho que eres un inútil, pero también un inútil puede hacer acrobacias.

Ovest se sonrojó y sacudió la cabeza tan fuerte que las pecas de la cara se le confundieron en una mancha borrosa.

—No sé cómo. Un Hombre del Saco debe ser furtivo y silencioso.

—Podrías camuflarte, por ejemplo. Creo que lo harías muy bien. Hay un montón de cosas que silban: los trenes, los barcos, las ruedas de los carros en los caminos… La risa de miss Malhoney.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Corvin. Y luego también están los pájaros, los insectos, el viento en los aleros de los tejados y los marcos de las ventanas…

—¡Y las teteras! —exclamó Corvin, y Diciembre asintió:

—Claro, las teteras también.

—¡Mira! —Corvin señaló con la cabeza a Mezzodì, que seguía trasteando con los fogones en el otro extremo de la cocina, y tenía el asa de una tetera de cobre colgada del brazo.

Corvin y Diciembre se volvieron para mirar a Ovest.

—No estaréis pensando que yo… —dijo este alarmado, echando un vistazo a la tetera que ahora reposaba en el fogón encendido.

—Si te transformas en el momento justo, Mezzodì no se dará cuenta —observó Diciembre.

El sol estaba a punto de salir. Si querían impedir que Vespero derrotara al Hombre del Saco, tenían que actuar antes del alba.

—No sé si os habéis fijado, pero tiene un atizador colgado del hombro.

—A mí me clavó uno en el pie y no lloriqueé tanto —dijo Corvin con una sonrisita burlona.

Ovest los miró de reojo y luego cerró los ojos. Diciembre comprendió que había aceptado el reto.

Ovest empezó a inspirar y espirar hondo. Estuvo así varios minutos hasta que la tetera emitió un silbido agudo y una ráfaga de vapor salió del pitorro.

—¡Ahora! —susurró Diciembre, y Ovest silbó con todo el aire que tenía en la garganta. La cara se le oscureció, en parte por el esfuerzo y en parte por los halos de humo que empezaron a excavarle las mejillas. El cuerpo se le pulverizó junto al atizador de la pared, y una nube oscura ocupó toda la estancia hasta el techo.

Sin embargo, los silbidos quedaron sofocados por el pitido de la tetera, y la silueta borrosa se diseminó entre el vapor.

Mezzodì no se dio cuenta de nada.

Ovest se le acercó por la espalda sin ningún esfuerzo, agarró la tetera del fogón y lo golpeó en la cabeza. El secuaz de Vespero soltó un gruñido, puso los ojos en blanco y se desvaneció en el suelo.

Ovest desató los nudos que le aprisionaban las muñecas con un gancho afilado que sobresalía de la pared y corrió a liberar a Diciembre, que se estremeció cuando él le acarició preocupado las marcas que le habían dejado las cuerdas.

—¡Venga, rápido! —gritó Corvin, y Ovest se precipitó a liberar a su hermano de brazos y piernas. Acto seguido, empleó las mismas cuerdas para inmovilizar a Mezzodì.

—¿A qué esperas para llevártelo? —dijo Corvin señalando el atizador negro que reposaba en la pared.

—No puedo empuñarlo con la izquierda —explicó Ovest—. Si Vespero me desarmara, no podría hacer nada. Tengo que encontrar otra cosa para enfrentarme a él.

—¿Otra cosa como esto? —propuso Corvin sacando un gigantesco tenedor de cobre de un montón de utensilios de cocina.

—Guarda eso —ordenó Ovest mientras empezaba a vaciar los cajones. Entonces, Diciembre reparó en el baúl escondido bajo la mesa. Acarició la placa de latón con su nombre grabado, contuvo el aliento y levantó la tapa. Ahí estaba todo: las pinzas, la pala, la escobilla, ¡y hasta su sombrero con forma de merengue! Era evidente que Mezzodì había recibido la orden de vigilar el baúl junto a los prisioneros.

—¡Chicos! —exclamó Diciembre poniéndose su sombrero preferido.

Corvin y Ovest ni la oyeron, pues estaban enfrascados en una discusión.

—… Qué voy a hacer con un cucharón cuando…

—... No vas a pelear con eso, seguro que te sacas un ojo...

—¡Eh, chicos! —insistió Diciembre calzándose bien el sombrero.

—... Ya verás como le saco uno a Vespero...

—... Pues con uno también podrá hacerte pedazos.

—¡Chicos!

Diciembre, que ya empezaba a impacientarse, cruzó los dedos bajo la lengua y silbó. Por fin los chicos se callaron para prestarle atención.

—¿Puedo enseñaros algo útil? —preguntó mostrándoles los utensilios de la chimenea.

Corvin esbozó una sonrisa diabólica y metió la cabeza en el baúl.

La araña estaba apagada y las ventanas, abiertas de par en par. Las persianas crujían y traqueteaban con el viento, un viento gélido y feroz que sacudía incluso las sombras. Solo las llamitas de las lámparas de la galería resistían las ráfagas y proyectaban una luz tenue y brumosa sobre las paredes.

Corvin, Ovest y Diciembre alcanzaron la puerta de entrada, muertos de frío, cada uno con un utensilio de chimenea en la mano. Diciembre esgrimía las tenazas como si fueran unas tijeras gigantes, cuidando que no le rozaran las heridas de las manos; Ovest había elegido la pala de mango cónico, pues era lo que más se parecía al filo de una espada, y Corvin había tenido que conformarse con la escobilla.

—Prefería el tenedor —dijo con aire decepcionado.

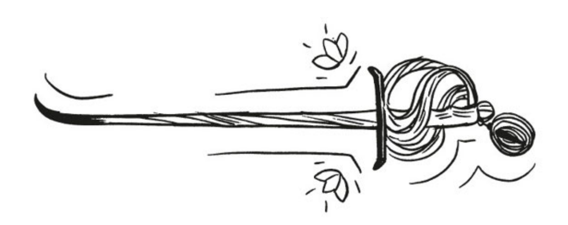
—Ya te lo he explicado. Con estos utensilios resistiremos los ataques de Vespero porque están hechos del mismo material que el atizador —dijo Ovest, arrojando la pala al aire y atrapándola al vuelo.

—Sí, pero yo... —rezongó Corvin. Un concierto aterrador de

crujidos de madera interrumpió sus protestas.

Vespero bajaba las escaleras con infinita lentitud. Los peldaños parecían quebrarse a su paso. En una mano blandía el atizador dorado y en la otra, el fuelle de madera.

En el fuego



El viento soplaba y deformaba el abrigo oscuro de Vespero, como si estuviera hecho de sombras que se agitaban aullando en la noche. A Diciembre le recordó el lobo de la historia que le había contado Corvin.

—Otra vez vosotros —dijo el hombre al alcanzar el último peldaño. Los tres chicos se abrazaron. Vespero pasó revista uno a uno con una mueca, deteniendo la mirada en las heridas vendadas con los jirones de ropa—. Vaya, pues aquí tenemos a una acróbata que no puede escalar, un espadachín que no puede combatir y un pequeño monstruo.

Corvin se echó hacia delante y desenvainó la escobilla, listo para atacar, pero Ovest lo agarró del brazo.

—El sol está a punto de salir. Quitad de en medio —farfulló Vespero abandonando los fingidos modales.

Ovest dio un paso adelante.

—Ya hemos combatido con los atizadores y has perdido. ¿Y ahora quieres volver a intentarlo con eso? —preguntó Vespero mirando la pala de las cenizas con desdén.

—Sí —dijo Ovest. Sonrió y empuñó decidido el mango—. Quiero volver a intentarlo.

Silbó, se evaporó y, en un impulso, se deslizó entre las piernas de Vespero, girando la pala para hacer que tropezara. Sin embargo, el hombre fue más rápido: se inclinó hacia delante, abrazó el fuelle y le echó un soplo de aire frío a Ovest. Este se llevó las manos a la cara mientras su cuerpo se volvía sólido y caía proyectado a un par de metros de distancia.

Corvin se adelantó. Tenía el rostro contraído, y unas volutas de humo oscuro empezaron a salir de todos los rincones de su cuerpo. Pudo transformarse, pero solo durante un momento. Vespero le echó otra bocanada de aire y Corvin retomó su forma al instante.

Entonces intervino Diciembre. Atrapó el tobillo del Pinchapolvo con las tenazas y logró que se cayera al suelo de rodillas.

—¡Otra vez tú! —gruñó liberándose de un solo y fuerte impulso con la pierna.

Corvin y Ovest lo atacaron por ambos flancos y Diciembre, durante unos segundos, no entendió lo que sucedía. Solo veía manchas negras y destellos dorados flotando por el vestíbulo.

Corvin, que no podía volar a causa de la herida en el pie, atacaba por debajo, mientras que Ovest trataba de cubrir los chirridos de la pala contra el suelo con sus silbidos. Cada vez que uno de los dos se desvanecía, Vespero apuntaba con el fuelle y le echaba una nueva ráfaga de aire. Cada vez que uno de los dos trataba de golpearlo, él golpeaba primero, agitando el atizador con una increíble destreza.

En ese momento, un rayo de luz entró por la ventana del segundo piso.

—¡Ya he tenido suficiente! —tronó Vespero. Agarró a Corvin por el cuello chamuscado de la camisa y, con las tenazas que le había quitado a Diciembre, lo dejó colgado de la barandilla de la escalera.

A continuación se dedicó al hermano mayor.

Gracias a sus extraños poderes y su habilidad como espadachín, Ovest logró esquivar la mayor parte de los golpes y, con una estocada decisiva, le quitó el fuelle de las manos para lanzarlo al

suelo. Vespero, furioso, le asestó un golpe en la cara con la empuñadura de su arma que le hizo perder la conciencia.

Diciembre miraba impotente a los dos hermanos Moonro derrotados: Corvin estaba colgado a tres metros y medio del suelo, resoplando y pataleando para poder liberarse, pero aún no había recuperado sus poderes por completo y el contacto con las tenazas lo debilitaba mucho. En cuanto a Ovest, yacía sin sentido en el suelo. Diciembre se temía lo peor.

Tenía que hacer algo antes de que Vespero recuperara el fuelle.

Dio un salto adelante, lo agarró y echó a correr.

Atravesó el vestíbulo de una carrera, alcanzó las puertas desgoznadas de la biblioteca y se refugió tras el escritorio de mister Moonro.

—¡Sal de ahí! —rugió Vespero a sus espaldas—. ¡Sal de ahí, limpiabotas!

Limpiabotas. ¿Por qué la había llamado así?

El atizador dorado golpeó con fuerza el escritorio y empezaron a lloverle trozos de papel. Diciembre se escabulló entre los estantes repletos de viejos libros.

—¡Limpiabotas! —llamó de nuevo Vespero, y su voz rodaba amenazadora por las paredes.

Diciembre se apresuró a atajar por un lado y se deslizó bajo las patas arqueadas de la mesa situada frente a la chimenea apagada. Se agachó junto al salvachispas, arregló los troncos y alcanzó una caja de cerillas.

—¡Limpiabotas! —repitió Vespero. Diciembre encendió una cerilla, la arrojó sobre las brasas y sopló con el fuelle para alimentar la llama. Tenía que destruirlo. Tenía que destruir aquel fuelle. Una semana antes, no se le habría ocurrido renunciar al único objeto capaz de defenderla del Hombre del Saco. Sin embargo, ahora comprendía el significado de las palabras de mister Moonro: la entrega a su trabajo le había servido de inspiración y sabía que

podía confiar en él, y también en Corvin y Ovest.

Cuando ya estaba decidida a arrojarlo al fuego, Vespero apareció frente a ella, le agarró el cuello con los enormes dedos callosos y apretó fuerte.

—Te he reconocido, ¿sabes? Eres la limpiabotas de Foscor Street. Desde el principio, no has hecho más que ponerme palos en las ruedas. Así es como conseguiste este trabajo, ¿no? Me robaste el recorte de diario que llevaba en el bolsillo. ¿Sabes cuánto me costó hacerme con una copia?

Diciembre resopló, apretó los ojos y se dio cuenta de que sabía la respuesta. Una semana, le había costado una semana. El tiempo que ella llevaba viviendo en la casa de los Moonro. Por eso habían retrasado el asalto.

—Estaba pegado a la suela del zapato, yo no robé nada —trató de explicar, pero Vespero no tenía intención de escucharla.

—Y además, arruinaste mis mejores zapatos.

El hombre levantó el atizador, dispuesto a golpear.

En ese momento, un huracán de humo salió de la chimenea y Corvin se materializó junto a Diciembre, con la mano incandescente aferrada al atizador dorado. La vara se tiñó de rojo y, poco a poco, empezó a doblegarse.

—¿Sabes lo que más odio, más aún que los atizadores afilados? —preguntó el chico mientras el humo le salía de las orejas—. Díselo, Diciembre, dile lo que más odio.

—¿Las chimeneas apagadas? —murmuró Diciembre.

Corvin negó con la cabeza.

—¡A él! ¡Lo odio a él! —Corvin sostenía la varilla con ambas manos y seguía doblándola.

Vespero contempló horrorizado el atizador de oro reducido a una cinta fina y retorcida, lo lanzó al suelo y retrocedió espantado. Al

chocar contra una estantería llena de libros, estalló en carcajadas.

—¿Creéis que me habéis vencido? Ya está saliendo el sol y tengo el fuelle en mi poder.

Hinchó el pecho y, con una fuerza terrible, derribó la estantería. Las hojas de los libros empezaron a revolotear como una bandada de murciélagos sobre las cabezas de Corvin y Diciembre. Y todo se volvió muy oscuro.

—¿Estás bien, Corvin? —preguntó Diciembre avanzando a trompicones entre las hojas arrugadas.

—Sí, estoy bien —respondió este surgiendo delante de ella—. ¿Dónde está Vespero?

Diciembre señaló la ventana. El sol asomaba vacilante más allá del bosque, y un resplandor rosado envolvía las frondas de abetos.

—Vamos a la verja.

Atravesaron la galería corriendo hasta llegar al porche.

Vespero avanzaba despacio, claramente afectado por el combate.

—¿Cómo podemos detenerlo? —preguntó Corvin.

Diciembre miró alrededor. Junto al banco de madera invadido por la maraña de hiedra, vio el cesto de costura de miss Malhoney y tuvo una idea. Sacó un bastidor de madera entre los ovillos y lo pellizcó con los dedos, pero estos le temblaron a causa de las heridas, y el aro echó a rodar por el suelo.

—Ni siquiera puedo agarrarlo, tienes que lanzárselo tú —dijo a Corvin, entregándole el aro del tamaño de una pulsera.

—No sé cómo hacerlo.

—Puedo enseñarte.

Corvin asintió y tomó un bastidor, se lo puso delante de la nariz y, siguiendo las instrucciones de Diciembre, apuntó el tiro y disparó. El bastidor trazó una curva a medio camino para aterrizar sobre un montón de hojas secas en el césped que bordeaba el sendero de la entrada.

Vespero seguía alejándose.

—Prueba otra vez —dijo Diciembre tendiéndole otro aro.

Corvin volvió a tirar y esta vez el bastidor llegó al sendero, a un paso del tacón de la bota de Vespero, pero no lo bastante cerca.

—No puedo lanzar más aros.

—Tienes que volver a intentarlo.

—No puedo, no quedan más.

Diciembre miró alrededor. Vespero casi había alcanzado la verja.

No tenía otra elección. Se quitó el sombrero con forma de merengue y se lo tendió a Corvin.

—Quema la cúpula —le ordenó.

—¿Cómo? —protestó Corvin—. No puedo, es tu sombrero favorito.

—¡Por una vez, haz lo que te digo! —exclamó Diciembre con toda su autoridad de niñera—. Quema la cúpula y vuelve a intentarlo.

Corvin asintió. Colocó la mano caliente sobre la tela y prendió la cinta, el forro y los lazos de seda hasta no dejar más que un ala pequeña y redonda con un agujero en el centro.

Vespero ya estaba muy lejos. Una nube de humo parecida a una bandada de cuervos se extendió por el cielo rosa melocotón. El Hombre del Saco regresaba a casa.

Vespero empuñó el fuelle. Si hubiera soplado mientras mister Moonro estaba en el aire, este habría caído al suelo.

—¡Ahora, Corvin!

Corvin apuntó con los restos del sombrero de Diciembre y tiró. El ala salió disparada hacia delante, girando y echando humo por los bordes desgarrados, y recorrió muchos metros en pocos segundos hasta engancharse en el tobillo de Vespero justo cuando este daba el último paso hacia la calle. El hombre cayó de bruces y soltó el fuelle.

La nube oscura se abatió sobre él, levantándolo y arrastrándolo por encima de ellos hasta el tejado de la casa. Y luego se alejó, quién sabe hacia dónde.

En el final



—¡Lo conseguimos! —gritó Corvin, y dio un brinco para abrazar a Diciembre, pero se detuvo de golpe—. Ay, no quiero quemarte —dijo con una sonrisita.

Entonces apareció Ovest en el umbral. Con una mano se apretaba el hombro y con la otra, se frotaba la cabeza.

—Si te sobra un abrazo, me lo pido.

—¡Ovest, estás vivo! —exclamó Diciembre rodeándole el cuello con los brazos de un impulso.

—Esto… —gimió él mientras las mejillas se le ponían del mismo color que el pelo—. Hablaba con Corvin, pero no me quejo —dijo clavando los grandes ojos negros en ella.

Diciembre iba a añadir algo, pero en ese momento sintió que alguien carraspeaba tras ella.

—¡Oh, mister Moonro! Qué alegría que esté bien. ¿Y ese hombre…, Vespero?

—Ya me he ocupado de él.

—Lo ha… Lo ha… —balbuceó Diciembre pensando en lo peor.

—Exacto —asintió mister Moonro con expresión sombría—. Lo he entregado a las autoridades competentes.

Diciembre suspiró aliviada. Sin duda, mister Moonro era una buena persona.

—Ovest —murmuró mister Moonro mirando a su hijo con severidad.

Este trató de hacer un ademán de reverencia, pero el dolor en el hombro se lo impidió.

—Hola, papá.

—Cuéntame lo que ha ocurrido.

Por turnos, Corvin, Ovest y Diciembre le contaron al Hombre del Saco los acontecimientos de aquella noche, sin ahorrarse ningún detalle. Corvin presumió de haber soportado un atizador clavado en el pie y haber doblado otro con las manos. Diciembre se excusó por haber roto una lámpara de aceite y destrozado las cortinas de la ventana de la biblioteca. Ovest habló de la organización criminal capitaneada por Vespero y de su intención de frustrar los planes del asalto a la casa, lo cual nunca habría conseguido sin la ayuda de Corvin y Diciembre.

—No sabía nada de esos Pinchapolen… —dijo mister Moonro mesándose la barba.

—Pinchapolvos, papá, ¡se llaman Pincha-polvos! —replicó Ovest exasperado.

—Claro, claro. Lo cierto es que debo informar al Clan de todo esto, pero antes, creo que esto es suyo… —Y tendió a Diciembre el fuelle de madera con la mano negra grabada en el centro.

—No lo merezco, mister Moonro —dijo Diciembre—. He infringido la regla número uno de la niñera. Esta noche he perdido de vista a

Corvin y lo he puesto en peligro. Si desea despedirme, lo entenderé.

—¿Y qué me dice de las otras reglas? —preguntó el Hombre del Saco.

Diciembre abrió los ojos como platos.

—¿Las otras reglas? ¿También me las he saltado?

—Bueno, en realidad no conozco las otras reglas.

Corvin dio un paso adelante para enseñar el pie vendado con la manga de la camisa.

—Me ha cuidado muy bien.

—¿Y cómo? —preguntó su padre.

—Pues… —Corvin se rascó la cabeza—. Me ha llevado en brazos, me ha ayudado a bañarme y hemos jugado juntos.

Diciembre sonrió. El chico no mentía, no del todo.

—Ha puesto la vida de Corvin por delante de la suya, como haría una hermana mayor —añadió Ovest.

Mister Moonro se enrolló los dedos en el bigote.

—Si es así, no la despediré, más bien tendré que ascenderla.

Diciembre sintió que el corazón le daba una voltereta. Nunca había logrado conservar un trabajo más de una semana, y ya no digamos obtener un ascenso.

—¡Oh! —exclamó halagada—. ¿Y en qué consiste exactamente?

Mister Moonro se alisó los puños ennegrecidos de la chaqueta.

—A partir de ahora cuidará de los dos hijos del Hombre del Saco en lugar de uno solo.

Diciembre lanzó una mirada sorprendida a Ovest, y él le devolvió una sonrisa vergonzosa.

—Aunque sé muy bien que uno de ellos ya está un poco crecidito.

—¿Quieres decir que Ovest volverá a casa? —preguntó Corvin tirando de la manga de su padre.

—Sí, si él quiere volver.

Mister Moonro y su hijo mayor intercambiaron una larga mirada cómplice.

—Papá, hay algo que debo decirte —dijo Ovest, y acompañó a su padre dentro de la casa, mientras Corvin y Diciembre se sentaban en los escalones del porche.

—Pero… ¿qué diablos ha sucedido aquí? —Miss Malhoney apareció corriendo por el sendero con voz preocupada y mirada impertérrita, como siempre, y alargó el cuello para atisbar el interior—. ¡Nos llevará un día entero arreglar este desastre! —dijo mirando el vestíbulo lleno de cenizas, polvo y trozos de madera—. Será mejor que empecemos ahora mismo. Tomad —dijo hundiendo la mano en la enorme bolsa que le rebotaba contra la cadera, y sacó dos paquetes envueltos en un paño de tela, uno para cada uno—. Es casi la hora de comer. —Se remangó y desapareció tras el umbral.

Diciembre desenvolvió su paquete y los ojos le brillaron de emoción al ver una tarta de bordes dorados cubierta de un velo de purpurina hecho a base de mermelada de cereza. Cuando estaba acercándosela a los labios, oyó una tabla romperse a sus espaldas y, del sobresalto, la tarta se le cayó de las manos y echó a rodar por el césped.

Diciembre sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Después de todo lo que le había pasado… Se había quemado, se había caído, había perdido su sombrero preferido…

—Toma —le dijo Corvin partiendo su tarta y ofreciéndole un pedazo. No importaba que fuera el más pequeño, Diciembre lo aceptó agradecida.

—¿Crees de verdad lo que le dijiste a Vespero? —preguntó Corvin —. ¿Que el miedo nos hace valientes?

Diciembre alzó una ceja y Corvin enrojeció.

—Te oí cuando estaba en la lámpara.

Diciembre miró hacia donde el jardín se encontraba con el bosque, una isla amarilla en mitad de un suave mar blanco.

—¿Si te digo que sí, serás más obediente?

—No, pero podré convertirme en Hombre del Saco. —Corvin se rio nervioso y devoró su trozo de tarta.

Era la primera vez que hablaba del futuro con una sonrisa.

—Pues quiero estar aquí cuando eso suceda —dijo Diciembre, y por fin dio un mordisco a la tarta.

Agradecimientos

A diferencia de Corvin, para mí dar las gracias es fácil y obligatorio.

Gracias a Beatrice y Paolo, que convirtieron la maraña de palabras y las ideas más nebulosas en una novela de verdad en papel y tinta. Al final logré saber dónde acabaría el fuelle.

Gracias a Francesca por los consejos y la paciencia. Con su dibujo, hizo una magia tan enorme como la del Gran Ju y vistió a Diciembre con un traje digno de un escenario y un estante de la biblioteca.

Gracias de corazón a Eleonora, que fue la primera en traspasar el umbral de la casa de los Moonro y comprender que el Hombre del Saco forma parte de los buenos. Gracias a los chicos de la clase 2.º B de la escuela Holden de Turín, sois fantásticos y brillaréis siempre: Silvia, Giada, Beatrice, Francesco, Alice, Giorgia, Paola, Vittoria grande, Vittoria pequeña, Rossella, Simone, Tommaso, Davide, Susanna, Meri, Lea, Giovanni, Benedetta y Edoardo. Hablamos de todo eso sentados entre las hierbas altas, en la «Sala Grande» y con un café delante en casa de Bea.

Gracias a Federica por la llamada telefónica en el patio, sin la cual nunca habría dado el salto.

Gracias a los amigos que me han escuchado y animado en estos años, sobre todo a Nella y Antonella, que han hecho mil acrobacias para estar cerca de mí. Sois amigas y modelos, y merecéis muchos aplausos y flores de papel.

Gracias a mi madre, mi padre y mi madrina, que me aprietan la mano cuando tengo miedo. Gracias a mi familia por el cariño y el apoyo. Puedo volar porque sé que tengo un hogar cálido al que regresar.

Gracias a mi marido, que en la oscuridad, cuando se apaga la imaginación, siempre enciende una lamparita. Esta historia es también suya.

Por fin, gracias a Beatrice, por haber dado una oportunidad a esta inútil.

Personajes



DICIEMBRE

Miss Diciembre

Quince años, niñera, acróbata, funámbula y trapecista. Tiene un sombrerito con forma de merengue del que nunca se separa. Será

porque la cúpula abombada con el rizo de fieltro encima y la banda de seda rodeando el ala torneada le recuerdan a una magnífica carpa de circo.

Mister Moonro dice de ella: «Una inútil capaz de hacer acrobacias».



CORVIN

Corvin Moonro

Once años, segundo hijo del Hombre del Saco y niño prodigio. Tiene el pelo negro y tupido y siempre lleva la ropa chamuscada. Le encanta tumbarse sobre el pan mullido cuando se cuece en el horno, jugar en la chimenea y asomarse por el cañón como si fuera el alféizar de una ventana.

Mister Moonro dice de él: «Un carácter explosivo».



Miss MALHONEY

Nydia Malhoney

Cocinera, sirvienta y ama de llaves de la mansión de los Moonro. Sus tartas de cereza son las mejores de la ciudad.

Mister Moonro dice de ella: «A veces da más miedo que un hombre del saco».



Mister MOONRO

Micheal Him Moonro

Hombre del Saco de la ciudad de Tremore y miembro del Clan de Luna. Lleva trajes azul noche con botones redondos, ovalados y angulares que representan las fases de la luna. Fuma una pipa apagada y le encantan los juegos de palabras.

Diciembre dice de él: «Es una buena persona».



OVEST

Ovest Owl Moonro

Dieciséis años, hijo mayor del Hombre del Saco nacido sin poderes. Pelo rojo, ojos negros como la oscuridad y rostro salpicado de pecas. Infiltrado en los Pinchapolvos, esgrime un atizador negro como la madera quemada.

Mister Moonro dice de él: nada de nada, su existencia es prácticamente un secreto.



VESPERO

Vilson Vespero

Fundador y cabecilla de los Pinchapolvos. Hombre enorme y espadachín extraordinario que empuña un atizador dorado y cree que podrá aniquilar el miedo matando al Hombre del Saco.

Mister Moonro dice de él: «Un tremendo Pinchapolen».



MEZ ZODÌ

Secuaz de Vespero y ladronzuelo. Esgrime un atizador metálico.

Mister Moonro dirá algo cuando se lo encuentre atado como un salchichón.

Si te ha gustado

Miss Diciembre

y el Club de la Luna

te queremos recomendar

Memorias de un niño

de Stig Dagerman



MEMORIAS DE UN NIÑO

1

A inventar se empieza pronto. De niño siempre se es inventor. Luego, en la mayoría de los casos, te arrebatan el hábito. El arte de ser inventor consiste pues en no permitir que la vida, la gente o el dinero te arrebaten, entre otras cosas, el hábito de inventar.

Yo me acostumbré a «inventar» a edad muy temprana. La realidad, que es una palabra demasiado fina, la percibía de forma más cálida, más curiosa y más divertida si la recreaba. Acaso no mucho, pero sí lo suficiente.

Fue en una vieja granja situada al borde de un río ancho y caudaloso. En la casa siempre hacía fresco, por su subsuelo corrían veneros de agua. La granja aparecía solitaria en medio de un extenso predio y de los primeros años solo recuerdo los inviernos, cuando el viento venía ululando y cubría de nieve el mundo entero. La nieve se acumulaba encima de las ventanas y casi nunca salíamos fuera. Ya era aventurado llegar al retrete, que quedaba a la entrada, donde la nieve se arremolinaba, como las cartas del correo, al pie de la puerta. La casa estaba llena de tías, tíos y gatos. Los mayores siempre estaban a la greña. Los gatos maullaban. Yo solía sentarme junto a la chimenea, ovillado como un gato al calor del hogar, y un primo mayor, a quien yo admiraba mucho, me escupía a los pies aunque estaba a cierta distancia, sentado en su cama. Una mañana de invierno que, como era habitual, me había quedado más de la cuenta en la cama, porque me consideraban delicado y quizá lo fuera, oí gemir y maullar bajo la manta. Cuando la levanté, la cama estaba llena de crías. Una gata había parido a mi lado mientras yo dormía.

A veces, en invierno, eran Navidades. Una vez, el abuelo me regaló un arco y flechas de puntas envueltas en paño para poder dispararlas dentro de casa. Otras Navidades me trajeron peluches y coches de juguete, que yo podía desmontar. Llegaban de Estocolmo, del padre que no conocía y del que siempre escribía. Pero una vez vino en verano y me pareció que era como todos los demás de

Estocolmo: solían visitarnos porque teníamos un panorama precioso, decían palabras que yo no entendía y torcían el morro a los olores de la casa y al hecho de que bebiéramos agua con el mismo cucharón. Después de haberse marchado solíamos reírnos de ellos, no mucho y quizá algo incómodos, como quien se ríe de lo que no es normal.

Miss Diciembre y el Club de Luna



Miss Diciembre busca trabajo, pero todas sus experiencias laborales han terminado con fracasos estrepitosos nada más empezar. Un día que responde a un anuncio para trabajar como niñera, descubre que su jefe no es otro que el Hombre del Saco, que busca a alguien que cuide de su hijo Corvin, un niño irritante que sabe convertirse en humo y esconderse entre las cenizas. Una noche, los acontecimientos toman un giro inesperado: cuando Diciembre descubre un interesante detalle sobre la familia para la que trabaja, tres desconocidos irrumpen en la casa...

Antonia Murgo es una periodista especializada en cine, series y películas de animación. Se define como lunática —aunque no tanto como el Hombre del Saco, que se apellida Moonro y dirige el Clan de Luna—, y le obsesionan las historias fantásticas para niños y jóvenes, que siempre está leyendo, escribiendo y dibujando. Miss Diciembre y el Clan de Luna (Nórdica Infantil) es su primera obra, que fue galardonada con el Premio Strega Ragazze e Ragazzi 2022 a la mejor novela debut.

Título original: Miss Dicembre e il Clan di Luna

www.giunti.it / www.bompiani.it

Esta obra ha sido traducida con la ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministerio de Cultura italiano.



Edición en ebook: octubre de 2023

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-19735-79-9

Editor de la colección: Jesús Félix Sacristán

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Índice